

Siempre en combate

Ramón Espinosa Martín





Siempre en combate

Ramón Espinosa Martín

Prólogo

Comandante de la Revolución

Juan Almeida Bosque



Casa Editorial Verde Olivo, 2023

Edición general: *Virgilio López Lemus*

Diseño y realización de cubierta e interior: *Francy Espinosa González*

Ilustración de cubierta e interior: *Alexis Leiva Machado, Kcho*

Fotos: Archivo Verde Olivo y del autor

© Ramón Espinosa Martín, 2023

© Sobre la presente edición

Casa Editorial Verde Olivo, 2023

Primera edición, 2009

ISBN: 978-959-224- 589-1 (segunda edición corregida y ampliada)

Todos los derechos reservados. Esta publicación
No puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
En ningún soporte sin la autorización por escrito
de la Editorial.

Casa Editorial Verde Olivo
Avenida de Independencia y San Pedro
Apartado 6916. CP. 10693
Plaza de la Revolución. La Habana

*Al pueblo cubano, que ha sabido luchar, resistir
y vencer a los enemigos de su Revolución.*

*A los que han vertido su sangre generosa
en defensa de la patria socialista.*

*A todos los internacionalistas cubanos,
en especial a los caídos en la generosa misión.*

*A Fidel y Raúl Castro, quienes nos han conducido
por los caminos de la verdad y la unión,
de la felicidad y la victoria.*

*A nuestros jóvenes de patria o muerte, que toman
de la generación histórica sus mejores
enseñanzas y se preparan para garantizar
el futuro luminoso de la patria.*

Quiero agradecer al poeta y editor Virgilio López Lemus por su indispensable trabajo en la edición de esta obra, así como al pintor, dibujante, escultor, curador, grabador e instalador Alexis Leiva Machado, Kcho, por el trabajo de ilustración de cubierta e interior de este libro, realizado en campaña en el territorio de la provincia de Pinar de Río durante la recuperación de las afectaciones que nos dejó el huracán Ian. También al coronel Rafael Moreno Ruiz y a mis ayudantes, así como a Francy Espinosa González, diseñadora, por su colaboración en la organización y redacción de mis memorias.

Prólogo

Siempre en combate recoge algunos de los aspectos principales de la vida del autor, así como acciones fundamentales vividas por las tropas cubanas y él en la República Popular de Angola, Etiopía y otros países.

Espinosa, como le llamamos afectuosamente, nacido en Camajuaní, antigua provincia de Las Villas, 1939, vive los penosos años del cruel capitalismo en la llamada seudorrepública. En sus relatos se perciben las vicisitudes y agravios sufridos por los hombres humildes del campo, similares a los del resto de la población de menores ingresos.

Incorporado desde temprana edad a la lucha contra la tiranía, participa en acciones clandestinas y en la guerrilla. Después del triunfo de la Revolución, se forma como militar en las filas de las fuerzas armadas. Es uno de los primeros internacionalistas cubanos. Hay hombres que poseen riquezas materiales, pero son huérfanos de voluntad y estoicismo para ofrendar la vida por un ideal si fuera necesario. Los hijos del pueblo, educados en principios revolucionarios e internacionalistas, siempre están prestos y en primera fila para corresponder al llamado del sacrificio por el valor de las ideas.

Así se constató en Argelia, Siria, Congo, Angola, Etiopía, Nicaragua, Bolivia y otros pueblos que, desde el punto de vista

militar primero y de colaboración civil después, solicitaron la ayuda solidaria de los cubanos. Además, hoy, se fomentan esas páginas en los países que sufren la embestida de diferentes fenómenos naturales en cualquier rincón de la tierra, ejemplo son Paquistán, Indonesia, Venezuela y Bolivia, por citar algunos.

Todo eso es posible, porque antes triunfó una revolución, porque existe el socialismo, porque tuvimos y tenemos hombres como Carlos Manuel de Céspedes, Máximo Gómez, Antonio Maceo, José Martí, Ernesto Guevara, Camilo Cienfuegos, Raúl y Fidel Castro entre otros compañeros. Ellos son paradigmas de lucha de este pueblo, al que han conducido por el camino victorioso que hoy transitamos.

Sería iluso pensar que luchar por la revolución social en América Latina es una utopía. Se trata de una necesidad histórica de estos pueblos, desde el río Bravo a la Patagonia.

Solo los de mentalidad obtusa piensan que la evolución de los pueblos se detuvo en las guerras de independencia que terminaron en esa factorías llamadas repúblicas, sometidas a los decenios del imperio purulento del «norte revuelto y brutal que nos desprecia», como apuntara Martí.

Con el ataque a los cuárteles Moncada y Céspedes, en Santiago de Cuba y Bayamo, comenzó la última gesta de lucha armada de este pueblo para derrocar la oprobiosa tiranía que nos oprimía. El «motor pequeño» puso en marcha al yate Granma y llenó la Sierra Maestra de esperanza, hecha realidad a partir del primero de enero de 1959.

Duro ha sido el camino recorrido para construir la sociedad que hoy disfrutamos «con todos y para el bien de todos». La Revolución y el socialismo cubanos están presentes en cualquier sitio del planeta donde se necesita un médico, un educador, un colaborador de este pueblo, que guían Fidel, Raúl y el Partido Comunista, garantía del futuro.

Este libro, esfuerzo modesto, sencillo, hecho por el combatiente, luchador incansable, general de cuerpo de ejército Ramón Espinosa Martín, ha intentado recoger parte de la historia vivida por él y muchos otros compañeros, como un reconocimiento también a este heroico pueblo y a sus hijos internacionalistas.

Invito al lector a adentrarse en el contenido de la narración y lleve también el mensaje de agradecimiento a Espinosa y sus compañeros de lucha, por las valientes y heroicas páginas escritas en la práctica del internacionalismo y el patriotismo.

Juan Almeida

JUAN ALMEIDA BOSQUE
Comandante de la Revolución



Introducción

Vengo de una familia obrera agrícola de la antigua provincia de Las Villas, hoy Villa Clara, municipio de Camajuaní. Soy el sexto de nueve hermanos, tres varones y seis hembras, mi padre y mi hermano mayor trabajaban en una vaquería, propiedad del dueño del central azucarero Fe, hoy José María Pérez, al que llamaban don Julián de Zulueta, de origen español, y el cual tenía muchas otras propiedades en Cuba, incluyendo otros centrales azucareros como Zaza en el municipio de Placetas de la propia provincia de Villa Clara.

Con mi hermano Raimundo, al que yo le seguía en orden, desde los ocho o diez años de edad nos dedicábamos a ayudar a nuestro padre y al hermano mayor a las labores de recogida del ganado para trancar los terneros y separarlos de las vacas, para propiciar el ordeño en la madrugada del próximo día. Por eso debíamos de levantarnos a las dos o tres de la madrugada para enjear el ternero a la vaca, para que mi padre y hermano comenzaran el ordeño y con esta ayuda fueran más productivos, pero nosotros dos no ganábamos nada por nuestro trabajo.

Así transcurrieron aquellos años de mi vida como trabajador, divididos por jornadas de trabajo y estudio, o sea, mitad al trabajo y mitad a la escuela, de la que tuve que cambiarme una que otra vez para garantizar la ayuda al núcleo familiar, y de esa forma poder

alcanzar el sexto grado, que fue hasta donde llegué en los estudios antes del triunfo de la Revolución.

Este trabajo en la vaquería duró hasta los inicios de los años cincuenta, pues a partir de esa fecha el dueño decide eliminar la vaquería y dedicar todas aquellas tierras a la siembra de caña de azúcar, dada su cercanía al central y la subida del precio del azúcar en aquellos años después de la Segunda Guerra Mundial.

Mi padre y mi hermano mayor automáticamente pasaron de ganaderos a obreros agrícolas de aquella gran colonia cañera, que llegó a producir cerca de seiscientos mil arrobas de caña por zafra, y donde mi padre y hermano mayor trabajaban sembrando, limpiando, cortando y alzando aquellas cañas.

Como ayudante en la vaquería, paso a apoyar a nuestro padre y a mi hermano en las labores de apilar, reagrupar las cañas y al alza de las pilas a los medios de transportes, para que ellos no lo hicieran y fuera más eficaz la producción de corte. Esto también se lo hacíamos a algunos otros macheteros, quienes nos pagaban algunos centavos porque le apiláramos sus cañas.

Como nuestra casa se encontraba en las tierras de lo que fue la vaquería, nos dejaron alrededor de ella unos cordeles de tierra, en los cuales cultivábamos algunas viandas y criábamos algunos animales de corral, como cerdos, chivos y carneros, y manteníamos dos o tres vacas lecheras, en lo que también trabajábamos en tiempo de zafra mi hermano y yo, pues en el llamado «tiempo muerto», que así se le llamaba a la época entre zafra y zafra, trabajábamos todos en el sitio familiar.

Recuerdo aquellos llamados tiempos muertos en los que no había trabajo en la colonia ni en otros lugares de aquella zona y, coordinado por el compañero Rigoberto González Loyola, me agencié unas trepaderas (sogas), y nos fuimos a trepar palmas para traer algunos pesos para la casa.

Entre los años 1954 y 1955 mi hermano Raimundo y yo logramos obtener la bolsa de trabajo de menor de edad y con ello obtuvimos trabajo en la propia colonia, pero se nos pagaba medio jornal por ser menores, no importaba que realizáramos el mismo trabajo y con igual calidad que el resto de los obreros.

También recuerdo aquellas zafras en que mi mamá y hermanas mayores, Zoila, Nieves, Caridad y Antonia, convertían la casa en

una fonda, donde se le ofertaba la alimentación a los obreros albergados en tiempos de zafra, tales como cortadores de cañas y carreteros, para buscar otra entrada de dinero a la casa de aquel núcleo de nueve personas, de las cuales seis eran hembras, las que tenían en contra la desigualdad de la mujer en la Cuba de aquellos tiempos.

Además de estas labores, realizábamos una que otra competencia de carrera de caballos, peleas de gallos el fin de semana (los domingos), además de mis preferidas canturías por mi zona y otras adyacentes pues, como se conoce, me gusta el repentismo y he editado dos libros sobre ese género. De ese modo, en estas labores y actividades pasé mi adolescencia y parte de mi juventud hasta los diecisiete años, cuando me incorporé al Movimiento 26 de Julio y más tarde a las guerrillas del Directorio Revolucionario 13 de Marzo en el Escambray.

Después de publicar mis primeros cinco libros: *La batalla de Cabinda*, *Siempre en combate*, *Después de palacio*, *guerra en el Escambray*, *Cantando a la vida* y *Décimas generales en pie forzados*, nos encontramos trabajando una obra sobre la mujer cubana y en la segunda edición ampliada de este libro *Siempre en combate*, un testimonio que incluye, entre otras cosas, mi biografía actualizada.

En este documento realizo un relato cronológico sobre mis andanzas desde que vi la luz por primera vez hasta hoy, cuando rebaso los ochenta años y sigo trabajando y dando todo de mí por esta Revolución socialista del pueblo y para el pueblo, como siempre nos dijo el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz. Por ejemplo, desde el 2 de abril de 2020 cumplo las medidas que contempla el plan para combatir la pandemia que ocasiona el coronavirus (Covid-19), y el plan que elaboró el Gobierno y que aprobamos en el Buró Político, que desde los primeros momentos ha estado al tanto de la situación nacional e internacional en relación con este coronavirus pandémico. Este plan incluye moverse lo menos posible, manteniéndose en la casa o en el trabajo, para aquellos cuyas labores sean imprescindibles, por supuesto con el nasobuco puesto y cumpliendo todo lo orientado.

Desde mi cargo de viceministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), atiendo la logística, es decir, los aseguramientos de todos los tipos a las fuerzas y los medios de la defensa, y también la Unión de Construcciones Militares (UCM), que no solo se dedica a las construcciones de las FAR, sino también a obras para la

economía del país, como son instalaciones para el turismo (hoteles y otras obras). También atendemos las escuelas de cadetes, en especial las Camilo Cienfuegos, además del Estado Mayor Nacional de la Defensa Civil (DC). Esta última juega un papel muy importante en la lucha contra fenómenos como la pandemia del coronavirus, la Covid-19, junto al Minsap y otros organismos.

Todo ello hace que haya sido necesario nuestro trabajo en condiciones de pandemia, pero reduciendo significativamente nuestro movimiento para el cumplimiento de las tareas asignadas. Así, el año 2020 marcó un nuevo modo de trabajo en mi labor cotidiana.

En ese mismo año se tomó la decisión de preparar y utilizar todos los hospitales militares para atender a la población, además de a los militares, mientras durase la pandemia. Aunque se conoce que estos centros siempre han atendido población del sistema nacional de salud, en las FAR están dirigidos por los servicios médicos subordinados a la logística, por lo que en esa situación mi atención a esta tarea ha sido principal.

Todo marchó sin muchas dificultades —salvo las normales—, por lo cual he recibido cada día el parte de la situación, y he impartido indicaciones, de ser necesario, para que las cosas marcharan como han estado planificadas, manteniendo informados a la jefatura del Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y al Gobierno, en primer lugar al Ministro, del cual recibo las indicaciones.

No tenía en proyecto escribir mis memorias, porque en algunas entrevistas que me han realizado se ha incursionado en mi biografía. Más de una vez se han publicado datos sobre mis andanzas de joven, mis primeros pasos en el quehacer revolucionario, la incorporación a la lucha guerrillera y lo realizado después del triunfo revolucionario, incluyendo las misiones internacionalistas; pero el hecho de haber ocupado el cargo de jefe del Ejército Oriental durante estos últimos veintisiete años, me hizo meditar sobre la idea.

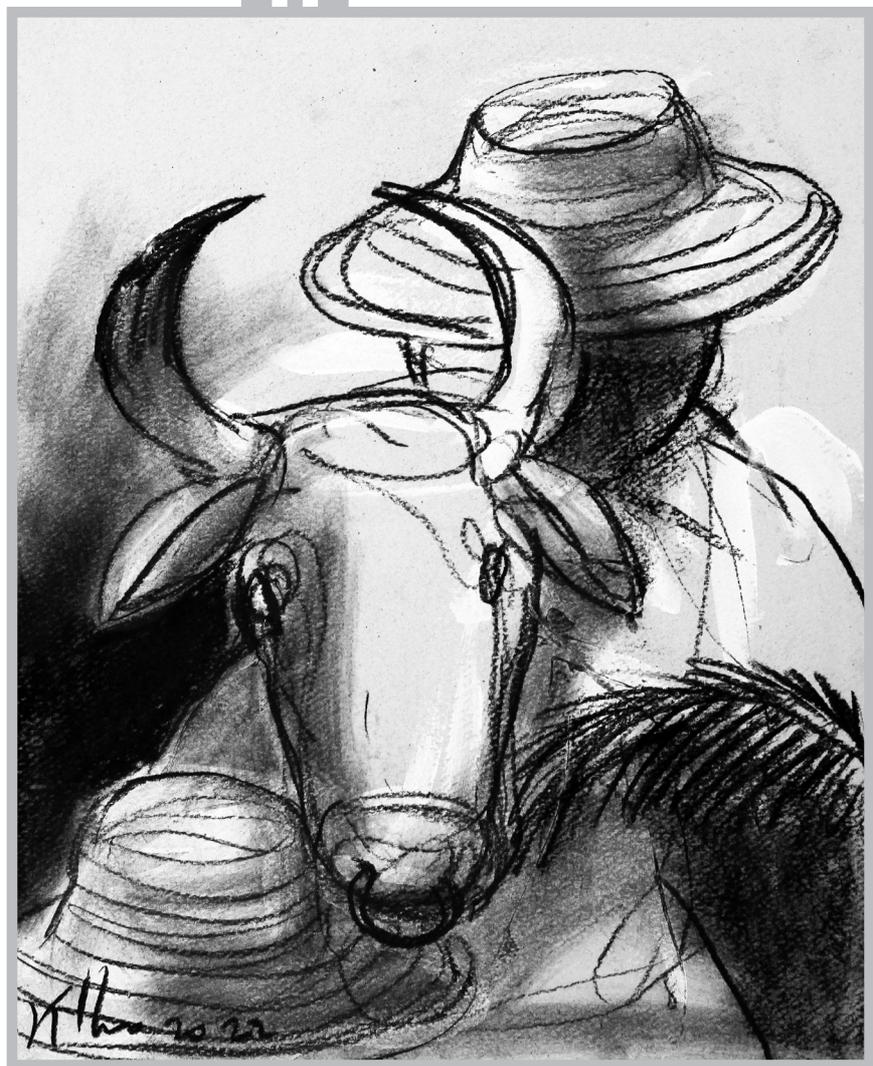
También mis compañeros me incentivaron a hacerlo, y cuando aún la duda rondaba en mí, escuché al ministro de las FAR, general de ejército Raúl Castro decir que la mayoría de nosotros habíamos sido capaces de hacer la historia, pero no de escribirla. Decidí, entonces, no pasar por alto lo importante que resulta siempre para la juventud conocer las remembranzas de sus compatriotas de generaciones anteriores y me dije: «se lo debo a mi pueblo y, en especial, a los más jóvenes; aunque pequeña, tengo una historia que contar»;

constituye un recuerdo personal, no acabado, de los principales acontecimientos en que he tenido el privilegio de participar.

Y me enfrenté al dilema de la selección, pues se comprenderá que no dispongo del tiempo ni de la posibilidad de contarlo todo. Tras ese momento, afloró mi historia, la de un hombre del campo cubano, del centro del país, proveniente de una familia humilde, de recursos extremadamente limitados y que gracias a la Revolución llegó a ser oficial de las FAR, internacionalista, jefe del Ejército Oriental, diputado a la Asamblea Nacional y miembro del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de Cuba.

Es un recuento del duro trabajo y dedicación por entero a la defensa de la patria, la Revolución y el socialismo, con algunos tiempos difíciles, pero siempre reconfortantes. Es una narración de la prestación de servicios y de la vida de soldado de un ejército del pueblo al que me debo. Conté con el ejemplo de Fidel y de Raúl Castro, quienes me ayudaron a ser lo que soy. Es una descripción de los sacrificios de las generaciones que me precedieron y del beneficio que pueda yo aportarles a los que me seguirán. Es una historia posible porque existen la Revolución y el socialismo. Y es la historia de creer en nuestra obra hasta las últimas consecuencias, pero sobre todo es una historia de amor a la familia, a mis compañeros, a las FAR, a mi pueblo y, en especial, a Fidel y a Raúl.

EL AUTOR



VIVENCIAS DE MI MÁS TEMPRANA EDAD



El terruño, ese lugar en que por primera vez sentimos los rayos del sol, no puede olvidarse jamás. Así me ocurre con Camajuaní, el pueblo al que pertenecía San Benigno, la colonia donde yo nací el 20 de septiembre de 1939. Entonces la provincia se llamaba Las Villas, pero después de nuevas divisiones político-administrativas se denominó Villa Clara. También me siento oriental por las vivencias que atesoro de unos cuantos años por esa parte de mi país. ¡Vaya dualidad! No, no hay que preocuparse, esa contradicción la resuelvo, pues por encima de todo soy cubano.

Otras razones hacen que la dualidad sea un signo distintivo en mi existencia, porque en cuanto a la fecha que marca el inicio de la vida para cualquier ser humano, yo tengo también contrariedad, a veces no sé si nací en septiembre o seis meses antes, pues resulta que mi padre un día salió de la finca hacia el pueblo de Camajuaní con la idea de inscribir a tres de sus últimos hijos: a Riselda, a Cándida y a mí, quienes habíamos nacido ya hacía algunos años, pero no constábamos en ningún registro. Esa mañana lo acompañaba el concejal del barrio, quien había hecho las gestiones para el acto legal, no por bondad sino a cambio de que la familia le entregara las cédulas en las próximas elecciones. Ese fue el compromiso. De lo más mínimo se valían los políticos de entonces.

Una vez en el juzgado municipal, a mi viejo se le olvidó la fecha en que cada uno habíamos venido al mundo. Como sí tenía bien presente la fecha de nacimiento de nuestra madre, con ella nos inscribió a los tres. En mi caso recordó o adivinó —nunca lo supe— que había nacido en el año 1939. Desde ese día hay trillizos en la familia y cuatro celebraciones, contando con el cumpleaños de mi mamá.

Eso de la fecha de nacimiento no tenía mucha importancia en aquellos tiempos. La mayoría de los muchachos pasaban por situaciones similares, porque las madres eran asistidas por la comadrona más cercana a su domicilio y los hijos eran inscritos cualquier día en que el padre fuera al pueblo con esa intención.

Aunque legalmente aparezco como nacido el 12 de marzo de 1939, nací el 20 de septiembre, fecha en que mis familiares y amistades más allegadas me felicitan. No obstante, celebro dos cumpleaños y esto siempre es asunto de bromas en casa. Pero no se asombren cuando les cuente que volví a nacer en África.

Siempre que trato de asirme al tiempo y buscar en la memoria, me vuelvo a Camajuaní, cuna también de mis hermanos, además de las menores Cándida y Riselda, asimismo de Zoila, Nieve, Rafael, Caridad, Antonia y Raimundo: seis muchachas y dos varones. De esa prole que procrearon nuestros padres Rafael y Eustoquia, yo soy el séptimo y el menor de los varones.

Ya he dicho que mi padre fue obrero agrícola. Mamá era ama de casa con demasiados quehaceres durante todo el día. De ahí que, como ocurría comúnmente en las familias de campo, en la medida en que íbamos creciendo, el viejo nos incorporaba al trabajo. En mi caso, para trabajar no importó que solo ocho o nueve años hubieran transcurrido desde mi nacimiento y que hubiera comenzado a asistir a mi primera escuelita rural. Al menos laboraba una sesión con el objetivo de aportar algunos centavos para el sustento de mi humilde hogar, cuyas mujeres nos duplicaban en cantidad, en una época en que para ellas no había posibilidades de que ingresaran algún dinero al núcleo familiar.

A veces mis hermanas lograban un empleo eventual. Nada de secretarías ni dependientas de tiendas... ¡No! Nada de eso. Domésticas, en la casa de algún pudiente, y como eran tan pocas las oportunidades en esos tiempos, ellas no podían aspirar a mucho o ¡a nada! Si no hubiera usado tanto esta palabra, resultaría más fácil decir que la mujer cubana era totalmente discriminada.

En los últimos años de la década del cuarenta, la familia pasaba, una vez más, por una etapa muy difícil, sobre todo en ese bien llamado tiempo muerto, el período entre una zafra azucarera y otra.

Tras el trabajo en una vaquería, mi padre y mi hermano pudieron ser macheteros, con la plaza fija durante las cosechas, pero cuando culminaban... ¡a halar sogas el resto del año! Así, de pocos tiempos semivivos a largos períodos muertos, llegamos a la zafra de 1952, la mayor en la Cuba capitalista. Yo, a los diez u once años, y mi hermano Raimundo, con unos añitos más, nos vimos obligados a seguir a mi padre y a Rafael, el mayor de los tres, en los nuevos menesteres, como ya expliqué, en la recogida de la caña en las pilas y hasta en el alza y corte cuando era necesario.

De aquellos tiempos viene a mi mente un hecho que, por lo insólito, no deja de ser un ejemplo de la desigualdad y discriminación con que se vivía. Entre tanto, para poder subsistir, mi padre aceptó sembrar una hectárea de frijoles, intercalados en la caña nueva, bajo el compromiso de entregarle al patrón la caña limpia y un tercio de su cosecha a partir de que los frijoles estuvieran maduros. El viejo nos mandaba todos los días a cuidarlos de los animales y del robo, que nunca faltaba.

Una mañana bien tempranito, apenas extendidos los rayos del sol, salí con mi hermana Antonia, cuatro años mayor que yo, a la vigilancia de los frijoles. Cuando avanzábamos por la guardarraya, delante de mí, Tintín, como era conocida en la familia, y yo, observamos que descansaba a la sombra de dos palmas, en el desorillo de un campo de caña, un hombre de piel negra.

En cuanto nos vio, alargó sus brazos en gesto de brindis. Quería compartir las frutas silvestres que comía. Esa fue mi interpretación después, pero ya demasiado tarde. Lo cierto fue que en ese instante mi hermana se atemorizó, influida con toda seguridad por injustas advertencias de los mayores, quienes para asustar a los más pequeños a veces les decían: «¡Cuídense por ahí, no se los vayan a comer los negros!», y Tintín se mandó a correr, con toda su fuerza me gritaba: «¡Corre, que nos agarra el negro! ¡Corre!». A ella no se le veían los pies y detrás corrí yo. Recuerdo que el hombre nos llamaba, seguro con la intención de aclararlo todo, pero eso fue imposible. Allí no quedó nadie para escuchar al infeliz que, sin duda, había pasado esa noche a la intemperie.

Cuando llegamos a la casa y contamos el incidente, se movilizaron todos los hombres del batey donde vivíamos, se envió aviso hasta al cuartel de la Guardia Rural, y durante todo el día un enjambre de personas estuvo revisando aquellos campos de caña. Por suerte no lo encontraron, pues conocedor de lo que podía pasarle en tal situación, solo por la discriminación de razas, el desdichado hombre se alejó rápido y para siempre de la zona. Nunca más se oyó decir que lo hubieran visto. Se escuchó algún comentario de que se dedicaba a recoger berros en los ríos y arroyos.

De aquellas zafras rememoro con tristeza la llamada semana santa que se celebraba cada año. Es una tradición religiosa de la Iglesia Católica, con algún arraigo en el país. Pero especialmente no se borran de mi memoria cuatro días: jueves y viernes santos, sábado de gloria y domingo de resurrección, porque desde el jueves a las diez de la mañana hasta el domingo, se decretaban días no laborables en el central. Para los pocos afortunados de los campos y ciudades eran bienvenidos esos días, pero para mi familia y el resto del pueblo no era nada santa la semana, sino de sacrificios. Durante los días de asueto religioso no había posibilidad de ganarse un centavo. ¿Cómo alimentar entonces a los críos ese jueves y viernes y el sábado de gloria y el domingo..., y después?

Y porque era un pecado, no se podía matar animales, mucho menos llevar su carne a la mesa, con excepción de los peces; por suerte teníamos ríos y arroyos cercanos donde capturarlos. Era lógico suponer por qué en mi casa y en la mayoría de las familias cubanas, antes del triunfo revolucionario, siempre estábamos igual que en esa misma semana.

¡Qué decir de cuando el camión repleto de cañas llegaba al central pasadas las diez de la mañana del jueves santo! Esa carga iba al suelo hasta el próximo lunes. Entonces para no perderlo todo: sudor, tiempo, trabajo, dinero, comida para la familia, quienes la habían picado y alzado la remontaban en el vehículo al cuarto amanecer, ya medio seca y con muchas menos arrobas, para que la pesaran finalmente.

Pienso en todo eso y siento las frías madrugadas en mi cuerpo infantil, cuando junto a mi padre y hermanos tenía que deshacerme de mis cobijas y levantarme para ayudar a alzar el bulto de caña entre el que yo me perdía, porque a las dos o tres era la hora en que el camionero podía transportarla, para estar a las siete de la

mañana en el otro lugar donde tenía su compromiso oficial o para llegar a tiempo al central.

Recuerdos de las semanas santas quedaron en mis piernas. Ambas se me fracturaron un jueves santo. Ocurrió mientras me trasladaba en la parte trasera del camión cargado de caña para el central Fe, hoy José María Pérez. El vehículo se impactó contra un tren cañero cuando Rolando Horguera, *El Gallego*, conduciendo con exceso de velocidad, en un esfuerzo por llegar antes de las diez de la mañana, intentaba entrar contrario a la pesa. Él trataba de evitar que el carro quedara cargado hasta el lunes o de descargarlo en el patio del ingenio; pues cualquiera de las dos opciones solo dejaba pérdida. Esta vez El Gallego no lo logró y yo salí accidentado.

El propio Horguera salió dañado, pues perdió el resto del tiempo de zafra por las averías que sufrió el camión, además, con la ayuda de su padre, el dueño del vehículo, asumió los costos de mi atención médica y los tratamientos, pues yo era menor de edad y no tenía derecho al pago por accidente, ni mi familia tenía solvencia para costearlo. Después de todo, a pesar del percance, no tuvimos un sufrimiento adicional.

Sobre la semana santa, hice también décimas humoristas como la siguiente:

VIVA LA SEMANA SANTA

Cada año, en el mes de abril,
llega la semana santa
y al religioso le encanta
comer pescado en atril.
Andando por el pretil
la cochiguera resalta,
la gritería muy alta
que en los oídos resuena:
¡abajo la noche buena!,
¡viva la semana santa!

En los períodos entre zafra y zafra, trabajé como narigonero —guía de la pareja de bueyes de labranza, en el aporque y preparación de la tierra para la siembra—, por lo que como ya expliqué, se

precisó mi inscripción en la llamada Bolsa de Trabajo de Menores, registro que me permitía realizar esas y otras faenas y recibir el medio jornal que se les pagaba a los que no habíamos arribado a la mayoría de edad.

Entre tantos trajines para ayudar a mi familia, hasta me convertí en un hábil desmochador de palmas. Con solo catorce años encontré en este trabajo otra manera de ingresar algunos pesos para las necesidades de la casa. Al recordarlo, asoman vivencias impresionantes.

Una mañana, mientras bajaba de una de las tantas palmas en la zona de Camajuaní, en el sitio de unos tíos, sentí un chasquido y casi a la vez el grito de quienes me sujetaban el cordel: «¡Oyeee, la palma se cae!». Aquel árbol traqueteó y se rajó por un corte hecho algún tiempo atrás. En la hendidura practicada al tronco se había alojado un nido de comejenes que la sellaba y no había podido advertirse el peligro al colocar las trepaderas. El mínimo de tiempo con que contaba solo me permitió abrir las sogas y dejarme correr por la palma hasta dar, milagrosamente, una única nalgada contra el suelo, incorporarme y salir corriendo, por puro instinto, en sentido contrario a donde caería el árbol. Casi mueren del susto mis primos Ovidio Miranda y Caridad Rodríguez, los esposos con quienes, en calidad de cordeleros, formaba el trío en esa ocasión.

Pero no existía tiempo para recuperarse del susto. Este tenía que ser pasajero, porque cuando concluía la zafra volvían las trepaderas de desmochador. Rigoberto González Loyola, *Rigo*, un campesino de la zona con más años y experiencia en este oficio, salía a contratar palmares, unas veces para tumbarle el palmiche que se empleaba como alimento porcino y otras con el fin de bajar los penachos de guano para cobijar viviendas. Él enseguida me preguntaba: «¿Te quieres ganar unos centavos?». Su indagación solo era formal, conocía mi respuesta. Por la primera actividad nos pagaban diez centavos y por la segunda cinco más. ¡Ya pueden calcular cuántas palmas tenía que subir para ganar un peso!

Muchas veces me bajaba por el cordel con el racimo copioso de frutos para ganar rapidez, aunque el peligro aumentara. Ni pensar en ese momento de bajar, luego de soltar las trepaderas, con el cordel cruzado sobre una de las llamas «tetas» o racimos jóvenes, para dejarse rodar por la soga, con velocidad de vértigo. Esta técnica era

bastante arriesgada en sí misma, sin contar con que a veces no quedaba más remedio que trabajar con sogas viejas, gastadas, lo cual garantizaba de mala manera que el cordelero la tuviera amarrada al llegar a la nueva palma y así ganábamos un tiempo precioso, que representaba unos centavos más.

Después de todo lo contado, queda claro que soy mucho más joven de lo que refiere la inscripción de nacimiento, pues lo vivido antes del primero de enero no era vida: nada..., que nací con la Revolución.

Tantos nacimientos tal vez sean la razón de lo que siempre decía la familia sobre mí: que yo era el más pícaro..., el más travieso... y hasta el más vago, según escuché alguna vez. Yo sí sé que este último calificativo caía cuando manifestaba el deseo de estudiar y, sobre todo, cuando afirmaba que no gustaría mi vida en el campo como mi padre y mis hermanos mayores, sin superarme. Y eso solo porque lo expresaba, pues aunque no me atraían las duras faenas de la tierra, mucho tuve que «morder el cordobán», trabajar como cualquiera que tuviera que ganarse la vida en tiempos tan severos. Yo estaba consciente de que éramos obreros agrícolas, cuya alimentación dependía más de la cría de animales y de la siembra del pequeño conuco, autorizada por el dueño de la finca, que de los ínfimos salarios que devengábamos.

Lo cierto es que la situación no dejaba soñar. El estudio continuaba siendo muy limitado. Los tres varones, como desventaja, estábamos obligados a compartir el tiempo entre la escuela y el trabajo, seguíamos siendo alumnos de una sola sesión y a veces hasta teníamos que cambiar de escuela. Por eso asistimos a más de una. De ahí que, aunque empecé temprano a aprender a leer y a escribir, no alcancé el sexto grado hasta los catorce años. Era un mal necesario.

De entonces, recuerdo con nostalgia la primera escuelita Finca Oriente, construida por los vecinos de la zona, con tablas de palma real y guano, igual vienen a mi mente los maestros. La última que me impartió clases fue la maestra Yolanda González, con ella mantuve una relación muy estrecha, pues la llevaba a caballo desde el central Fe hasta la escuela y luego la regresaba.

Esta atención motivó comentarios entre mis compañeros, porque decían que yo tenía relaciones amorosas con la maestra. Por supuesto que no era cierto, yo estaba enamorado de ella, ¡qué adolescente

no ha sentido ese sentimiento por una maestra!, pero jamás se lo dije, ¡a nadie!

Así fui espigando y, dadas las nuevas relaciones que creaba, muy pronto anduve con noviecitas. Roberto González, los hermanos Manuel y Efraín García, Panchito García, Ramón Rodríguez y Frank Chirino, entre otros, eran mis amigos de correrías. Con unos u otros salía por las noches, y los fines de semana hasta íbamos por el pueblo y los barrios cercanos. Así nos entreteníamos durante esos años difíciles en que ya no quieres ser adolescente, pero tampoco has entrado en la juventud.

Me gustaba mucho andar siempre a caballo de aquí para allá, de allá para acá. Quizás por eso, de todas las labores del campo, prefería trajinar con el ganado, a diferencia de mis hermanos. Me busqué no pocas reprimendas de mis padres y no faltaba el «¿qué haces por ahí?», «¿dónde te metes?». Entonces empezaron a atribuirme, además, los calificativos de andariego e intranquilo.

Los domingos me encantaba correr caballos en los terraplenes o ver peleas de gallos en las vallas que se improvisaban en la zona. En los juegos casi no perdía dinero, no por dichoso sino porque la mayoría de las veces andaba arrancado, y otras apenas con veinte centavos en el bolsillo. También iba a las carreras de cintas que se efectuaban los días de fiesta, y con frecuencia se me veía bailando con jóvenes del barrio, en las festividades familiares. Yo no era, precisamente, buen mozo, más bien delgaducho, de mediana estatura y narizón, pero era ágil y enamorado. Como siempre pensé que cada hombre lleva la belleza por dentro, como oso, mis características físicas nunca fueron motivo de preocupación.

Escalar las matas de coco, con la misma habilidad que subía a demochar las palmas, era otra de mis aficiones. No era placer solo mío, siempre lo hacíamos un grupo de jóvenes del barrio. Rigo y yo teníamos el récord de «robadores» de coco en la comarca y siempre que desaparecían los frutos de una mata, inmediatamente se oía decir: «Fue el hijo de Rafaelito o el hijo de Agustín», con lo que se referían a Rigo y a mí, y con la misma, daban las quejas a nuestros padres. Mi viejo solía decirme: «¡Cuando te coja, te voy a matar!». «¿Tú le robaste los cocos a Paulino?», si era este el de las quejas. Invariablemente yo contestaba: «¡Yo no he robado cocos a nadie!». Mi padre insistía con sus preguntas y yo enfáticamente negaba. ¡Qué tiempos aquellos!

Una noche subí a un cocotero muy alto. El dueño era Paulino Miranda, y me sorprendió. En la oscuridad empezó a vociferar: «Yo sé que allá arriba está el hijo de Rafaelito y no me voy de aquí hasta que baje». ¡En qué lío estaba metido! Pero, con agilidad pensé: «Voy a tirarle cocos para asustarlo y alejarlo, así tendré tiempo para escapar». Lancé el primer coco, no para golpearlo, por supuesto, sino con el fin de que picara cerca y lo asustara. Pero el viejo, para mi asombro, subió la parada: «¡Me quieres matar, pero de aquí no me muevo! Así que sigue tirando cocos». Ante la firmeza manifiesta y como acto supremo, corté un racimo completo, enorme, y lo dejé caer. Ese bombardeo de grueso calibre sí que no lo soportó y echó a correr rumbo a la guardarraya. Como alma que se lleva al diablo, rodó tronco abajo y cuando sentí que mis pies tocaron el suelo, salí como bolido, en dirección contraria a él.

Al día siguiente, Paulino le dio quejas a mi padre: «No solo se apoderó de mis frutas, hasta quiso matarme», le dijo. Esta vez el viejo no escuchó mis argumentos y la maldad me resultó carísima. Yo no sé cómo me atrevía a tales cosas, porque mi madre, quien llevaba la voz cantante en la casa, dejaba caer con fuerza la mano cuando nos portábamos mal y mi padre era un hombre muy recto, de pocas palabras; es cierto que no le gustaba el castigo físico como método educativo, pero no aceptaba faltas de respeto.

Parecía que yo había olvidado lo sucedido algunos años atrás con Tranquilino, un sembrador de tabaco de la zona que tenía un modo muy peculiar de hablar.

Aquel día, papá y Tranquilino intercambiaban ideas sobre el tabaco y los semilleros ubicados en el área de Cabaiguán. Yo me mantuve siempre cerca de ellos, escuchaba su conversación, pero en silencio, hasta que le oí decir a Tranquilino:

—¡Cómo está lloviendo, Rafaelito, en Quibaiguán!

En ese momento, susurré:

— Quibaiguán no, Cabaiguán.

Mi padre, que me había oído perfectamente, me lanzó una mirada que yo conocía bien, significaba que cerrara la boca y de hecho me anunciaba un pescozón, pero Tranquilino seguía repitiendo el nombre de la ciudad y yo, rectificando, hasta que pregunté sin freno:

—Papá, ¿por qué él dice Quibaiguán?

¡Ardió Troya! El viejo se viró y me dio un soberano manotazo, que me lanzó al suelo. Adolorido, logré levantarme y salir huyendo como el perro que tumbó la lata.

Esa fue otra de las pocas ocasiones en que mi padre me pegó, por supuesto con toda la razón, pues estaba burlándome de una persona mayor y eso él no lo admitió nunca.

Como hombre de tierra adentro, nacido y criado en medio de los cañaverales, conocí leyendas relacionadas con visiones, espíritus, muertos y seres del más allá, que en voz de los campesinos corrían de barrios a bateyes, por trillos y guardarrayas. Por algún sitio se escuchaba decir que veían desprenderse una luz del cielo o brotar de la tierra. En mi zona se decía que por tal lugar salía un gigante de no se sabe qué tamaño. Alguna gente afirmaba haberlo visto. Unos se asustaban y se alejaban en marcha veloz de esos alrededores; otros, más valientes, seguían el camino.

Y un día, al pasar por el lugar, topé con aquella cosa.

Pensé: «Yo de todas formas voy a pasar, de lo contrario no podré salir nunca». Era cerca de mi casa y el tránsito por ahí resultaba obligado. Entonces agarré un par de piedras bien pesadas, múcaras de verdad, y continué la marcha. Ahí fue cuando vi a uno, pintorreteado todo. Me paré en seco y observé bien. Miento si digo que no sentí miedo, pero las piedras me infundían cierto valor. Miré y percibí un ligero movimiento en un plantón de caña e intuí que allí se escondía uno de los creadores del espantapájaros. Supe entonces que era obra de algún bromista que estaría gozando de lo lindo, porque su pretensión era asustarme con el ruido, pero no contó con el proyectil pétreo que impactaría en su lomo. Todavía le debe estar doliendo. Así se acabó el gigante. Los inventores eran vecinitos del propio barrio.

Otra de las narraciones que se oían en las tertulias hogareñas era que en un campo de caña de una finca colindante, salía un muerto. En ese sitio, para delimitarlo bien, hasta se hizo un cercadito con postes de júpiter, piñón florido o bien vestido, este último era el nombre con que se denominaba a la planta en mi región. En realidad, toda aquella historia estaba tejida a partir de que un obrero, cansado de ser avasallado por el dueño de la finca, lo mató a machetazos en ese mismo lugar.

Una noche, por cierto no de las más oscuras, desde mi caballo, cantando a viva voz como suelen hacer los campesinos, pasé por allí. De pronto, la bestia se paró abruptamente, le di dos cuartazos y el noble bruto emprendió rauda carrera, pero un ruido en las cañas lo detuvo de nuevo. Entonces le clavé las espuelas en sus ijares y el animal, en vez de correr, se irguió en dos patas y saltó sobre un plantón. El supuesto muerto escondido gritó para identificarse, al caballo no logré pararlo hasta pasado un buen rato, y como es de imaginar el jinete encima estaba bien asustado. Y así, podría contar un sinnúmero de anécdotas que se narraban por aquellos campos, de inventos sobrenaturales casi siempre.

Este placer de andar a caballo y mi gusto por ser vaquero duraron muchos años, yo mismo no sé en qué momento se frustró esa vocación. En alguna medida debió influir el esposo de mi hermana Nieve, la segunda en edad. Ella se casó con el hijo del colono asesinado a machetazos de la anécdota anterior, de manera que mi cuñado tenía cierta holgura económica y pudo introducir algunos adelantos técnicos en el trabajo de sus tierras, así el tractor sustituyó las yuntas de bueyes y yo rápidamente preferí conducir el vehículo motorizado a arrear los bueyes o manipular la guataca y el machete, aunque la vida me haya hecho apreciar, con diferente mirada, el valor de estos instrumentos de labranza.

Más tarde mi cuñado adquirió una bodega y con él conocí acerca del comercio, aunque seguía encima del caballo y con mi sueño de ser vaquero, cuya peculiar vestimenta me atraía. Para ser sincero aún me agrada calzar botas de estilo mexicano, llevar sombrero tejano, pantalón ajustado de montar y camisas a cuadros. Pero por entonces yo solo contaba con una muda de ropa para salir y presumir, una dominguera que de tanto lavarla había cambiado el color. Aquella no era época de escoger oficio, ni vestimenta, ¡ni nada!

Por tradición, mi padre y mi hermano mayor criaban y jugaban gallos. Como me desarrollé en ese ambiente, pronto aprendí los trucos de tales actividades. Los domingos me enredaba en las peleas de gallos y carreras de caballos. Después vino la etapa de jugar pelota, lo cual hice en mi zona y en otras provincias. Ocupaba segunda base y era lanzador. Pero realmente no era bueno en ninguna de las dos posiciones. Sin duda era mejor en los gallos y en las carreras de caballos.

Inquieto y emprendedor, trabajé en lo que apareciera para buscarme la vida y ayudar a la familia. Practiqué hasta boxeo porque, si ganaba, recibía cinco pesos y, si perdía, tres. Mi hermano Raimundo, de los tres varones el del medio, cuando yo no ganaba una pelea decía: «Miren eso, yo que dejé de comer para que él se alimentara mejor y pierda». Yo sufría tanto, pero siempre había ganancias, algo venía al bolsillo y de ese resultado comíamos todos.

Y entre tanto escribía mis rimas, me gustaba y lo hacía sin conocimiento de su técnica, solo por inspiración. A veces dejaba sobre un papel lo que atesora el corazón; otras, quizás la mayoría, eran sátiras. Hasta de mí me reía, como el día que recordé y organicé en décimas aquellos versos que aprendí sobre mí deporte entre las cuerdas.



El boxeador
40 X 50 cm / Carboncillos
Alexis Leiva Machado, *Kcho*

EL BOXEADOR

I

Mi historia de boxeador
me trae a menudo la idea
de aquella dura pelea
que yo sé fue la mejor.
Mi contrario, fajador,
y yo estilista brillante:
con un pasillo elegante
y una pegada potente,
le di un golpe con la frente
que casi le rompo un guante.

II

Aprovechando una brecha
que mi contrario me abrió,
un buen golpe le di yo
con un ojo en la derecha.
Rápido como una flecha
enseguida lo embestí,
la campana sonó allí,
lo salvó, es eso lo cierto,
pues yo casi estaba muerto
de risa, dándome a mí.

III

Fuimos al segundo asalto,
lo esperé firme y tranquilo,
y él, derrochando su estilo,
serio, fuerte, guapo y alto.
Lo sorprendí con un salto
impulsándome en la cuerda,
por favor, no se lo pierda,
el golpe que recibió
pues mi rostro le dejó
ardiendo la mano izquierda.

IV

Le pegué con el mentón
un golpe poco común,
rápido me hicieron un
conteo de protección.
Queriendo apurar la acción
dándole un nuevo matiz,
le atacué alegre y feliz,
y aunque con leves rasguños,
le ensangrenté los dos puños
dándole con mi nariz.

V

Cerca de una esquina blanca
sangrando por una ceja,
le di un golpe con la oreja
que por poco me la arranca.
Ya la victoria era franca,
pues nunca perdí mi aplomo,
él mismo no supo cómo
lo sorprendí con un swing
que en un lateral del ring
hice un hoyo con el codo.

VI

Me levanté temerario
mostrando mi estampa brava,
mi rostro siempre le daba
con el puño a mi contrario.
El triunfo, extraordinario
en esos tiempos remotos,
y entre grandes alborotos
y aplausos de los presentes
terminé el pleito sin dientes
y él con los dos puños rotos.

VII

Esa fue la gran paliza
que le di al contrario inerme,
por la cual tuve que hacerme
la dentadura postiza.
Fui al centro del ring con risa,
con la victoria en la idea,
pero como al que pelea
le defraudan tantas veces,
qué injusto fueron los jueces
¡me quitaron la pelea!



Cantó el gallo
40 X 50 cm / Carboncillos
Alexis Leiva Machado, *Kcho*

Esta vida juvenil y activa, en la que fui aprendiz de mucho y oficial de nada, me la hizo revivir Pedro Sergio Amaral Padrón, a través de unos versos que me obsequió por mi sesenta cumpleaños:

I

Camajuaní, cantó el gallo
con el último Espinosa,
alguien regaló una rosa
para que monte a caballo.
Entre vaqueros y un tallo
se sujetó su niñez,
y tiró más de una vez
voladores y pelotas,
y en boxeo con derrotas
viró a su hermano al revés.

II

Camajuaní lo vio hacer
entre el tendal y el plantón,
la mocha y el azadón,
cantos al amanecer.
Llevaba dentro del ser
cada décima escondida
y por la misma avenida
de San Antonio a Maisí
unido a Camajuaní
va cantándole a la vida.

Por esto de andar haciendo rimas chistosas, tuve problemas. Algún puñetazo me sorprendió, como el que recibí un 4 de diciembre cuando mi mamá celebraba un velorio por el día de santa Bárbara. Ese día yo había ido con Efraín García y Frank Chirino a un juego de pelota al central San José. De regreso, mojado por un fuerte aguacero y alegre por unos traguitos, entramos a mi casa. Lo primero que vi en la sala fue a Eleuterio González, *Tello*, un vecino nuestro que pretendía a mí hermana

Cándida. Fue como si su imagen despertara mi inspiración y dirigiéndome a él, le dije:

Y aquí tú tienes a Tello,
que está sentado en mi casa:
«Deja de ser calabaza,
mal olor tendrá tu sello».
Rápido como un destello
aquel hombre se paró
y el piñazo que me dio
a nadie se lo deseo,
pues se formó el ajeteo
y hasta papá me pegó.

El aludido se puso de pie y, con una fuerza de cíclope, me lanzó un trompón. Ahí mismo se armó tremenda bronca.

Víctima de mis dardos poéticos fueron algunos enamorados de mis hermanas y de otras parientas. Estos versos, por ejemplo, se los hice a Yeyo, un joven que cortejaba a una prima mía. Su pobre cabellera me hizo escribir:

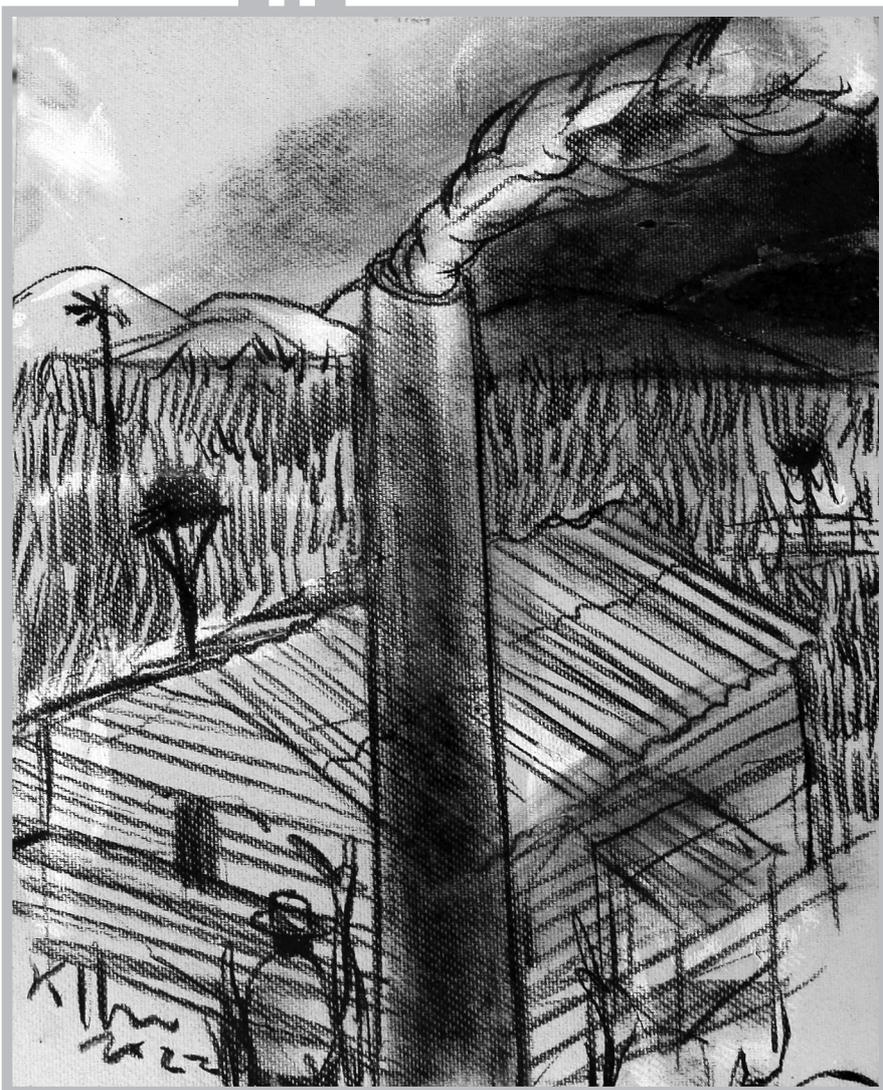
Casa de Santos Cubela:
Bajó un tipo enamorado
que se peina para el lado
su amarilla cabellera.
Dicen que se ha puesto en vela,
pues le atribuyen mal cargo,
y yo digo sin embargo:
la natura se ensañó
y ese cabezón te dio:
pareces un güiro amargo.

Inmediatamente que concluí dos estrofas, uno de mis amigos se las llevó al destinatario. Me contaron que no había acabado de leer los versos y aseveró: «Esto es obra de Monguire» —así me decían—, y salió en mi búsqueda con ánimo de matarme. Sin embargo, cuando me encontró, negué rotundamente la autoría y sembré la duda en el ofendido. Pero como consecuencia de los versitos, Yeyo se acomplejó y no fue más a enamorar a mi prima.

Yo me divertía con todas esas composiciones, cosas de muchachos que no tenían mucho entretenimiento, lo cierto es que no era capaz de darme cuenta de que a veces resultaban de mal gusto, y algo parecido me sucedió con una pareja de viudos de avanzada edad cuando hice rimar los versos de esta estrofa:

Ayer por la tardecita
vi a Patricio que se fue
a hacerle visita a pie
secreta a doña Juanita.
Ella estuvo animadita
y en silencio le decía:
«Abrázame, vida mía,
bésame hasta que te aburras,
cuidado no se te ocurra
jugarme fulastrería».

Estos son algunos recuerdos de mi infancia y primera juventud en Camajuaní, en sus campos y cañaverales, el recuerdo de mi numerosa y humilde familia y de mis amigos, el trabajo en la vaquería, en las plantaciones de cañas, sobre las palmas o las matas de coco, buscando cómo ayudar al sustento de tantos hermanos; era escaso el divertimento: la pelota, la carrera a caballos, la pelea de gallos o mis versos; todas son vivencias que marcaron para siempre aquella, mi primera etapa de la vida.



PREMATURA MADUREZ



Entre el trabajo como actividad fundamental, la escuela cuando podía asistir, las fiestas en mi barrio, que era como decir en familia, y los chistes y alborotos que armaba con mis versos, arribé a los catorce años en 1953. En el mes de julio ocurrieron los asaltos a los cuarteles Guillermon Moncada, de Santiago de Cuba y Carlos Manuel de Céspedes, de Bayamo, ambos el día 26. Mi vida anterior no sufrió cambios sustanciales, pero algo nuevo experimentó mi conducta a partir de que escuché hablar de Fidel, como líder de aquel grupo revolucionario al que pronto se le empezó a llamar Moncadista.

Escuché hablar de Fidel Castro Ruz por primera vez al inicio de los años cincuenta. Recuerdo que mis padres oían por la radio a Eduardo Chibás Ribas, presidente del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), y en muchas ocasiones se hablaba de Fidel, en otras se escuchaba al propio Fidel. Aunque antes, en mi casa, alguna vez los mayores lo mencionaron siendo aún estudiante, yo no le prestaba atención, quizás ni entendía de qué se hablaba.

Ahora sí me interesé por todo lo que se decía de Fidel Castro. Lo ocurrido en la región oriental llamó poderosamente la atención de los desposeídos, y mi despertar sobre la trascendencia del joven revolucionario tuvo su antecedente más cercano en el viejo Paulino

Miranda, el dueño de los cocos que yo había bombardeado con el racimo. Él era comunista, solo que muy pocos lo sabían y menos entendían el significado del término, más allá de la barata propaganda anticomunista del supuesto telón de hierro y cosas por el estilo.

De aquellos tiempos recuerdo los recorridos de Jesús Menéndez, y luego de Lázaro Peña por allá, por el central Fe, y la simpatía de mi familia por Eduardo Chibás y el Partido Ortodoxo. Mis viejos seguían cuanto de ambos podía escucharse. A este líder político lo vi por la televisión en una bodega del barrio, donde pagábamos veinte centavos por una hora o dos de programación.

Alrededor de 1956, con algunos vecinos de mi pueblo y de zonas aledañas que tenían instrucción y conocimientos políticos, me fui adentrando en las ideas revolucionarias y hasta en trajines de igual seriedad. Además de Paulino Reyes, miembro de la juventud socialista, Armando Romero fue otro compañero que influyó en mi formación.

Cuando se produjo el desembarco por playa Las Coloradas, supe de este hecho y de lo que fue aconteciendo después, con las falsedades, como era lógico, que publicaba aquella prensa leal al régimen de Fulgencio Batista Zaldívar.

Por entonces hice contacto con Carlos Gómez,¹ a la sazón jefe del Movimiento 26 de Julio (M-26-7) en la municipalidad de Camajuaní, el primero en solicitar mi colaboración e información acerca de otros jóvenes dispuestos a luchar por la causa en la zona. Mi respuesta fue afirmativa.

Justo a los treinta días de mi encuentro con el jefe del Movimiento en Camajuaní, me llamó la jefatura del Movimiento para indicarme las primeras tareas, entre ellas fomentar un grupo conspirativo en mi zona de residencia. Me advirtieron que adoptara todas las medidas secretas posibles, porque si la policía o el ejército detectaban algo que se les hiciera sospechoso, nos podían coger presos, matarnos o desaparecernos de la faz de la tierra sin averiguar. Así siempre se lo hice saber a todos con quienes hablé y encontré la disposición que se esperaba en ellos: Manuel y Efraín García, Roberto y Cruz González, Francisco García, Frank Chirino, Felo Rodríguez

¹ Después del triunfo traicionó a la Revolución.

y otros, mis amigos de fiestas y, algún tiempo anterior, de maldades por los campos y bateyes. Más tarde, cuando las andanzas se fueron complicando, la mayoría de esos muchachos se alzaron en las lomas del Escambray.

La primera misión consistió en la venta de bonos del M-26-7. Así fui conociendo, con alguna profundidad, el significado del movimiento y su importancia para el futuro de Cuba. Por supuesto, me identifiqué más con la figura de Fidel y con sus ideas firmes, radicales y combativas contra el régimen que oprimía a la patria. De esta manera comprendí mejor por qué mi familia se interesaba por lo que se relacionaba con él.

Ya al año siguiente las encomiendas fueron otras: recogida y traslado de armas y acciones de sabotaje. Apenas se había dado la orden y quemamos un ómnibus en la vía Camajuaní-Caibarién; obstruimos vías a través de la destrucción o avería de puentes, para impedir la circulación, total o temporalmente, de vehículos; igual destino corrieron líneas eléctricas de la zona: tumbamos postes, lanzamos cadenas sobre el tendido eléctrico que producían cortos circuitos y daños de consideración; incendiamos plantaciones cañeras que, por supuesto, en su inmensa mayoría eran propiedades de acaudalados señores que apoyaban el régimen.

Ese mismo año de 1957 conocí a Calixto Martínez, coordinador del Movimiento 26 de Julio en Santa Clara y, a través de él, a otros compañeros de la dirección del Movimiento en la provincia, tal fue el caso del compañero Víctor Bordón Machado, jefe de acción y sabotaje a ese nivel. Me autorizaron a crear un grupo con la misma misión que, inicialmente, actuó en los barrios del central Fe, Salamanca, San Benigno, La Julia, María Luisa, Rosalía, Lobatón, Taguayabón y otros de Camajuaní, además de Vueltas, Placetas y Zulueta. Luego extendimos las acciones a los municipios de Remedios y Caibarién. Durante esta etapa hicimos otros contactos como fue el caso de Cornelio Negrín. Este compañero mantenía, a su vez, relaciones con los grupos que estaban alzados en el Escambray y con los que iniciaban la lucha armada en Yaguajay, al norte de la provincia de Las Villas. En estas fuerzas guerrilleras me encontré con Juan Martínez,² y en

² Posteriormente nos encontramos en el Escambray. En ese momento era jefe del comando García Lavandero de las guerrillas del Directorio Revolucionario 13 de Marzo. Murió antes del triunfo de la Revolución.

Yaguajay, con Israel Bello Roche, dos compañeros con quienes había tenido algún tipo de relaciones antes de ese momento.

Todo este ajeteo aumentó mi fama de paseantín. En realidad las recogidas de armas en los distintos lugares y bajo los riesgos que fueran, así como los sabotajes, estimularon mi interés de alzarme. Siempre que lo solicitaba, luego de hacerme entender la necesidad de la lucha en el llano, me respondían que no era el momento. Así, entre acción y acción, hasta olvidé la tradición de festejar mis dos cumpleaños. ¡Ahora mi fiesta perenne era jugarme la vida! Como el domingo aquel que del batey Salamanca, donde ayudaba a una de mis hermanas en la bodega de su esposo, salí rumbo a la finca Oriente para visitar a la familia de mi novia, y, además, sostener una reunión con el grupo de acción y sabotaje que allí había organizado y que yo dirigía.

Acordé realizar una operación, orientada por el Movimiento, de recogida de armas en zonas cercanas con las asistentes Efraín, Roberto y Felo. Para esta tarea solo contábamos con un revólver vizcaíno que poseía Roberto y el cañón de una escopeta de 16 milímetros que recogimos en un varaentierro, propiedad de mi futuro suegro y donde habíamos sostenido la reunión.

Esa misma noche ocupamos dos revólveres calibre 38 milímetros, uno de ellos a un ciudadano de La Julia, el que al anca de su caballo me había llevado por un buen tramo del recorrido desde Salamanca hasta la finca Oriente, ocasión en que le noté el arma en la cintura.

Al llegar a la casa de esa persona, coloqué a los compañeros simulando haberla rodeado y personalmente lo llamé, conminándolo a entregar su arma y las municiones. Como dio muestras de no saber de lo que yo hablaba, me vi en la obligación de decirle que le haríamos un registro a la casa y, por lo tanto, él sería el único responsable de lo que pudiera suceder a los suyos.

Escuché como la propia familia presionaba al hombre para que entregara el arma. Finalmente lo hizo, pero sin municiones. Insistí en que lo entregara todo, hasta que al rato pidió autorización para encender una vela y buscarlas en una caja. En el momento de dármelas trató de acercar la vela a mi rostro, pero con el cañón de la escopeta le tumbé la vela, platillo y todo. Esta vez la oscuridad era cómplice nuestra.

No obstante, me vi obligado a ocultarme por varios días, pues no sabía si aquel ciudadano me había reconocido y denunciado. Por suerte no sucedió nada y pude regresar al barrio y continuar con las

acciones ya habituales por ese tiempo. Aún desconozco cómo no me reconoció si nos habíamos visto unas horas antes, juntos habíamos montado en el mismo caballo y, para colmo, yo ni me había cambiado de ropa.

Otro día salí con una parte del grupo por la zona de Rosalía, también en Camajuaní, para hacernos de algunas armas, ya que conocíamos a personas que las poseían y en otros casos teníamos la información necesaria para cumplir ese objetivo. Escogíamos siempre la media noche o la madrugada, porque a esa hora ellos dormían con el resto de la familia, y era el momento perfecto para presionarlos a entregar las armas sin presentar resistencia. Llegamos a la casa de Manuel Hernández para ocuparle un revólver calibre 44, con sus correspondientes municiones.

Ya había colocado a mis hombres alrededor de la vivienda, cuando entré; así se lo hice saber a los que estaban dentro, porque me encontré con que celebraban un velorio, creo que por el día de santa Bárbara. Yo era el único que no conocía a esa familia y me identifiqué con el brazalete del M-26-7. Mientras explicaba el objetivo nuestro allí, ¡que sorpresa!, entre los presentes estaba Alberto Martínez, *Albertico*, un vecino de la zona con quien jugaba pelota y mantenía magníficas relaciones; pero desconocía de mis trajines revolucionarios, ni estaba vinculado al Movimiento u otra organización. No me amilané, exigí el arma y tras lograrlo, saqué de la casa a Albertico para advertirle que no se le ocurriera hablar de mi participación. Él estaba muy nervioso, pero me juró que no diría nada y así fue, cumplió su palabra. Más tarde se convirtió en colaborador del Movimiento y luego del triunfo revolucionario se incorporó al Ejército Rebelde. Entonces nos encontramos y le recordé el suceso, pero me reveló que el susto había sido tal que, hasta tanto yo no lo llamé, él no me había reconocido.

Con el grupo de acción y sabotaje, en mi municipio eminentemente agrícola, cañero en primer lugar, arremetimos fósforo en mano contra los cañaverales de los centrales Fe, hoy José María Pérez, Carmita (Chiquitico Fábrega) y Fidencia (Guillermón Moncada), todos de Camajuaní y Placetas y el San José, de Zulueta, con el objetivo de entorpecer la zafra azucarera de 1957-1958, principal renglón económico del régimen dictatorial de Fulgencio Batista.

Una tarde salí de la casa con los instrumentos necesarios para prender fuego: una pequeña vela, un platillo, un poco de alcohol y unos pedacitos de estopa y fósforos. Seleccioné campos de la finca San Benigno, propiedad del dueño del central Fe, en la que vivía y trabajaba con mi familia. En el centro de un macizo cañero importante, hice un pequeño limpio entre las cañas; encendí la vela fijada al platillo, rodeada de alcohol, estopas y pajas secas, para que cuando se consumiera, se prendiera todo aquello y se propagara el fuego en un espacio de tiempo de treinta a cuarenta minutos, más o menos, el necesario para distanciarme, por si alguien me había visto en los alrededores. De esta manera, alejaba cualquier sospecha sobre mí.

A los treinta minutos llegué al batey de la finca y tomé un camión vacío de tirar cañas que iba en dirección contraria al lugar donde había prendido el fuego. Cuando pasé por el puente La Julia, en el otro extremo de la finca cañera, vi a mi padre a quien, como obrero de la colonia, tenían de observador para detectar las candelas que por aquellos tiempos estaban a la orden del día.

«¡Viejo, informa que en la zona del Flujo comenzó un incendio de grandes proporciones!», le grité a mi padre desde la cama del camión. Se trasladó hacia allá y cuando llegó las llamas eran incontrolables. Varios obreros agrícolas trataron de apagar el siniestro. Pero hasta muchas horas después y con el concurso de otros hombres y medios, no fue posible.

Para ese día, a la misma hora, les había indicado a otros miembros del grupo el incendio de seis cañaverales. Todo el plan se hizo realidad.

A la mañana siguiente, papá me reprimió y encarecidamente me pidió que cuando lo volviera a hacer escogiera el día que él no estuviera de guardia, para evitar, al menos, comprometerlo. El viejo sabía ya en qué yo andaba y estaba de acuerdo con la lucha aunque, padre al fin, temía por mi vida.

Ese mismo día ocurrió otro hecho, hasta simpático pudiera decir. Para cubrirme del siniestro que había provocado, salí hacia la colonia del abuelo de Roberto, donde este y Felo cortaban cañas. Allí los encontré y les expliqué lo sucedido. Ellos, con una rapidez tremenda, me dijeron que no se quedarían fuera de esas acciones y con la misma le prendieron fuego al campo donde trabajaban. Pasado un tiempo, los tres avisamos «inocentemente» al dueño y

demás obreros que había candela en la caña. Por esta circunstancia, el principal prendedor de fuego terminó ayudando a sofocar el que habían iniciado sus compañeros. Era una buena forma de simular su papel en la dirección y ejecución de aquellos sucesos.

Pasaban los meses y yo seguía planteando mi disposición de incorporarme a la lucha en la sierra. La respuesta continuaba siendo la que ya yo conocía. Se argumentaba que era muy importante contar con compañeros confiables y de valor en el llano para asegurar la acción y hacerse sentir en todos los frentes, así como garantizar los abastecimientos y la información a los que ya estaban alzados. Por lo tanto, la actividad no se detenía y entre los meses de julio y agosto de 1958 el grupo que yo dirigía realizó numerosas operaciones, las principales con el objetivo de recoger armas

Una de ellas fue para quitarle un fusil y un revólver a un terrateniente. Luego de personarnos en su residencia, el hombre no se encontraba. Decidimos esperarlo. Regresó de noche. Cuando llegó en su willy, lo conminamos a entregar las armas; pero para sorpresa nuestra, su esposa empuñó un revólver y comenzó a disparar. Nos protegimos detrás del carro. Tuvimos que retirarnos en la oscuridad. Por suerte, la mujer estaba tan nerviosa que ningún impacto fue certero. La misión resultó un fracaso rotundo.

En otra ocasión que andábamos por la zona del Júcaro, en Vueltas, acompañado de Efraín, Francisco, Ramón, Felo, los hermanos Cruz y Roberto, le ocupamos el arma a un chivato de la Guardia Rural. Producto de esa acción, detuvieron a varios jóvenes del lugar donde operábamos y de la comarca donde vivíamos. El delator se confundió. Finalmente, tres muchachos quedaron apresados, de los cuales asesinaron a dos: Dagoberto Cubela y Timoteo Fernández. Gilberto Bello, el tercero, salvó la vida luego de un sinnúmero de torturas, gracias a pruebas convincentes de que no había participado en esa acción, y por influencias de personas con posición en el gobierno

Estos hechos y otras acciones, con trascendencias negativas para nuestras vidas, determinaron la necesidad de ocultarme por un tiempo con Efraín García, y hacer las gestiones para alzarnos en el Escambray, pues ya estábamos «quemados». Tras varios días ocultos, logramos hacer contacto con compañeros del Movimiento que nos suministraron algunas provisiones, también con un chofer de alquiler llamado Ramón Prieto, *Mongo*, al que, independientemente de

colaborar con el M-26-7 en Camajuaní, se le ofreció una suma de dinero para que nos acercara lo más posible al Escambray.

Mongo debía llevarnos a un punto cerca al central Agabama (Escambray), donde el día y a la hora acordados estaría un guía que nos introduciría en las lomas. El traslado se concibió en dos etapas: la primera para una casa en la ciudad de Placetas y al siguiente día, seguir viaje para Agabama, vía Fomento.

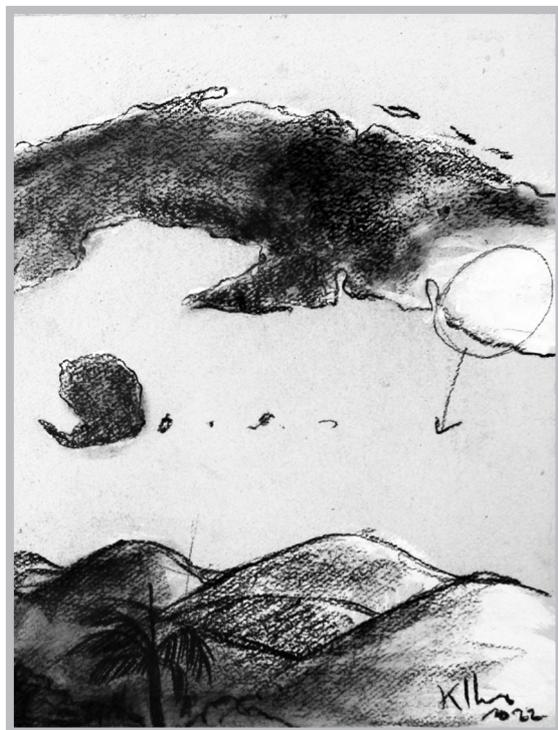
El viaje a Placetas fue sin novedad. Aquí el Movimiento nos pidió que nos lleváramos a los compañeros Gabriel Rancaño, *El Gallego*, y Mario Rodríguez, a quienes les era imposible continuar en el llano. Puestos de acuerdo, seguimos hacia Agabama al otro día.

Pero el destino nos jugó una mala pasada. Los cadáveres de los dos jóvenes asesinados fueron trasladados por sus victimarios a un lugar cercano a Fomento, en la carretera hacia esa ciudad, con la intención de achacar su muerte a los alzados una vez que los encontraran. Esto motivó que el ejército de la dictadura tomara esa carretera en zafarrancho de combate y comenzaran a registrar a cuantos vehículos pasaran; detenían a cuantos les parecían sospechosos. En estas condiciones, nuestro chofer se negó a continuar la marcha y quedamos los cuatro futuros alzados ocultos en un pequeño campo de caña hasta el anochecer para, con guías tomados al azar, continuar a campo traviesa hacia el central Agabama.

Después de dos días y sus noches de marchas, llegamos por fin al lugar, pero no a la hora prevista, de ahí que este atraso nos impidiera el contacto con la persona indicada. A través de indagaciones en el barrio, dimos con Romero. Dos días permanecimos en el lugar que este nos indicó. Este tiempo de ocio nos permitió recoger algún armamento —una escopeta de repetición calibre 12 milímetros, un winchester 44 milímetros y un revólver colt calibre 38 milímetros— en sitios aledaños, o sea, en La Estrella y El Manguito.

Pasados los dos días, continuamos rumbo al lomerío. Hicimos la primera parte del viaje en el vehículo de un terrateniente, fue un movimiento obligado hasta donde el camino lo permitió. En lo adelante, marchamos a pie con guías también escogidos al azar. Así llegamos al primer contacto con los alzados del Escambray, por la zona del caserío de Sopimpa, en el noreste de esa cordillera.

La intención de nosotros era incorporarnos al Directorio Revolucionario 13 de Marzo (DR), aunque pertenecíamos al Movimiento Revolucionario 26 de Julio. En esos momentos, agosto de 1958, el Che aún no había llegado a Las Villas.



Escambray

40 X 50 cm / Carboncillos
Alexis Leiva Machado, *Kcho*

Ya teníamos referencias de las fechorías del llamado Segundo Frente, de Eloy Gutiérrez Menoyo. A estas fuerzas comandadas por el capitán Manuel Sábalo³ pertenecían los primeros alzados que nos encontramos en el Escambray, quienes le avisaron de nuestra presencia a Jesús Carrera,⁴ segundo al mando en dicho frente.

³ Capitán del segundo frente del Escambray, después de la llegada del Che a esa sierra se trasladó a Pinar del Río. Allí murió en manos del ejército batistiano.

⁴ Hombre criminal y sanguinario. En el año 1961 fue fusilado por actividades conspirativas contra la Revolución.

Este quiso que nos quedáramos con él y, ante nuestra negativa, nos planteó:

—Entonces tienen que dejar las armas.

—Tampoco. —Contestamos categóricamente, y con la misma le añadimos: Pero, además, para quitárnoslas, tienen que matarnos.

—Entonces quedan presos, nos dijo.

—¿Presos?, pues que quede claro que nos vamos y si nos tiran les responderemos.

Hubo órdenes de montar las armas. Pero finalmente nos fuimos. No pasó nada. Por esta razón no se escuchó un solo disparo.

Dos días más de caminata hasta que establecimos con hombres del Directorio, del comando Eduardo García Lavandero bajo el mando del capitán Juan Martínez, en la zona conocida por Casa de Tabla. Los combatientes nos orientaron cómo llegar al campamento de Dos Arroyos, donde se encontraban Faure Chomón Mediavilla⁵ y Rolando Cubela Secades.⁶ Allí nos quedamos.

Al poco tiempo, nos enviaron al comando Eduardo García Lavandero y más tarde, al Menelao Mora, que en esos momentos lo dirigía el capitán José Moleón Carrera.⁷

⁵ Comandante del Ejército Rebelde, jefe político militar del Directorio Revolucionario 13 de Marzo.

⁶ Segundo jefe militar del Directorio Revolucionario 13 de Marzo. Traicionó la Revolución después del triunfo.

⁷ Entonces capitán del Ejército Rebelde, jefe del comando Menelao Mora de las guerrillas del Directorio Revolucionario 13 de marzo. Al triunfo de la Revolución alcanzó el grado de Comandante.



MI SIERRA FUE EL ESCAMBRAY



Las lomas del centro del país me acogieron como uno de sus defensores. En sus estribaciones y por los alrededores, participé en varias acciones combativas: ataque y captura de La Papelera de Trinidad; toma de Fomento durante cuatro horas, el 13 de octubre de 1958, en ocasión de la entrada del comandante Ernesto Guevara al territorio villareño; ataque al cuartel de la Guardia Rural de Caracusey, el 21 de noviembre, junto a hombres de la columna invasora del Che; rechazo a las fuerzas del ejército de la tiranía que trataron de entrar al Escambray por la carretera de Trinidad hacia El Algarrobo a finales de noviembre, y en la toma de Báez, Manicaragua, Trinidad y Casilda, en el mes de diciembre.

Al conocer la jefatura del DR, que la Columna No. 8 Ciro Redondo se aproximaba a los límites de las provincias de Camagüey y Las Villas y que era acosada por el ejército, decidió realizar una operación combinada que repercutiera, paralizara y distrajera al enemigo. La acción se ejecutaría en un punto importante de la Carretera Central, con ello se lograría, además, dividir la isla en dos, aunque fuera por unas horas. Placetas tenía las características apropiadas: lejos de las montañas y a treinta kilómetros de Santa Clara aunque, a la vez, obligaba a una retirada rápida, pues el enemigo podía interceptarnos.

El análisis previo condujo a la conclusión de atacar Fomento y Placetas de manera simultánea. Estas operaciones se ejecutarían bajo el mando de los comandantes Faure Chomón y Rolando Cubela, respectivamente. El ataque a Fomento tenía que garantizar, además, la retirada de quienes harían lo mismo en Placetas, por lo que se debía mantener la ciudad en poder de los rebeldes hasta recibir a nuestros compañeros.

El 12 de octubre en El Algarrobo se crearon los dos destacamentos con los hombres mejor armados; se informaron la misión y las ideas de las acciones. Marchamos juntos hasta las cercanías de Sopimpa, una finca conocida como La Gloria, propiedad de Eusebio Lago, quien era colaborador nuestro. En este lugar se realizaron las últimas precisiones.

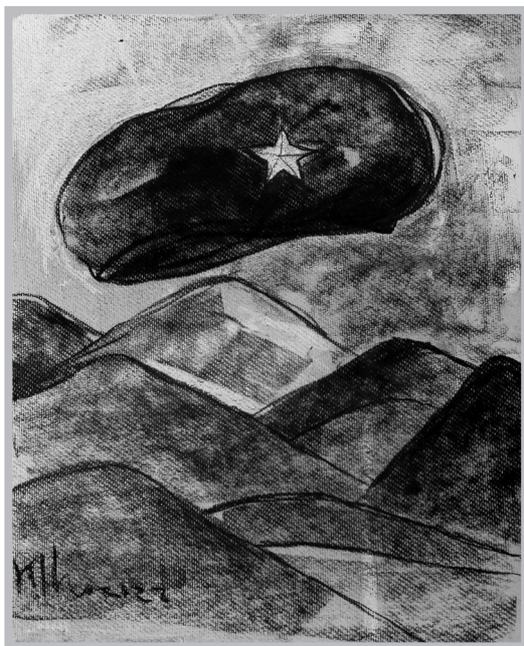
A las ocho de la noche del día 13, penetramos en ambas ciudades, atacando los puntos que ocupaba el enemigo. La operación se iba cumpliendo según lo planificado. Los que participamos en el ataque a Fomento, divididos por escuadras de combate, comenzamos a hostigar el cuartel y la estación de policía. Ocupamos el local de la junta electoral e incendiamos el prostíbulo El Volcán, además de tirotear a los soldados y policías que se encontraban en el parque. También se tomó la emisora de radio y el comandante Chomón le habló al pueblo.

La operación duró unas tres horas y durante ese tiempo la ciudad estuvo en nuestras manos y sus defensores sometidos a acciones de hostigamiento. Tuvimos un herido leve, el propio comandante Chomón en una mano, durante la ocupación a la estación de radio. Al enemigo se le ocasionó un muerto, el policía Águedo Ruiz, quien cayó al enfrentarse a los combatientes que ocuparon la junta electoral.

Las acciones de las tropas del DR, a la llegada de la columna invasora, estuvieron relacionadas con el plan general concebido por el Guerrillero Heroico. Tal decisión quedó clara en la reunión de Dos Arroyos, el 21 de octubre de 1958 y reafirmada en el pacto de El Pedrero, firmado el primero de diciembre por los comandantes Ernesto Che Guevara y Faure Chomón Mediavilla.

En respuesta a una acción que el comando del capitán Ramón González Coro realizara el 25 de octubre, en el punto conocido como La Papelera, en la carretera que une a las ciudades de Sancti Spíritus y Trinidad, la aviación enemiga, con dos B-26 y una avio-neta, bombardeó y ametralló la zona de El Algarrobo, donde se

hallaba dislocado nuestro comando. La vandálica acción, que comenzó a las once de la mañana y se prolongó varias horas, incluyó hasta las casas de los campesinos. Sin embargo, no hubo bajas, mucho tuvo que ver en ese resultado la iniciativa del capitán Moleón, que previamente había ordenado cavar trincheras por escuadras para la protección de los combatientes. Tampoco lamentamos pérdidas en la población, evacuada con anterioridad.



El Che en el Escambray
40 X 50 cm / Carboncillos
Alexis Leiva Machado, *Kcho*

Cuando la aviación enemiga se retiró, llegó un mensajero del Che desde el campamento de Las Piñas, no lejos del lugar del bombardeo. El comandante preparaba el ataque a Güinía de Miranda, el cual realizaría al día siguiente, por la noche.

Octubre 25/58 2 p.m.

Faure (o cualquier responsable):

Estoy esperando noticias. Espero que no les haya pasado nada con el bombardeo de hoy. Aquí vinieron diciendo que Juanito estaba rodeado; digan si es posible eso y

si necesitan ayuda. Necesitaría información de la situación en el punto que nos interesa y en caso de que uds. no puedan hacer el trabajo, vean si me pueden facilitar un par de prácticos.

Saludos,

Che⁸

El 21 de noviembre, fuerzas de la Columna No. 8 Ciro Redondo y del DR 13 de Marzo, en esa oportunidad dirigidas por el comandante Rolando Cubela, efectuamos la primera acción conjunta al atacar el cuartel de Caracusey, objetivo protegido por alambradas de púas y sacos terreros y defendido por unos cuarenta soldados. Esa noche nos reunimos en El Algarrobo fuerzas del Directorio de los comandos Fructuoso Rodríguez, Eduardo García Lavandero, Mario Reguera y del nuestro, el Menelao Mora, con el pelotón 4 de la Columna Ciro Redondo.

Se decidió atacar el cuartel de Caracusey y destinar a unos cuarenta rebeldes para que lo rodearan. Por la caballeriza se situó al teniente Roberto Rodríguez, *El Vaquerito*, con hombres de la columna invasora y del DR; por el frente, Cubela con otros compañeros, y por los flancos, hombres de ambas fuerzas.

No habían terminado los guerrilleros de ocupar sus posiciones, cuando comenzó el ataque. Un disparo precipitado del bazuquero marcó el inicio del fuego. Era alrededor de las doce de la noche. El ejército ofreció resistencia. El cuartel estaba envuelto en llamas por el fuego de todas las armas y los impactos de la bazuca de los rebeldes. El sargento Cleto Pérez, jefe del cuartel del ejército batistiano y sus hombres, combatían.

Para disponer de la última oscuridad de la noche, entre las cinco y seis de la mañana, El Vaquerito propuso un asalto relámpago. Para la acción escogió a un grupo de hombres del DR. En los momentos en que se iba a producir el ataque, se escuchó un fuerte tiroteo en la carretera en dirección a Trinidad. No había duda de que el refuerzo enemigo había roto nuestra emboscada de contención y avanzaba desplegado. Por tal razón, retirarse fue lo correcto. Se había

⁸ Ernesto Che Guevara: Carta al comandante Faure Chomón, en *Obras 1957-1967*, Casa de las Américas, La Habana, 1970, tomo 2, p. 669.

combatido durante toda la madrugada sin poder tomar el objetivo. El refuerzo era considerable y, además, la aviación pronto empezó a golpear.

A pesar de que ya no había rebeldes por los alrededores, las fuerzas del ejército se llevaron a los soldados que evacuaron de las ruinas del cuartel y así Caracusey quedó liberado.

En esta misión se distinguieron, por su heroísmo, El Vaquerito, Ramón González Coro, Raúl López y Víctor E. Dreke Cruz, entre otros combatientes.

Hacia finales de noviembre el enemigo preparaba una ofensiva en el Escambray en dos direcciones: hacia el campamento del Che, en El Pedrero, y sobre las fuerzas del DR, en El Algarrobo. Como parte de su plan, el ejército realizó una penetración el 30 de noviembre desde la carretera de Trinidad hacia El Algarrobo. Esas tropas, en su avance, sobrepasaron el pueblo de Condado y llegaron a la altura del potrero de La Pitilla, donde hicieron contacto con una patrulla que dirigía el teniente Gabriel Rodríguez Martínez, *Gabrielito*, de la tropa de Ramón González Coro.

Al atardecer de ese mismo día, ambos bandos abrieron fuego. Como las armas de Gabrielito en su mayoría eran escopetas, decidió retirar a sus hombres rumbo al campamento de Limones Cantero, dadas las desventajas que les ofrecía mantener un enfrentamiento.

Se informó la situación al jefe del DR, entonces Faure Chomón, para detener el avance del enemigo o lograr al menos retrasarlo; se les ordenó a los capitanes José Moleón y Juan Abrahantes, jefes de los comandos Menelao Mora y Mario Reguera, respectivamente, que reforzaran con sus tropas las fuerzas del comando de Ramón González Coro, con las misiones indicadas. La jefatura consideró que si el ejército avanzaba haciendo fuego con todas sus armas, que incluían morteros, contra ambos flancos del camino y a ciegas, intentando contener un ataque, su movimiento sería lento, y si además lo hostigábamos, la lentitud sería mayor.

El comandante Chomón partió con todas las fuerzas reagrupadas para el punto más alto de la zona: la loma de Santa Ana. Allí conoció por los campesinos que el ejército estaba próximo. En medio de la oscuridad, sin la más mínima posibilidad de ser vistos, ni ver nosotros, el jefe dio la orden de abrir fuego a discreción, pues

se sabía de la existencia de los casquitos,⁹ pero no exactamente dónde. Más que todo se buscaba un efecto psicológico que entorpeciera su marcha.

Al amanecer, Chomón salió para la pista de Jibacoa acompañado de Antonio Santiago, *Tony*,¹⁰ pues se esperaba la llegada de un avión procedente de Miami, con armas. A esa hora las tropas del ejército habían paralizado totalmente su avance y González Coro continuó dirigiendo el hostigamiento. Con la tropa bajó la loma de Santa Ana y, una vez cerca de nuestros adversarios, abrimos fuego nuevamente. Ellos respondieron sin iniciar acción ofensiva. Los rebeldes logramos el objetivo propuesto. Pasado ya algún tiempo, aterrizó un helicóptero militar en el lugar que ocupaba el ejército. No demoró en ascender. Todo estuvo muy claro: habíamos causado bajas en las filas contrarias.

Nuestras tropas mantuvieron la posición y observación. Ramón González Coro, al frente de la misión, discutió con los jefes de los comandos Menelao Mora y Mario Reguera el plan que seguirían. El enemigo, sin nada más que hacer, se reagrupó y comenzó la retirada. ¡Se trataba de un batallón reforzado!

Ese propio día 30 comenzó la ofensiva enemiga contra El Pedrero, que fue definitivamente derrotada por las fuerzas bajo el mando del comandante Ernesto Che Guevara, el 4 de diciembre.

El comandante Faure recibió indicaciones del Che para el ataque y la liberación de Fomento. Consistía en controlar, mediante emboscadas, la vía Santa Clara-Báez-Fomento.

Para el cumplimiento de esta misión, Faure, jefe del DR, decidió sitiar al ejército en el cuartel de Báez. Contábamos con una valiosa información acerca de su jefe, el teniente Gimerani: no era un esbirro, por el contrario, lo calificaban como excelente persona. El hombre tenía una hija que era maestra en Güinía y había permanecido dando clases en ese lugar, después de liberado por las tropas del Che. Por lo tanto existían todas las condiciones necesarias para negociar con el teniente la rendición de aquel objetivo.

⁹ Se le llamaba «casquitos» a los soldados de las tropas de la tiranía recientemente reclutados.

¹⁰ Comandante del Directorio Revolucionario. Después del triunfo de la Revolución perteneció a la Seguridad del Estado. Murió en cumplimiento del deber.

Se consideró que desarrollar la ofensiva desde un lugar entre Fomento y Santa Clara era favorable para el éxito de la batalla que se libraría en la primera ciudad, pues demoraría el envío de fuerzas desde el regimiento de Santa Clara, cuando su jefe se percatara de que la operación se extendía más allá de sus límites. Estábamos obligados a lograr la rendición de Gimerani, pues no disponíamos de suficiente parque para un combate prolongado y no podíamos poner en peligro el cumplimiento de la misión, mucho menos retirarnos. No podía suceder nada que envalentonara al bando bautistiano en Santa Clara ni que permitiera el envío de refuerzos que complicarían el combate en Fomento, que sería liberado el día 18 de diciembre, tras tres días de combate.

Faure le envió un mensaje al teniente Gimerani solicitando su rendición. Contestó que no podía rendirse ni quería pelear, que no atacáramos. De esta forma comenzó el diálogo que confirmó la información que se tenía del teniente. Ante la insistencia, propuso retirarse y entregar la plaza. El próximo mensaje expresaba nuestra aceptación, pero se le añadió que debía dejar las armas. «No puedo. Me fusilarían», respondió.

En esos momentos, Faure recibió una nota del Che, en la cual describía la situación de Fomento y planteaba que si deteníamos al ejército en Báez, Fomento caería.

La jefatura del DR pensó aceptar la propuesta de Gimerani, pues calculaba que esa decisión repercutiría en el estado mayor del ejército de la tiranía, de manera tal que quedaría inmovilizado sin enviar refuerzos. Inmediatamente se le comunicó a Gimerani la aprobación de su propuesta, pero solo podían llevarse el arma y el parque que llevaba consigo cada soldado, de haber más, la orden era dejarlos en el cuartel.

De acuerdo con el jefe de la plaza, fue escoltado por el teniente Félix Mendoza, *Tití*, y un grupo de rebeldes hasta Placetas, como él lo había solicitado, para evitar caer en una emboscada. ¡Y qué claro estuvo Gimerani!, porque en la carretera había una emboscada de la Columna No. 8, cuyos combatientes no les habrían permitido continuar sin combatir.

En el cuartel no encontramos armas ni municiones. Sin embargo, cuando los habitantes del lugar, llenos de emoción por el desalojo y de odio contra aquel símbolo de la injusticia, le dio candela en horas de la noche, explotó un sinnúmero de balas que sonaban como un

intenso tableteo de ametralladoras y silbaban como fuegos artificiales. Realmente el examen de cada una de las dependencias del cuartel había sido superficial. El teniente Gimerani y sus soldados habían dejado el parque sobrante bien escondido. Así terminó la operación de Báez: un pueblo en manos de sus pobladores.

Las fuerzas del comando Menelao Mora, tras el itinerario Báez, Minas Bajas, Seibabo, arribamos a Mataguá el 22 de diciembre, por la tarde, con el objetivo de unirnos al comando Pando Ferrer y coordinar la toma de Manicaragua, misión que nos había planteado el comandante Chomón.

El poblado de Mataguá había sido ocupado por los miembros del Pando Ferrer ese mismo día por la mañana, sin combatir, pues las tropas del ejército batistiano destacadas allí para su defensa, partieron rumbo a Manicaragua y se unieron a los defensores de esta ciudad.

Durante la noche del 22 y madrugada del 23 de diciembre, los jefes de ambos comandos, capitanes Raúl Nieves Mestre y José Moleón Carrera, planificaron el ataque a las posiciones enemigas en Manicaragua. En la decisión se previó que las tropas del Pando Ferrer entraran por el callejón de Arimao y atacaran la estación de policía, la casa de escogida de tabaco y el cuartel, puntos que defendían fuerzas del ejército. Nuestras tropas atacarían el cuartel por el fondo, después de ocupar el puente sobre la carretera que une a Santa Clara con Manicaragua y organizar, cerca de esta, una emboscada con el propósito de impedir el libre acceso de refuerzos enemigos desde la capital provincial o la retirada de los efectivos del cuartel en caso de triunfar el ataque rebelde.

Al amanecer del segundo día, los comandos partieron a sus respectivas misiones. A las seis de la mañana, los hombres del capitán Nieves, avanzando en fila india por ambos lados del callejón de Arimao, penetraron en la ciudad tal y como se había previsto. Simultáneamente, los del capitán Moleón tomamos el puente de madera cercano a Manicaragua; dejé a un pequeño grupo emboscado allí y las fuerzas principales continuamos al ataque del cuartel, por el fondo, aproximadamente, a esa misma hora.

A unos cincuenta metros de las Cuatro Esquinas, el teniente Víctor Dreke, segundo al mando del Pando Ferrer, detectó a soldados enemigos, descargó sobre ellos su ametralladora y los puso en fuga. En cuestión de minutos, combatientes del Pando Ferrer atacaron y

tomaron la estación de policía. Una vez desalojado este objetivo, el fuego rebelde se concentró sobre la casa de escogida y el cuartel. Los lugares protegidos por el enemigo constituían un sistema lineal de defensa, pues se encontraban a lo largo de la calle principal, y esa posición facilitó que en un corto tiempo se pudieran ocupar todas las arterias principales de la ciudad.

Por nuestra parte, combatíamos contra el cuartel en condiciones complejas, porque por ese lugar el terreno era llano. Entre el río y el cuartel no había manera de protegerse de sus defensores y sobre el techo una ametralladora calibre 30 milímetros nos hostigaba constantemente, igual que desde posiciones preparadas con sacos terreros.

Pasadas unas dos horas de combate, hicieron su aparición una avioneta y un B-26 que ametrallaron y bombardearon indiscriminadamente no solo a las tropas de ambos comandos, sino a la población civil, sobre todo a la ubicada alrededor de los puntos atacados. También hubo incursiones aéreas sobre las calles y caminos que rodeaban la ciudad. Cada vez que aparecía la aviación, los combatientes de nuestro comando buscábamos protección en el río, que se encontraba a nuestras espaldas, sin detener el fuego sobre el enemigo.

El combate duró once horas y la fortaleza cayó ante el empuje de los rebeldes, quienes, a pesar de no contar con un buen armamento, vencieron a los soldados de la tiranía bien parapetados y mejor armados. La mayoría, incluyendo a su propio jefe, huyó por un arroyo muy cercano a uno de los laterales del cuartel, aprovechando el ataque de la aviación y las primeras sombras de la noche.

Para enmascarar su huida, los soldados enemigos mezclaron diferentes materiales con combustible, explosivos y detonadores y los incendiaron para dar la sensación de que seguían combatiendo, mientras algunos soldados, desde el cuartel, hacían fuego real contra las posiciones que ocupaban los hombres de nuestro comando. En cuanto se tuvo conocimiento de la treta, los comandos rebeldes atacaron con el fuego concentrado de todas sus armas y los pocos que cubrían la retirada se rindieron. Por eso hubo prisioneros y se ocuparon algunas armas. Recuerdo a un policía al que se le ocupó, entre sus armas, una carabina M-1.

Esa noche del día 23 de diciembre, Manicaragua fue territorio libre de Cuba. Los comandos Ramón Pando y Menelao Mora,

multiplicados en cada combatiente y ciudadanos de esta localidad, caminaron triunfantes por las calles del pueblo. Con esta acción, toda la zona sur hasta las proximidades de la ciudad de Santa Clara estaba en manos rebeldes. Con ella se cerraba el anillo de acero sobre la capital villareña, tal como lo había concebido la estrategia general del comandante Ernesto Guevara.

Heroica fue la actitud de cada combatiente. Todos cumplieron las misiones asignadas de forma ejemplar y nunca faltó, ni en los momentos más críticos del ametrallamiento enemigo, el apoyo y la participación de la población.

Con el regocijo nuestro y el júbilo de los hombres y mujeres de esta localidad, partimos en vehículos motorizados rumbo a Placetas. Allí se nos planteó la misión de atacar Trinidad y con igual ímpetu emprendimos viaje hacia la sureña ciudad.

Combatientes de cuatro comandos participaríamos en la misión. Ya en este momento el comando que había actuado bajo las órdenes de Ramón González Coro había cambiado su nombre original —Sanchidrián— por el de su jefe, fallecido recientemente en Báez, luego de haber sido balaceado por la tiranía cuando dirigía el comando de rescate a Joaquín Milanés, en la audiencia de Santa Clara. A partir de entonces, el propio Milanés asumió la jefatura de esa tropa.

En los combates por la toma de Trinidad, el enemigo utilizó en su defensa las tres fuerzas: el ejército, la marina y la aviación. Contaba con todo el personal del Escuadrón 39, reforzado con las Compañías 33 y 35-A, del Regimiento Leoncio Vidal. La policía se concentró en el cuartel.

Las fuerzas estaban distribuidas de la siguiente forma: los efectivos del Escuadrón 39 y la mayor parte del refuerzo del ejército en el cuartel, también defendían la cárcel, la zona fiscal, la estación de ferrocarril y la planta eléctrica. Todos los objetivos estaban protegidos con sacos de arenas. Por las noches el ejército maniobraba con algunos hombres del cuartel hacia diferentes puntos, para hacer notar su presencia en las calles de la ciudad.

El ejército disponía de morteros de 81 milímetros, bazucas, ametralladoras, incluyendo las de trípodes, en cantidades no precisadas, algunos fusiles automáticos Browning y de otros tipos. En total unas trescientas armas largas y más de cien cortas. El puesto naval de

Casilda recibió refuerzos, se estimó la presencia de más de treinta marineros, pertrechados con fusiles y una lancha artillada.

Pero la moral combativa de esta fuerza enemiga se hallaba quebrantada, a tal punto que el jefe del escuadrón, capitán Díaz Paula, informó a su mando superior que estaba siendo atacado por una tropa rebelde de más de tres mil hombres, cuando en realidad el Directorio Revolucionario contaba con el estado mayor del comandante Chomón y los veinte hombres mejor armados de los comandos Juan Pedro Carbó Serbiá, Menelao Mora, Fructuoso Rodríguez y Ramón González Coro, para un total de noventa y seis efectivos que contaban con una ametralladora 30 con su trípode, algunas ametralladoras Thompson, fusiles Garand, ametralladoras ligeras San Cristóbal, carabinas italianas y de otras nacionalidades, además de algunas armas cortas.

Para esta acción, Faure se reunió con los jefes de comandos con el objetivo de precisar las misiones en el central Trinidad, donde ya estaba actuando el capitán Joaquín Milanés al frente de su comando. El capitán Otto Pettersen propuso, si se lo permitían, mandar a buscar a dos amigos para que sirvieran de prácticos y evitar con ello caer en emboscadas del ejército. Fue autorizado por Chomón, quien le ordenó también que hiciera los ajustes necesarios en la decisión tomada, en especial con relación al cuartel. Los objetivos por atacar, de acuerdo con la información que se tenía, eran el cuartel, la cárcel, la estación de policía, la zona fiscal y la planta eléctrica.

Salimos para Trinidad, a pesar de que aún no se había recibido información de la organización del DR en la ciudad sobre los movimientos del ejército. Las fuerzas principales de los cuatro comandos, de acuerdo con la decisión, había que concentrarlas en el cuartel y de ellas sacar solo pequeños grupos para actuar sobre los demás objetivos, con vistas a neutralizarlos e inmovilizarlos hasta que se rindiera la principal plaza.

Partimos del central en columna y nos dimos cruce con una del Segundo Frente que, al mando del comandante Alfredo Peña, iba hacia Sancti Spíritus. Llegamos a La Papelera, donde quedó Pettersen al habla con los prácticos que allí estaban esperando, mientras el comandante Chomón les planteaba la misión a los jefes de las guerrillas camagüeyanas.

Faure, en la reunión con los agramontinos, informó el plan de entrada a esa provincia y la marcha hacia su capital. Se fijó el lugar

de encuentro con ellos, en un punto entre Jatibonico y Ciego de Ávila. La idea era que mientras fuerzas de la Columna No. 8 Ciro Redondo atacaran una ciudad, el DR lo hiciera en la otra. O sea, si al llegar a Jatibonico había fuerzas de esa columna actuando, nosotros lo haríamos entonces en Ciego de Ávila y si ellos combatían en Florida, el Directorio lo haría en Camagüey. Concluida la reunión, Faure ordenó que los camagüeyanos retornaran a su territorio.

Posteriormente reiniciamos la marcha hacia la ciudad de Trinidad. Debíamos ocupar, silenciosamente, posiciones en torno a los objetivos enemigos para, al amanecer, comenzar las acciones. La decisión para la toma de la ciudad quedó estructurada de la siguiente forma: el objetivo principal por atacar era el Escuadrón 39 del ejército, en el que se concentrarían las fuerzas fundamentales. El resto de los objetivos enemigos se tomarían sobre la marcha o se dejarían fuerzas cercándolos e inmovilizándolos hasta concluida la operación. El comando Juan Pedro Carbó Serbiá, del capitán Julio Pérez Castillo, con sus veinte combatientes, ocuparía la tenería, posición dominante y protegida a unos cien o ciento cincuenta metros de la entrada del cuartel, con la misión de esperar el amanecer allí, emboscados para iniciar el ataque.

Una parte de los veinte efectivos del comando Ramón González Coro, bajo el mando del capitán Joaquín Milanés, debía cercar la cárcel para, al aclarar el día, romper fuego por sorpresa contra los soldados. Así comenzarían las acciones. Todos se atrincherarían, porque esta era una posición clave para la defensa de la ciudad y las elevaciones de Las Cuevas. El resto de sus hombres estaría incorporado al ataque del cuartel.

Los veinte combatientes del comando Fructuoso Rodríguez, del capitán Ramón Güin, y uno de ellos, el teniente Cabalé, con una ametralladora 30 milímetros de trípode emplazada en una posición dominante en el sector, atacarían por sorpresa el flanco izquierdo del cuartel. Sobre la marcha, con algunos hombres, rendiría a los defensores de la planta eléctrica y de no ser posible la rodearía e inmovilizaría hasta tomar el cuartel.

A nuestro comando, compuesto por veinticinco hombres —cinco más porque aunque sus armas no eran de las mejores, contaban con abundante parque para ellas—, le correspondía apoderarse del hospital y del Jurídico; cercaría la zona fiscal con parte de sus hombres, atacando por la calle Gutiérrez desde Desengaño hasta

Callejón de la Administración; obligaría a rendirse a las tropas que defendían ese objetivo, mientras el resto de sus efectivos se concentraría sobre el cuartel.

El comandante Chomón y su estado mayor ocuparon el puesto de mando a la entrada de la ciudad, en la base de las elevaciones de Las Cuevas. El capitán Pettersen y el teniente Pablo Soto con otros compañeros tomaron la estación de policía, abandonada por sus defensores, y el ayuntamiento.

Las tropas del capitán Castillo dejaron los vehículos en horas de la madrugada y avanzaron hacia el cuartel por un lugar conocido como Puente Azul. El teniente José Luis Barceló, segundo jefe del comando, llegó con sus hombres hasta frente al cuartel. En ese instante una ráfaga de ametralladora calibre 30, disparada por los soldados que lo defendían, interrumpió el silencio nocturno y obligó a los rebeldes a replegarse y parapetarse detrás de un muro, en el flanco izquierdo del objetivo. Desde este lugar comenzó el intercambio de fuego. De esta manera los soldados acantonados allí recibieron la alerta sobre la presencia de rebeldes.

La tropa del capitán Milanés cumplió lo decidido: atacó la guarnición de soldados en la cárcel, no le fue posible entrar a la iglesia para colocar a los hombres previstos en la torre de ese edificio, porque estaba herméticamente cerrada.

El capitán Ramón Güin, con su tropa, se dirigió al cuartel. Cerca de la planta eléctrica fueron sorprendidos y sometidos al fuego de efectivos enemigos, antes de que nuestros hombres cercaran totalmente esa posición. Se creó una situación compleja, pues al ejército le quedaban brechas por donde podía escapar del cerco.

Fue muy importante la participación de los tenientes Carlos Cabalé, alias *Camagiüey*, con su ametralladora calibre 30 y Antonio Martínez Brito, *Tony*, quienes ocuparon el frente y el flanco izquierdo de la planta eléctrica. Junto a otros compañeros, neutralizaron el parapeto donde se hacía fuerte el enemigo y posibilitaron que los hombres salieran de la emboscada en que habían caído. Allí perdieron la vida heroicamente el teniente Manuel Solano, *Manolito*, y Anselmo León.

Nosotros ocupamos el hospital, el edificio del frente, la fábrica de cigarros Eva. Dejamos postas en cada lugar y atacamos al enemigo parapetado en la zona fiscal. Valdesito, el primer teniente Ernesto Valdés Muñoz, entró temerariamente en el área de la

zona fiscal, avanzó con sus hombres por las casas y edificaciones sin protegerse y, al asomarse a la calle Gutiérrez, dominada por los soldados que disparaban sobre aquel lugar, cayó muerto.

Aproximadamente a la una de la tarde del día 28, se sintió en el puesto de mando un fuego intenso en dirección al hospital. Llegó un enlace algo alterado y herido e informó que la instalación médica la habían ocupado los guardias. Un grupo fue enviado a comprobar la información. Estos hombres se unieron a los compañeros que ocupaban el Jurídico y rompieron fuego sobre cuatro o seis soldados que, frente al hospital, se encontraban gritando, con bastante alteración. Cuando ellos sintieron los disparos, corrieron a la desbandada; dejaron en la calle a un muerto y, en el hospital, al herido que habían traído para asistir.

En cuanto el comandante Chomón supo de la situación, partió rumbo al hospital con otros compañeros de la jefatura, pero el enemigo ya había huido. Ya dentro del hospital, encontramos muerto a Asterio Duménico y herido a Alberto Botet, de la pequeña guarnición que habíamos dejado allí al inicio del ataque. También se hallaba herido Asterio Monteagudo, el compañero que había llevado la información al puesto de mando.

Desde el inicio, el mando examinó la situación y apreció que se había producido un giro en los planes. Debido al modo en que se iniciaron las acciones contra el enemigo, los combates se entablaron antes del amanecer, ni a la hora ni en la forma planificada, lo que implicó la presencia de casi la totalidad de las fuerzas o de su mayor parte.

Así nuestro comando tuvo que combatir y aniquilar a los soldados que se encontraban emboscados en la zona fiscal. De ahí que no pudo distribuir sus fuerzas entre esta zona y el cuartel. El comando Fructuoso Rodríguez, al ser emboscado, se empleó totalmente contra los soldados que defendían la planta eléctrica; igual le sucedió al comando Ramón González Coro: colocó la mayoría de sus fuerzas contra la guarnición de la cárcel y, por otro lado, el comando Juan Pedro Carbó Serbiá, que iba a campo traviesa, fue sorprendido mientras avanzaba a tomar posición en torno al cuartel, al perderse el guía. Por lo tanto fue necesario tomar medidas para fortalecer el ataque sobre el cuartel, el objetivo principal, una vez comenzados los combates.

Se le ordenó al capitán Otto Pettersen trasladar de inmediato la ametralladora 30 para el cuartel, donde debía estar de acuerdo con la decisión previa, y al comandante Raúl Díaz-Argüelles y al capitán Milanés, racionalizar las fuerzas: dejar a un mínimo de hombres, capaces de mantener inmovilizados a los soldados de la cárcel y mover a los demás para el cuartel.

Al capitán Jorge Álvarez, jefe de la unidad administrativa, se le indicó organizar desde Placetas un refuerzo con los hombres mejor armados —resultaron catorce— y presentarse en Trinidad, ocupar una posición en el flanco izquierdo del cuartel y a la derecha de los hombres del comando Juan Pedro Carbó Serbiá, que mandaba en esos momentos el teniente José Luis Barceló.

Ya en la tarde del 28, como resultado de las acciones, se rindieron los defensores de la zona fiscal y se tomaron prisioneros. Ese mismo día, ante la noticia de que había llegado por avión uno de los dos cañones de 20 milímetros alemanes adquiridos en el extranjero, se envió al comandante Humberto Castelló¹¹ a buscarlo por la zona de Fomento para que, por su jerarquía, nadie pusiera reparo.

El cañón llegó a Trinidad al amanecer del día 29 con todas sus partes, los capitanes Otto Pettersen y José R. Rabel fueron designados para armarlo, porque como ambos procedían del ejército, se pensaba que dominaban el arma, sin embargo, no fue así. De nuevo se envió con Castelló para Santa Clara, a fin de que fuese reparado por el que había sido armero del DR en el exilio, Carlos Figueredo, *el Chino*, y lo pudieran usar allá.

En el momento decisivo del combate en el cuartel, cuando el enemigo arreciaba su fuego sobre las posiciones rebeldes, el capitán Güin se presentó ante Faure, para pedirle refuerzos urgentes. La situación de su sector era compleja, dada la existencia de una gran faja de terreno limpia de obstáculos frente al objetivo enemigo, que no podía cubrir con el número de combatientes disponibles.

El jefe decidió ir personalmente a la línea de fuego y allí comprobó la solicitud del capitán. Dio indicaciones de mantener firme la posición hasta que compañeros de otros sectores pudieran trasladarse para reforzarla.

¹¹ Formó parte del ejecutivo del Directorio Revolucionario. Integró la jefatura del Directorio Revolucionario en el Escambray.

El día 30, desde el puesto de mando de la operación avisaron de la entrada de un barco de guerra a Casilda. Faure y sus ayudantes subieron de inmediato al firme de la loma de Las Cuevas y observaron la embarcación que fondeaba en la bahía. Se pensaba en un refuerzo del ejército. Seguidamente, la aviación enemiga en composición de dos aviones ametralló las posiciones en esa elevación y la ladera que daba al puesto de mando en la entrada a la ciudad, donde fueron sorprendidos el jefe, Castelló, Pettersen, y otros compañeros del estado mayor cuando descendían. Con el propósito de apoyar la retirada, golpearon también otros objetivos rebeldes, como la zona donde estaba el muro de la tenería frente al cuartel, a la izquierda desde donde atacaba el comando Juan Pedro Carbó Serbiá, hacia la salida para Casilda.

El ejército, al conocer la debilidad en este sector, concentró el fuego de todas sus armas con el apoyo de la aviación, y a gran velocidad, sin dejar de disparar, inició su retirada. Fue como una estampida. Dejaron, cubriéndoles la fuga, a un grupo de soldados trinitarios que lograron a su favor el factor sorpresa.

Las fuerzas de Pérez Castillo, Jorge Álvarez y Ramón Güin, con Carlos Cabalé y la ametralladora 30, fueron las primeras en avanzar sobre el cuartel y los hombres de Barceló los primeros en entrar. Adentro solo quedaban algunos soldados que, sin hacer resistencia, se entregaron.

Igual lo hicieron otros militares: con banderas blancas salían de sus posiciones en la estación de ferrocarril y se dirigían a la instalación enemiga. Era alrededor de las tres de la tarde del 30 de diciembre.

Por orden del comandante Chomón, el capitán José Moleón partió con nuestro comando en camiones hacia Casilda. Cuando llegamos, ya el enemigo se había retirado con el barco y los marinos. Ocupamos el puerto y el poblado, asumimos la responsabilidad del combustible que existía allí, incluyendo la impedimenta de su uso, según una orden dada por el Che.

Cuando cayó la noche, solo se combatía en la cárcel, donde los hombres del capitán Milanés a viva voz conminaban a los soldados a que se rindieran; ellos contestaban con fuego. Entonces se reforzó ese objetivo con Cabalé y su ametralladora y se cerró más el cerco que se mantuvo durante toda la noche.

Al amanecer del 31 de diciembre, los combatientes del cerco a la cárcel rompieron fuego con todas sus armas, incluyendo la ametralladora 30 emplazada en el techo de la fábrica de cigarros Eva; ya avanzada la mañana, se rindieron los defensores del objetivo. Así quedaron ocupadas todas las posiciones enemigas. Trinidad estaba liberada.

Una fuerza del comando Ramón González Coro, bajo el mando del capitán Joaquín Milanés, quedó al frente de la plaza. El resto de las tropas partió al día siguiente en dirección a Camagüey. En este segundo grupo me encontraba yo. Pero en la madrugada del primero de enero despertamos con la noticia de que el tirano había huido. Ante las nuevas condiciones, el comandante Chomón decidió no continuar hacia Camagüey, sino presentarse ante el Che en Santa Clara.

Yo había visto por primera vez al Che en El Algarrobo, cuando se trasladaba hacia Dos Arroyos para entrevistarse con los jefes principales del Directorio Revolucionario 13 de Marzo. Luego tuve oportunidades de llevarle mensajes y así fui conociendo sus valores personales: inspiraba respeto desde que lo veías por primera vez, a pesar de su sencillo proceder; sabía cuándo ser amable, jocosos y cariñosos con los compañeros, a quienes calaba hasta lo más profundo con su mirada. Él no preconizaba el militarismo desde el punto de vista académico, pero como jefe era conocedor de lo que hacía.

No participé en combates que él dirigió, nunca estuve bajo su mando directamente. Pero... ¡cómo me estimulaba saber que el jefe principal de cualquier acción era el comandante Ernesto Guevara! ¡Quién me iba a decir, entonces, cuánto me inspiraría el argentino devenido cubano y asesinado luego en Bolivia, en el cumplimiento de mis misiones internacionalistas!

Ahora llegábamos a Santa Clara en el instante en que se pactaba la rendición del Escuadrón 31. Faure se dirigió al puesto de mando del Che, en las oficinas de Obras Públicas de esa ciudad y allí se reunió con él para que le informara qué hacer a partir de ese momento.



UN TRIUNFO DE TODO EL PUEBLO



Permanecimos ese día primero en la ciudad de Santa Clara hasta la salida para La Habana, como parte de la columna del Directorio Revolucionario 13 de Marzo y junto a las tropas del Che.

Antes de partir la caravana, el comandante Ramiro Valdés se reunió con los choferes que conducirían los diferentes carros hacia la capital del país. Yo era uno de ellos. Nos habló de la importancia de ese viaje y del cuidado que debíamos tener al manejar; pero el Che, exigente como era para todo, no se conformó con las orientaciones dadas y se reunió con los seleccionados. Ya en sus últimas palabras que, además, no fueron muchas, habló más claro aún.

—¡No se puede chocar! ¡No se puede arrollar a nadie! Y al que lo haga lo fusilo ahí mismo.

Yo salí diciendo: «¡De madre...! ¡No manejo!».

Pero claro que sí lo hice. Fui el conductor de uno de los vehículos que trasladó a los combatientes de mi comando Menelao Mora, del que yo era segundo jefe y donde había alcanzado el grado de primer teniente.

En medio del trayecto, se nos orientó participar con el comandante Faure Chomón y otros jefes, en la peregrinación a la tumba de José Antonio Echeverría, en Cárdenas. José Antonio había sido

presidente de la Federación Estudiantil Universitaria y fundador del Directorio Estudiantil Revolucionario, igual que Faure. Juntos participaron en las acciones concebidas por esta organización para el 13 de marzo de 1957: el primero, tomó Radio Reloj, y el segundo fue uno de los asaltantes al Palacio Presidencial. Haber-nos desviado hasta su ciudad natal, en un momento de victoria como él lo había soñado, fue un gesto hermoso. Tras el homenaje volvimos a incorporarnos a la caravana, que ya iba dejando atrás la ciudad de Matanzas. Las tropas del Directorio, junto a los hombres del Che, entraron a la capital aquel primero de enero de 1959. En La Habana, entre el mar de pueblo que jubiloso se nos unía, nos dirigimos al Palacio Presidencial y desde ahí a la Universidad, luego fuimos para el hotel St. John, instalación que se convirtió en cuartel General del DR.

Faure puso su puesto de mando en la Universidad, donde planteó su misión a los jefes de comandos para desalojar las tropas del ejército de la tiranía de lugares importantes que aún estaban en su poder.

Según se nos dijo, en los planes se contemplaba organizar pronto las milicias revolucionarias para reforzar la capacidad defensiva del Ejército Rebelde, pues todavía existían factores en Cuba que podrían hacer resistencia a la Revolución naciente: la burguesía, la embajada yanqui y una parte del ejército de Batista aún sin desmovilizar.

Al comando Menelao Mora, cuyo jefe era el comandante José Moleón Carrera, del cual yo era segundo jefe, se le planteó ocupar la base de San Antonio de los Baños, un campamento militar de suma importancia para el ejército porque ahí estaba ubicada una unidad aérea con todo su personal y un regimiento de infantería de más de mil hombres. Esa misma noche partimos a ocupar la base aérea de San Antonio de los Baños. Igual masa humana fue dándonos la bienvenida en el nuevo trayecto, la gente se abalanzaba sobre los vehículos, nos besaba, abrazaba, vivíamos una emoción indescriptible. Así llegamos los primeros rebeldes a ese campamento militar.

Cuando iba en dirección a San Antonio de los Baños, tuve un leve accidente, nada de envergadura; no obstante, me dije: «menos mal que el Che se quedó en La Cabaña».

Para este traslado, el médico guerrillero Carlos Abech, habanero, devino guía bajo la dirección del jefe del comando que conocía de la existencia, entre soldados, sargentos y oficiales, de más o menos dos mil hombres. La instalación castrense resultó ocupada sin oposición y, con celeridad, quedó organizado el servicio de guardia y la recogida del armamento.

A medida que desarmábamos a la tropa, enviábamos las armas en camiones hacia la Universidad, como el comandante Chomón había ordenado. Durante la transportación de las armas ocupadas, un camión fue detenido por un grupo de milicianos que controlaba la carretera hacia el campamento de Columbia. El derrumbe de la dictadura había provocado que miles de jóvenes entusiastas y con el mejor espíritu revolucionario, se apoderaran de las armas de policías y soldados y formaran una milicia voluntaria con el propósito de capturar a los batistianos y esbirros. Los hechos se le informaron al comandante Camilo Cienfuegos; de inmediato ordenó la devolución del camión. El vehículo llegó a la Universidad conducido por el comandante Tony Santiago, del Directorio Revolucionario.

El resto del armamento se entregó en el parque de los Laureles al propio comandante Santiago, no supe nada más del asunto, hasta que el Comandante en Jefe pronunció el histórico discurso donde lanzó la pregunta de «¿armas para qué?».¹² Lógica preocupación, pues ya se había acabado la guerra.

El 4 de enero, enviado por el coronel Ramón Barquín, jefe del grupo conocido como Los Puros, que se había opuesto al dictador Batista y que estaba preso en el Presidio Modelo en Isla de Pinos, se presentó en la base el teniente Arquímedes China. Venía con la pretensión de que se le entregara la instalación aérea, lo que por supuesto no se hizo. La base estaba en manos del Ejército Rebelde y no era necesaria su presencia. Con prepotencia, asumió una actitud indisciplinada. No faltó la rápida medida del comandante Moleón: y de allí China salió expulsado.

Ese mismo día, China, histérico, simuló un suicidio, dándose un tiro a sedal para justificarse porque no habían tomado y entregado la base como se habían comprometido. Poco tiempo después,

¹² Discurso pronunciado por el Comandante en Jefe, el 8 de enero de 1959, en el cuartel de Columbia.

apareció en Miami junto al traidor Eloy Gutiérrez Menoyo y su camarilla.

El hecho de mandar el armamento para la Universidad en esos momentos era lógico que creara una situación alarmista y que preocupara al Comandante en Jefe, que aún se encontraba en Oriente. Para el máximo jefe, el desenvolvimiento pacífico de la transición de un gobierno dictatorial al nuestro, un gobierno revolucionario, siempre fue una preocupación evidente; estaba convencido de que debían evitarse sucesos inadecuados y manifestaciones fuera del orden, como los que se produjeron después del derrocamiento de la tiranía de Machado.

Después de la entrada de Fidel a La Habana, con la caravana de la libertad, visitó la Universidad donde se encontraba Faure Chomón y este le relató cómo sucedieron los hechos, de los cuales él era el máximo responsable, a lo que respondió el Comandante en Jefe: —Lo importante es lo que vamos a hacer en lo adelante todos los que estamos decididos a marchar juntos para realizar la obra profunda de la Revolución y arrostrar todas las consecuencias que se deriven de ello.

Posterior a los hechos relatados en San Antonio de los Baños, un día después de la entrada de Fidel a La Habana, se presentaron integrantes del Ejército Rebelde del Segundo Frente Oriental Frank País, el comandante Filiberto Olivera y sus hombres, con la orden superior de que se les entregara la base aérea. Con toda normalidad, en cuestión de una semana se realizó el proceso.

Nosotros fuimos para la fortaleza de La Cabaña. Nos presentamos al comandante Víctor Bordón Machado, quien a su vez actuaba como segundo al mando del Che. Fuimos designados a la guarnición de prisiones que dirigía el capitán Manuel Hernández Osorio, *El Isleño*,¹³ de las tropas del Che. No era el lugar donde queríamos estar pero me designaron y para allí fuimos.

Pasados muy pocos días, junto con Manuel García Concepción salí para Las Villas. Sin previo aviso partí con la idea de no regresar. Allá en Camajuaní, Villa Clara, nos dedicamos a visitar a la familia

¹³ Capitán Miguel de la guerrilla del Che en Bolivia. Cayó con su grupo de combatientes en una emboscada en la quebrada del Batán, el 26 de septiembre 1967, cuando, al frente de la vanguardia guerrillera, iba camino de La Higuera.

y a los vecinos del barrio que nos acogían con alegría, luego de un tiempo sin vernos. Al final todo concluía con comidas y fiestas. Me vi de nuevo correteando caballos por caminos y guardarrayas que muy bien conocía. Sin embargo, durante esos días —más de recreo que de cualquier otra actividad— entre los míos de siempre, pude constatar la mirada ya diferente de hombres y mujeres que habían vivido añorando una vida mejor.

Allá recibí, más rápido de lo que pensé, un aviso del comandante Moleón: «Preséntate en La Habana». Regresé y me llevó ante el jefe superior. Ambos me aconsejaron que no abandonara el Ejército Rebelde que nacía como institución armada del nuevo Estado, pues era necesario que los compañeros que habían luchado participaran en su construcción. Realmente no quería volver, creía que todo se había acabado y debía regresar a mi anterior vida. Ahora sí sepulté la idea de ser vaquero, a mis diecinueve años de edad.

Con el comandante Moleón, fuimos a hablar con el comandante Bordón, segundo al mando del Che en la Fortaleza de La Cabaña, este nos dijo que realmente se me había dado por desertor, y que como yo me había presentado, él informaría al Che lo sucedido, arreglaría todo, quedando que nosotros con un pequeño grupo de nuestro comando que estaba en la misma situación fuéramos para Ciudad Libertad, pues el comandante Chomón habló con el comandante Camilo Cienfuegos para que fuéramos para allá.

Entonces me asignaron a la tropa radicada en Ciudad Libertad y allí al Regimiento de Infantería, como jefe de la compañía G, bajo las órdenes del comandante del Ejército Rebelde Antonio Sánchez Díaz, *Pinares*.¹⁴ La unidad tenía la misión de garantizar, junto a otras, el servicio de guardia del campamento, el hospital de Mazorra, la planta eléctrica de Marianao y el Castillo del Príncipe.

Yo no dominaba las actividades que me habían asignado y como quería conocer La Habana, una ciudad inmensamente grande para mí, salía a recorrerla y a visitar centros nocturnos; regresaba muy tarde o al amanecer y luego dormía hasta el mediodía siguiente. Un sargento del viejo ejército era quien se encargaba de preparar los documentos del diario, y después yo los firmaba para que se cumplieran las tareas. Lo que hoy resulta algo inverosímil, hasta raro

¹⁴ Participó en la invasión de Oriente a Occidente con el comandante Camilo Cienfuegos. Murió con el Che, en Bolivia.

de escuchar, sucedía entonces debido a la inexperiencia y la inmadurez para enfrentar tantas cosas nuevas y totalmente diferentes.

De aquellas andanzas, recuerdo lo que me sucedió en el bar Mister Luke, un sótano en la calle 23 entre Paseo y 2, en El Vedado. Manolo García iba conmigo. En cuanto entramos, vimos a una amiga que compartía con un alto oficial —vestido de civil— de la antigua marina de guerra. Ella enseguida vino al encuentro nuestro. A él no le gustó y se acercó revelando su identidad con pistola en mano, para exigirnos cuenta. Mientras se encaraba, Manolo levantó una silla y la dejó caer sobre la cabeza del guapetón. ¡Tremenda bronca!, y gran «apretazón» al tratar de salir todos al mismo tiempo de aquel sótano por su única puerta.

Otras riñas similares hube de enfrentar con alguna frecuencia, pues apenas tenía diecinueve años y me gustaba participar en fiestas; no había venido a La Habana y quería andar, conocerla, disfrutar de sus encantos que hasta entonces le estuvieron negados al guajiro de tierra adentro.

Pronto las aguas tomaron su nivel. Fue a partir de una mañana, cerca de las diez. Yo aún dormía y el sargento, sentado ante la puerta, esperaba por mí para que le firmara los papeles. En ese momento apareció el comandante Pinares y con la jocosidad que lo caracterizaba, le dijo al sargento: «—¡Negro!, ¿esperas a que ese cabrón se levante para cumplir con los servicios? Mira... empuja esa puerta y cógelo por una oreja para que cumpla sus deberes». Es más, no lo había acabado de decir cuando ya le estaba demostrando, en la práctica, lo que debía hacer.

Comencé en febrero a recibir repaso de sexto grado con otros compañeros y a practicar mecanografía. Más tarde me incorporé a cursos que se organizaron en Ciudad Libertad para los rebeldes, con el interés de alfabetizar a unos y superar a otros. Imagínense, una escuela para quienes apenas sabían lo que era un aula, la mayoría de campo adentro que sí sabía tomar en sus manos un hacha o un machete, un fusil o una ametralladora, pero ¡qué difícil les resultaban ahora un lápiz y la concentración!

Muy pronto el comandante Pinares supo sobre ciertas palabras obscenas y otras bromas de los rebeldes con las profesoras, que derivaban en desatención a clases. Ese mismo día, con varios jefes subordinados, fue para el Club de Oficiales, donde funcionaba la escuela. Allí reunió al personal y dijo estas célebres palabras: «—Compañeros, he

conocido que algunos de ustedes no atienden las clases, bromean con las maestras y dicen malas palabras. Vengo a decirles que si me llegan otras quejas, voy a partirlas los cojones al chistoso». Acto seguido se volvió hacia las maestras y apuntó: «—¡Miren eso, muchachitas!, vengo a llamar la atención por las malas palabras y las digo también, perdonen». Giró en redondo y se marchó. Lo cierto fue que el aula empezó a disciplinarse.

A finales del primer trimestre, salimos de Ciudad Libertad formando parte de unas fuerzas tácticas que se trasladaron a Guane, Pinar del Río, en operaciones. En nuestro caso a la altura de El Peñón, en Artemisa, fuimos relevados del mando de la compañía para incorporarnos a un curso de aplicación de oficiales del Ejército Rebelde que el comandante Camilo Cienfuegos había organizado en el propio campamento de Ciudad Libertad. Entregamos el mando de la compañía y regresamos a La Habana.

Este curso terminó antes de lo planificado, debido a que un grupo de oficiales del anterior ejército, alguno de los cuales era profesor en las materias militares y otras, empezó a hacer actividades contrarrevolucionarias, como desactivar algunas ametralladoras que protegían el Estado Mayor General, y otras acciones ya vinculadas con actividades organizadas por los norteamericanos desde su embajada en La Habana.

Se descubrieron tales actividades, se actuó contra los implicados y se dio por terminado el curso, con la graduación que presidió y habló ante la tropa el comandante Camilo Cienfuegos. Esta fue una de las últimas actividades públicas de Camilo, pues fue unos pocos días antes de su desaparición, debido a los hechos de la sublevación del comandante Huber Matos en Camagüey. De esos estudios conservo con mucho cariño la placa y el diploma que recibí, firmado por el comandante Camilo Cienfuegos.

Luego presté servicios de seguridad en Ciudad Libertad durante el proceso jurídico contra Huber Matos. Finalizado este, fui enviado a la dirección de inspección e investigación del Estado Mayor General, cuyo jefe era el comandante William Gálvez, hoy general de brigada en retiro.

Durante el desempeño de esta tarea tuve la posibilidad de conocer mi país, visité instalaciones militares que existían y realicé, como parte de mi contenido de trabajo, investigaciones sobre crímenes y

otras actividades represivas del régimen depuesto, en particular de jefes y oficiales del viejo ejército.

En el cumplimiento de estas tareas, en el año 1959, en ocasión de visitar el territorio oriental, cuando me encontraba en el Escuadrón de Bayamo, se produjo un accidente de tránsito en el que estaba involucrado el jefe de la unidad visitada.

El Comandante en Jefe, que recorría el territorio, al enterarse se presentó en el objetivo militar. Como yo era el oficial de mayor graduación allí, rendí el parte. Él me preguntó quién estaba al frente de la unidad y le explique que un sargento se hallaba al frente de la guardia. Comentó sobre los hechos ocurridos y me preguntó el motivo de mi presencia allí. Cuando le expliqué, me dijo: «—Informa a tu jefe que por orden mía te quedas al frente del escuadrón hasta que se mande al nuevo jefe». Por ese motivo permanecí cerca de una semana en esa capitanía, y fue esta la primera misión que el Comandante en Jefe me planteó personalmente.

También participé, en Pinar del Río, en la búsqueda y captura del bandido contrarrevolucionario conocido como el cabo Lara, operación que permitió el nacimiento de las Milicias Nacionales Revolucionarias, con los Malagones. Permanecí en tal función hasta diciembre de 1960, fecha en que nombraron a William Gálvez jefe militar de Isla de Pinos, dada una situación anormal que se presentó en ese enclave y en el Presidio Modelo, que como conocemos existía en el lugar, y fui trasladado también para esa región.

En la Isla ocupé, como primer cargo, la jefatura de las fuerzas tácticas, ubicadas al sur, en la región de Sigüanea, y dirigí la tercera columna especial de combate que se había formado en El Esperón, al oeste de La Habana, hacia donde fui trasladado. En territorio pinero me hice cargo, además, del primer batallón de infantería de una gran unidad que allí se formó. Seguí combinando el trabajo con el estudio, así concluí la Facultad Obrera Campesina.

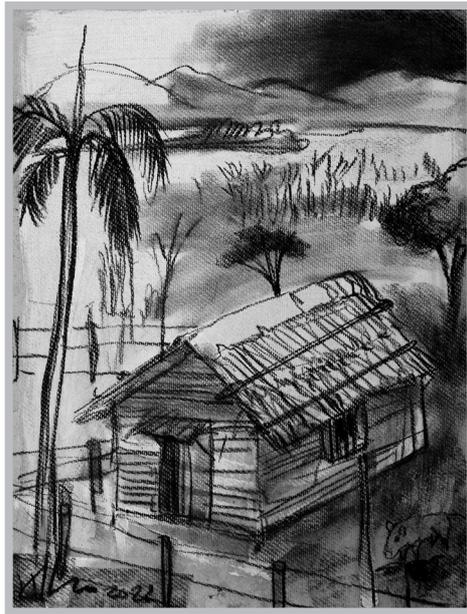
En la primavera de 1961, tras la invasión mercenaria por Playa Girón, y desde el cargo de jefe de batallón, tomé parte en la búsqueda y captura de mercenarios, que en la huida precipitada llegaron a la costa norte pinera. En la crisis de octubre, al frente del mismo batallón, estuve movilizado y listo para enfrentar la agresión imperialista. Sobre esos hechos, heroicos e inolvidables de 1961 y 1962, durante los cuales la patria era el motivo de vivir y morir, le escribí

a ella estos versos, quizás recordando cómo me inspiraba en mis años adolescentes:

AMOR A LA PATRIA

Amor tengo a mi bandera
como amor tengo a mi escudo,
y amor tengo, y no lo dudo,
del corazón sin quimera.
A mi patria verdadera
la colmo con todo amor,
y lo entrego con fervor
de noche como de día,
siempre mantendré energía
para darlo con pudor.

Y pensando en lo que significaba lo conquistado para mi pueblo humilde y en lo que le costaría al enemigo apostado en las costas para atacarnos, me detuve a reflexionar, fundamentalmente, sobre los que trabajan la tierra con sus manos y el sudor de cada mañana. A ellos les dediqué estos versos:



A los campesinos
40 X 50 cm / Carboncillos
Alexis Leiva Machado, *Kcho*

A LOS CAMPESINOS

I

En Cuba los campesinos,
con nuestra Revolución,
logran su emancipación,
andan por nuevos caminos.
Los cambios fueron divinos,
Fidel le entregó la tierra
en los llanos y en la sierra
donde siempre trabajaron,
donde siempre batallaron,
y donde hicieron la guerra.

II

Con su sombrero de guano
derraman mucho sudor
y lo hacen con amor
por el bienestar humano.
En el suelo soberano
dueños son ya de la tierra
en el llano y en la sierra.
Quien se la quiera quitar
mucho tendrá que luchar,
pues le van a hacer la guerra.

Más tarde, por espacio de cinco meses, aproximadamente, permanecí en Matanzas, como alumno del primer curso para oficiales. Desde mi condición de estudiante, ocupé el cargo de sargento mayor de compañía,¹⁵ de la cual era alumno-jefe el comandante del Ejército Rebelde Pedro García Peláez, hoy general de división en retiro.

De esta etapa viene a mi mente, con relativa frecuencia, el carácter jovial, juguetón y cubanísimo del comandante Pinares. No sé cómo se las arreglaba para andar siempre de broma en broma. Ante una inspección al cuartel, introdujo un perro en el escaparate

¹⁵ En las academias militares los oficiales son jefe de pelotón o compañía, independientemente del grado que ostentan y pueden ocupar los cargos de sargento mayor.

de otro compañero. Este fue reportado por objeto no adecuado en el inmueble y sancionado en la corte con once deméritos y la pérdida del derecho a la salida de fin de semana. O cuando en el curso de una inspección, se arrancó vellos de las piernas y los colocó en la jabonera de su vecino, quien resultó reportado por falta de higiene.

En otra ocasión, ante la voz de firme por la entrada de un oficial al cuartel, Pinares, que se encontraba sentado en su cama, adoptó la posición más horizontal y se estiró cuanto pudo. Así se mantuvo hasta que llegó el oficial a su puesto para exigirle disciplina. Entonces Pinares le dijo: «—Permiso para ponerme cómodo». Por supuesto, el controlador lo reportó por falta de respeto.

Cuando la persona adulta vuelve a etapa de estudiante, son increíbles las ocurrencias, y esta es la osadía de algunos que perdían el permiso para salir el fin de semana: formaban una pequeña unidad y marchaban para aparentar una instrucción programada. Se dirigían a la salida y el que actuaba como jefe ordenaba abrir la puerta, igual a como actuaban los profesores del centro. Una vez rebasada la entrada y fuera de la vista de los centinelas, rompían fila y se dispersaban. Para el regreso a una hora previamente fijada, formaban de nuevo como pequeña unidad y utilizaban el mismo procedimiento.

Pero grande fue la sorpresa el día que, al retornar y formar la pequeña unidad, se presentó ante ellos el director del centro, informado ya de la argucia. ¿Qué sucedió después? Corte militar y sanción con todo su rigor. A partir de entonces nadie pudo valerse de ese ardid para evadir el reglamento de la escuela.

A mitad de curso, junto a un grupo de oficiales, me seleccionaron para comenzar a trabajar en la organización y preparación de las primeras unidades regulares. Con los nuevos conceptos de Ejército Regular Popular, me designaron al frente de los hombres que trabajarían en Pinar del Río, bajo la jefatura del Che.

En mi caso, por gestiones del comandante William Gálvez, jefe de la región militar de la Isla de Pinos a la que yo pertenecía, regresé a la escuela para terminar el curso. Antes hube de elaborar con otros compañeros los programas que se impartirían, de acuerdo con la tarea que debía cumplirse, e hice entrega del cargo al teniente Pablo Barceló Morales.

De nuevo me designaron sargento mayor y respondía junto al jefe de compañía por la disciplina, el orden reglamentario, la administración de la pequeña unidad y del libro de deméritos, con el cual se realizaban las cortes militares cada viernes y a donde no iba la mayoría de los reportes que me ponían los profesores. Uno piensa que lo incorrecto no se descubre nunca y eso es posible solo hasta un día. Por supuesto que me sorprendieron y fui sancionado con tantos desméritos que perdí más salidas de pases que si hubiera hecho lo que me correspondía.

Concluí el curso y regresé a Isla de Pinos. Allá fui nombrado jefe del primer batallón de infantería, en el que permanecí hasta agosto de 1964. En esa fecha me seleccionaron para el Curso Inicial Superior de Guerra, en La Cabaña, embrión de la actual Academia de las Fuerzas Armadas Revolucionarias General Máximo Gómez Báez. Entonces los profesores eran soviéticos. En esta ocasión, aunque los contenidos de los programas no eran iguales a los de Matanzas, ya estaba más adaptado a la vida militar y dominaba mejor la teoría y disciplina de las armas.

No obstante, las anécdotas de estudiante nunca faltan. Recuerdo que a mi grupo se sumó por afinidad, en el tiempo de estudio independiente, un alumno con baja calificación en cierta asignatura, quien resultó causa de una infundada acusación de fraude. Cuando llegó el examen, el suyo fue uno de los mejores, pero el profesor pensó que no era posible esa nota. La jefatura de la Academia decidió examinarlo nuevamente y, para bien de todos, los resultados fueron superiores. Nada..., que el compañero y el grupo en general habíamos estudiado de lo lindo.

Un día antes de cada examen era costumbre que un compañero llamara a los que tenían más dificultades en horas de la madrugada, para decirles: «¡Oye, tú no estás estudiando! Nosotros, los del grupo tal, sí lo hacemos, pues este examen es fuerte y no nos confiamos». En realidad la mayoría dormía a pierna suelta. Era solo un modo de apurar a los más rezagados.

En los seminarios, cuando el profesor soviético nos hacía una pregunta y no sabíamos la respuesta, automáticamente le decíamos: «Esa misma pregunta le iba a hacer yo ahora, pues no entiendo». En las escuelas, unas veces por desconocimiento y otras por hacer un chiste, nos salía ese niño que cada uno lleva adentro.

Una vez que terminé estos estudios, era capitán y fui nombrado primer oficial de una sección de la dirección de operaciones del Estado Mayor General. Mi primer jefe en este puesto fue el comandante del Ejército Rebelde que integraba las filas del Partido Socialista Popular, Flavio Bravo, más tarde asumió este cargo el comandante Antonio Enrique Lussón, integrante del Segundo Frente Oriental Frank País, de quien aprendí mucho acerca de cómo debe ser un jefe militar. Dirigí como oficial integral y me ocupé de las órdenes, directivas, indicaciones, planes de movilización y puesta en completa disposición combativa, decisiones, tablas de reportes regulares y cooperación.

El proceso de fundación del Partido Comunista de Cuba se inició en el Minfar a finales de 1965. Desde entonces soy militante de nuestro glorioso Partido y, por lo tanto, fundador de este en las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Aún siento la alegría y el cariño de mis compañeros en la asamblea donde expusieron las cualidades que hicieron posible mi ingreso y las pequeñas, pero deficiencias al fin, que debía solucionar. Al cabo de algunos años creo haberlo logrado.

En 1968, volví a estudiar en la Escuela Superior de Guerra, funcionaba entonces en el reparto Nuevo Vedado, en La Habana. Era un curso especial de superación militar para jefes principales de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Fui compañero de estudio del general de ejército Raúl Castro y de otros altos oficiales de las FAR. Otra vez los profesores fueron soviéticos de alta calificación.

Yo no soy ajedrecista, pero en más de una ocasión, en momentos de descansos durante aquel curso, hube de jugar algunas partidas con el entonces ministro de las FAR, general de ejército Raúl Castro Ruz, ocupando el puesto de Ángel Martínez, *Angelito*, asesor español radicado en la URSS y después en Cuba, quien generalmente era su contrincante. También rememoro los juegos de pelota, una vez a la semana, donde participaba junto al comandante de la Revolución Ramiro Valdés Menéndez, a quien no solo le gusta el béisbol, sino que era de los menos malos. ¡Y qué decirles de los partidos de dominó en otros momentos, de ellos tengo hasta carné, diplomas, incluso conservo uno firmado por el general Sixto Batista Santana!

Volví a la dirección de operaciones del Estado Mayor General, antes de ser trasladado al Cuerpo de Ejército del oeste de la capital, como jefe del estado mayor de una división de infantería. El

mando de la unidad lo ejercía el primer capitán Horacio Rodríguez Polanco, el *Mulato*, y más tarde, el comandante Leopoldo Cintra Frías, *Polo*.

De aquellos tiempos vienen a mi memoria los finales del recorrido del *Mulato* por las unidades de la división. Siempre concluía en una carrera «desenfrenada» hacia el Estado Mayor. Entraba a su oficina, tiraba la puerta y pasaba el seguro. Momentos después comenzaban a llegar los jefes de las unidades, incómodos. Al no querer recibirlos el jefe de la división, terminaban en la oficina del jefe del estado mayor.

Después de liquidado ese litigio, el *Mulato* siempre decía: «Los compañeros se pusieron bravos, no fue mi intención», y ahí quedaba todo... hasta el próximo recorrido.

Horacio era muy buen compañero, había sido combatiente de la clandestinidad en La Habana; después del ataque al Palacio Presidencial, se alzó en la Sierra Maestra y participó en la Invasión de Las Villas con el comandante Camilo Cienfuegos. Murió en un accidente del tránsito años después, cuando ocupaba otro cargo de importancia en las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

Luego vino Leopoldo Cintra Frías. Fue una época de mucho trabajo y de aprendizaje a la vez, sobre la misma marcha. En una ocasión, estando el jefe en una misión en el exterior y yo al mando de la unidad, como jefe del estado mayor, era primer capitán en esos momentos, recibí la visita de una delegación militar de Chile, para la cual el Minfar ordenó preparar una clase demostrativa de movilización y puesta en completa disposición combativa.

Para realizar la tarea y en coordinación con los compañeros del Estado Mayor General, se escogió una región próxima a la autopista del oeste, que va hacia San Antonio de los Baños. El lugar exacto contemplaba una zona donde, por indicaciones del Comandante en Jefe Fidel Castro, existía una plantación de guayabas especiales de modo experimental.

Los preparativos para esta clase incluían adecuar la región desde el punto de vista ingeniero y coordinar los trabajos que se ejecutarían con el responsable del plan agrícola. Pero cuando este vio que se estaban abriendo huecos y que más tarde se introducirían medios técnicos de todo tipo, muy impresionado le informó de la situación al jefe de la Revolución. Acto seguido, Fidel mandó

a buscar al responsable del ejercicio. De inmediato me presente en la calle 11, entre 10 y 12, en El Vedado, donde tenía oficinas. Me recibió Celia Sánchez y me indico esperar, porque el Comandante atendía a un compañero.

Al poco rato sentí una voz que de momento interrogaba:

—¿Tú eres el que quieres acabar con las guayabas? Y con esa cadencia muy personal continuó:

—Uno buscando la forma de desarrollar este país y ustedes acabando con todo.

Me manifestó que en esos días otra unidad militar por el este de La Habana había hecho «de las suyas», en el valle del Perú, otro plan especial. Yo le informé al Comandante sobre la visita de la delegación peruana y que el Minfar y nosotros habíamos escogido el lugar para mostrar los trabajos de movilización, porque esos terrenos reunían las mejores condiciones. Fidel rápido me interceptó:

—¿Quieres decir que Raúl fue el que te dijo que te metieras ahí?

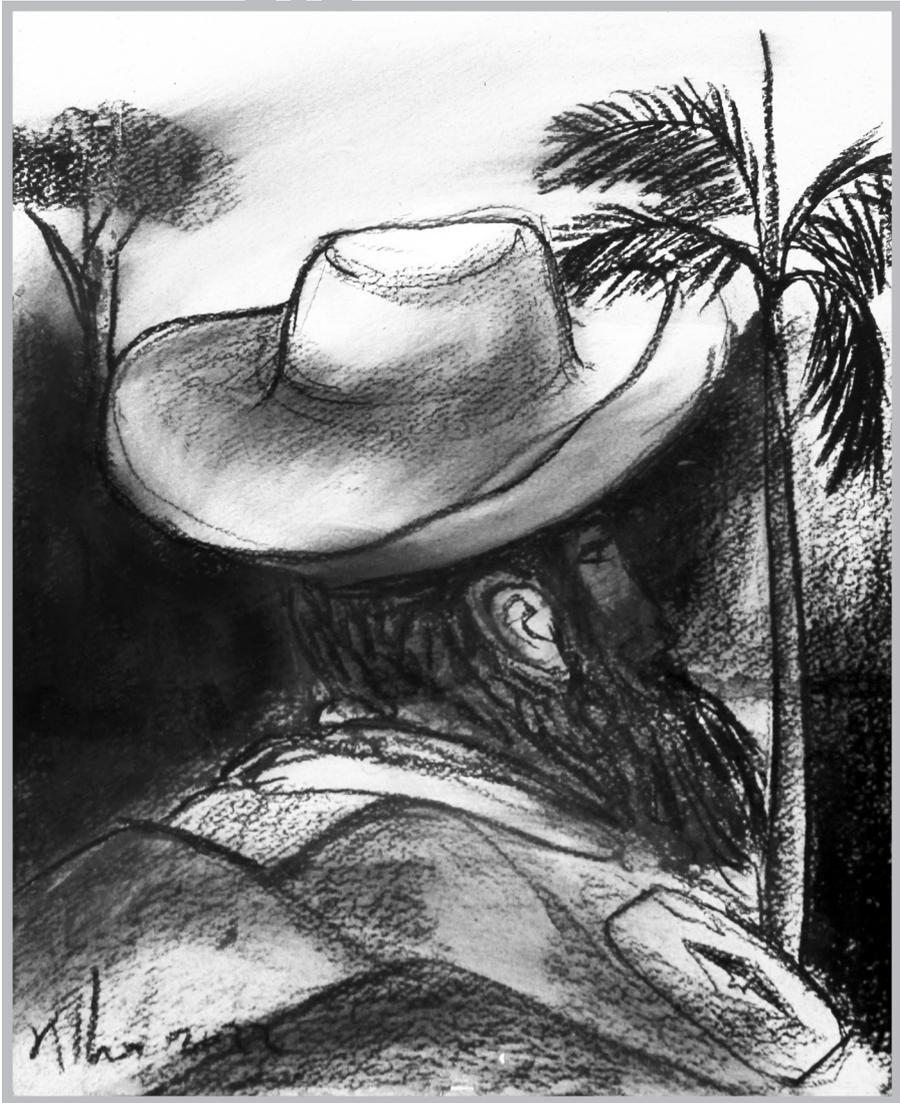
—No, Comandante, disculpe si expresé eso. Más rápido aún le contesté:

—Pero le garantizo que no habrá problemas.

—Hagan los ejercicios, pero tú me respondes porque no afecten ni una mata —apuntó finalmente.

—¡A su orden, Comandante! y con el saludo militar concluyó el encuentro.

Regresé e informé al mando superior. Este indicó cambiar el lugar de realización del ejercicio que, por cierto, resultó excelente y demostró que no era imprescindible el sitio anterior. Y, por supuesto, ¡nadie llegó a tocar ni una matica de guayaba! En esta unidad presté servicios hasta el año 1975 que salí a cumplir misión internacionalista en Angola (Cabinda).



LA CAPACIDAD DE LIDERAZGO DE FIDEL



El papel de guerrillero y el de estratega militar de Fidel en la creación de la guerrilla en la Sierra Maestra, destacaron el desarrollo de manera exitosa del fogueo de sus hombres en las más duras condiciones de la vida en campaña, como la forma rápida en que conocía y aprovechaba las ventajas de elementos como el terreno, la movilidad, la sorpresa, la emboscada y el ataque a puestos aislado.

Como los mambises, Fidel armó a sus hombres con los fusiles arrebatados al enemigo y aplicaba una política humana y de respeto con los prisioneros de guerra; sus hombres se convirtieron en los más directos representantes de los campesinos y las clases desposeídas y, sobre todo, trazó, a la par del accionar combativo, una línea rigurosa en la formación de un ejército popular como factor principal de lucha, que garantizara la derrota del ejército dictatorial, la movilización de todos los sectores de la sociedad y la formación de los futuros cuadros políticos-militares de la Revolución. Por todo ello me hubiera gustado combatir en la Sierra Maestra bajo su mando o de los compañeros Raúl Castro Ruz, Juan Almeida Bosque, Camilo Cienfuegos Gorriarán, Ernesto Che Guevara, Ramiro Valdés Menéndez, Guillermo García Frías, entre otros jefes tan valerosos.

La capacidad de liderazgo de Fidel la vimos siempre con mucho respeto y admiración. La lucha de liberación nacional fue preparada, organizada y dirigida por el Movimiento 26 de Julio, bajo su impronta; contó con la participación de otras organizaciones, entre ellas, el Directorio Revolucionario encabezado por José Antonio Echeverría Bianchi, Fructuoso Rodríguez Pérez y Faure Chomón Mediavilla, todos batallaban contra el régimen del dictador de turno: Fulgencio Batista Zaldívar y su camarilla, los cuales recibían el apoyo del imperialismo norteamericano.

José Antonio Echeverría Bianchi así lo interpretó y en la etapa más coyuntural situó públicamente, junto a Fidel, a la Federación Estudiantil Universitaria (FEU) y a su Directorio Revolucionario, organización política y militar del estudiantado cubano. En agosto de 1956, ambos firmaron la Carta de México, el documento histórico más importante de la época. En él quedó manifiesta la unidad de la nueva generación para hacer la Revolución.

En plena guerra de liberación, el pacto de El Pedrero, firmado por las fuerzas del Directorio Revolucionario 13 de Marzo y el Movimiento 26 de Julio, fue la respuesta a la situación anormal que encontró el Che en el Escambray. Me refiero a la conducta traidora y bandidesca de la camarilla dirigente del Segundo Frente Nacional que operaba en este lomerío. El Che cumplía la indicación de Fidel: ejercer su autoridad como jefe de las fuerzas del M-26-7 en la provincia de Las Villas, es decir, tomaría las decisiones sin necesidad de someterlas a consultas ni discusiones que las afectarían.

La lucha insurreccional trajo consigo el triunfo de la Revolución y la implantación del socialismo en Cuba. En este proceso participaron los mejores hijos de nuestro pueblo, obreros, campesinos, estudiantes, intelectuales. Después del triunfo de la Revolución conocí al Comandante en Jefe en una de las tantas actividades en las que participé presididas por él.

Como se conoce, era costumbre suya saludar a todos los presentes y estrecharles la mano a los que estábamos más cerca de la presidencia, además de comentar o decirle algo a cada uno. Me impresionó muchísimo su confianza absoluta en el contacto directo con el pueblo, su poder de seducción, cómo buscaba los problemas donde los hubiera; la paciencia en el análisis, la disciplina de hierro y la fuerza de su imaginación.

Muchos hechos demuestran el ser humano que fue Fidel. Entre los más sobresalientes pudiera mencionar el tratamiento, después del triunfo revolucionario, a todos aquellos que colaboraron con los rebeldes en la Sierra Maestra; el tratamiento a los familiares del sabotaje al avión de Barbados; los sucesos de Tarará, donde perdió la vida el combatiente del Ministerio de Interior Rolando Pérez Quintosa, tras ser gravemente herido por elementos contrarrevolucionarios, hasta los últimos momentos estuvo pendiente de él y de sus familiares; la lucha por el regreso del niño Elián, momento en que demostró ser un genio en su actuar, en fin, su alto sentido humanista.

Lo vimos apenado, adolorido, siempre que el pueblo sufría alguna tragedia, recuerdo cuando el ciclón Flora ante la pérdida de tantas vidas, cuando los sabotajes al vapor La Coubre y al avión de Barbados, donde murieron muchas personas y sobre todo jóvenes, o cuando recibía la noticia de algún compañero caído en combate en Angola. Ante todos estos hechos mostraba su dolor.

La multifacética personalidad y la actividad y el pensamiento de Fidel Castro Ruz fueron enseñanzas que dejó en mí, al igual que para las presentes y futuras generaciones de cubanos, como fue capaz de dominar y aplicar en Cuba y para otros países, cuestiones relacionadas con la política, economía, militar, social e histórica: «La permanente enseñanza de Fidel es que sí se puede, que el hombre es capaz de sobreponerse a las más duras condiciones si no desfallece su voluntad de vencer, hace una evaluación correcta de cada situación y no renuncia a sus justos y nobles principios».¹²

Hoy recuerdo a Fidel, jefe de la Revolución triunfante, como símbolo de la dignidad. Hasta sus más acérrimos detractores reconocen que hizo de Cuba una nación soberana e independiente, respetada en la escena internacional, con innegables logros sociales en los campos de la educación, la salud, la cultura, el deporte y la solidaridad

¹² Palabras del discurso pronunciado por el general de ejército Raúl Castro Ruz, Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros, en el acto político en homenaje póstumo al Comandante en Jefe de la Revolución Cubana, Fidel Castro Ruz, Plaza Mayor General Antonio Maceo Grajales de Santiago de Cuba, el 3 de diciembre de 2016.

internacional. Fidel quedará para siempre al lado de los oprimidos y de los pueblos que luchan por su emancipación.

Mis experiencias, marcadas por estas dos personalidades, Fidel y Raúl, a las que he seguido en todos estos años en mi vida de revolucionario y de compromiso con mi patria y el pueblo de Cuba, las guardo con mucho celo y orgullo. Esa hermandad de sangre e ideas es un ejemplo de identificación total, de un patriotismo que viene desde la cuna y el hogar. Merece todo mi respeto y admiración. Constituye un aliciente para seguir aportando mis energías físicas y mentales a esta gran obra: la Revolución socialista cubana. Mi único deber es ser fiel a ellos mientras haya vida en mí.

Me gustaría concluir esta sección con unas décimas que le dediqué al Comandante:

I

Contra el poder del tirano
que a nuestro pueblo oprimió
en la Sierra se batió
Fidel Castro Ruz, hermano.
Nuestro pueblo soberano
tiene hoy mucha virtud,
educación y salud,
tesoros por bienestar,
y también un gran hogar
que defiende a plenitud.

II

Cuando te vemos guiar
la lucha en todos los frentes
y las marchas combatientes
con la masa popular,
tu nombre sabe ganar
los más altos galardones
cuando al cumplir tus misiones,
con el deber como templo,
te convertiste en ejemplo
de nuevas generaciones.

III

Mi vida, junto a Fidel
y a Raúl siempre estará
y la patria entenderá
por qué les he sido fiel,
he estado siempre en aquel
lugar que me han asignado
y donde siempre he tratado
de cumplir con devoción
con nuestra Revolución
y este pueblo iluminado.

IV

Los hermanos Castro Ruz
dieron a la patria mía
libertad, soberanía
y un faro grande de luz.
Dieron al pueblo ese plus
de gloria, felicidad,
con mucha fraternidad
y con enorme decoro,
de honestidad un tesoro,
eso hoy es realidad.



ANGOLA



El internacionalismo decía Fidel: «[...] es una de nuestras banderas más sagradas, y desarrollamos nuestra conciencia internacionalista en la práctica del internacionalismo». ¹² Y sumamos también modestamente, en la medida de nuestras fuerzas, a la tarea de colaborar y luchar también por otros pueblos.

Esta reflexión suya habla por sí sola del lugar que ocupa el internacionalismo en su pensamiento. Y esa concepción aparece en el concepto de Revolución, cuando dice: «[...] es unidad, es independencia, es lucha por nuestros sueños de justicia para Cuba y para el mundo, que es la base de nuestro patriotismo, nuestro socialismo y nuestro internacionalismo». ¹³

Resultado del reparto del continente africano entre los países imperialistas y colonialistas de Europa, crimen perpetrado entre 1884 y 1885 en la conferencia de Berlín, la posición portuguesa en el suroeste de África quedaba dividida en dos: el pequeño territorio costero y selvático de Cabinda, con poco más de siete mil kilómetros

¹² Discurso del Comandante en Jefe en el acto de masas celebrado en la Ciudad Escolar 26 de Julio en Santiago de Cuba en junio de 1975, en honor a Olof Palme, primer ministro del Reino de Suecia.

¹³ Concepto de Revolución del Comandante en Jefe pronunciado en la plaza de la Revolución de La Habana, el primero de mayo del 2000.

cuadrados, enclavado entre las dos colonias congoleas —una de Francia, otra del Rey de Bélgica—, y Angola, ciento setenta veces mayor, cuyo litoral atlántico se extiende desde la desembocadura del río Congo hasta la del Cunene. Siete décadas más tarde el infame reparto de Berlín fue rechazado por los angolanos; para romper el yugo portugués se fundó, en 1956, el Movimiento Popular para la Liberación de Angola (MPLA). Un lustro después los patriotas se lanzaron en Luanda al asalto de la cárcel colonial para rescatar a los militantes presos.

La heroica acción fracasó, los sobrevivientes se reunieron en la sierra de Los Dembos, a unos cien kilómetros al norte de la capital, y crearon el primer frente guerrillero. En 1964 la dirección del MPLA, bajo la presidencia de Agostinho Neto, se estableció en Brazzaville, capital de la República del Congo, y abrió un segundo frente armado en Cabinda.

El 2 de enero 1965, Agostinho Neto recibió, en la sede del MPLA, una visita inesperada: el comandante Ernesto Che Guevara, quien realizaba un recorrido por África. Cuba estaba en disposición de contribuir a liquidar los vestigios del colonialismo y el racismo en el continente. Neto solicitó al Che colaboración militar cubana. Meses después, el 25 de mayo de ese año, seis militares cubanos, entre ellos el capitán Rafael Moracén Limonta, quedaron a disposición del MPLA en Brazzaville.

La colaboración combativa con el MPLA no se limitó a la participación de este grupo como instructores-guerrilleros en las acciones bélicas en Cabinda. Estos fueron la avanzada de una fuerza de más de dos centenares y medio de combatientes internacionalistas, integrantes del Batallón Patricio Lumumba, presente en el Congo ex francés desde 1965 hasta 1967.

En ese período, la unidad cubana se encargó de la preparación militar de tres columnas con más de cuatrocientos combatientes en total, que penetraron en Angola. Dos de ellas, Camilo Cienfuegos y Camy, reforzaron el frente de la sierra de Los Dembos. La tercera, Ferraz Bomboco, fundó un nuevo frente al este del país.

En abril 1974 aumentaron la lucha heroica de los pueblos de Angola, Mozambique, Guinea Bissau y Cabo Verde contra el colonialismo portugués y la acción del pueblo lusitano, que sufría también las consecuencias de esa criminal guerra de ultramar y los horrores de medio

siglo de tiranía. Todo ello condujo a la caída del régimen fascista de Lisboa.

Angola estaba a punto de conquistar su independencia, pero el gobierno de Estados Unidos decidió impedir a toda costa que el MPLA asumiera la dirección del nuevo Estado, desmembrar el país, repartirlo entre los que codiciaban algún pedazo del rico y extenso pastel, es decir, los regímenes de Mobutu en Zaire y del *apartheid* en Sudáfrica y sus títeres, las bandas contrarrevolucionarias y triba- listas del FNLA, la UNITA y el FLEC.¹⁴ Todas estas fuerzas fueron movilizadas por el gobierno norteamericano y su Agencia Central de Inteligencia (CIA).

La Operación Lafeature fue supervisada directamente por Henry Kissinger. Cuando resultaban insuficientes, el secretario de Estado yanqui acudió apresuradamente al trillado recurso del reclutamiento de mercenarios blancos. Tal fue el siniestro plan del imperialismo y sus aliados, que no se conocía entonces en toda su infamia, pero se puede colegir dado el carácter pérfido de los elementos involucrados y sus actos iniciales, que convergen en esa dirección.

El MPLA no se atemorizó ante la gravedad de la situación que iba conformándose, pero apreció que necesitaba nuevamente de la ayuda solidaria de sus amigos más fieles para enfrentarla con posibilidades de éxitos y obtener la victoria para la causa sagrada de la verdadera independencia. Por ella ya habían derramado su sangre durante más de cuatro siglos las poblaciones de ese extenso espacio de África Sudoccidental. Agostinho Neto solicitó de nuevo la ayuda al Primer Secretario del PCC, Comandante en Jefe Fidel Castro. La solicitud de entrenamiento militar fue planteada por el presidente del MPLA.

El comandante Raúl Díaz-Arguelles —quien sería el primer jefe de la misión militar cubana y el oficial de más alta graduación caído en combate en Angola— y sus primeros oficiales Carlos Fernández Gondín, Víctor Schueg y Armando Saucedo realizaron un análisis sobre el terreno.

De acuerdo con sus resultados, se convino que era necesario enviar un contingente de unos cuatrocientos ochenta instructores cubanos

¹⁴ MPLA: Movimiento Popular para la Liberación de Angola. FNLA: Frente Nacional de Liberación de Angola. UNITA: Unión Nacional para la Independencia Total de Angola. FLEC: Frente de Liberación del Enclave de Cabinda.

para crear cuatro centros de entrenamiento y formar en ellos alrededor de cuarenta unidades (batallones de infantería y baterías de artillería). El armamento y todos los suministros que requerían las escuelas militares y las unidades que se organizaran en el ciclo planificado, serían aportados por Cuba.

Para las FAR, Angola era un teatro de operaciones no explorado, pero su pequeña provincia de Cabinda sí les es familiar. Conocían su geografía de enclave, la ambición de Zaire por anexarla y la riqueza petrolera que atesora, decisiva en los primeros años para la economía del emergente Estado independiente.

Valorando estas características, el Comandante en Jefe indicó que Cabinda requería una atención especial. Ello explica el número de instructores enviados a la provincia —casi la mitad del total— y el refuerzo de artillería de diverso calibre.

La distribución desigual de los instructores y el armamento pesado no era en ese momento comprendida por la dirección de la FAPLA,¹⁵ que expresaba: «Lo fundamental es salvar Luanda [...] Si perdemos Cabinda la recuperaremos después...». Fidel razonó en profundidad: «Si se pierde Cabinda será muy difícil recuperarla. Y Cabinda es la base económica inmediata para el naciente Estado independiente. Hay que salvar a Cabinda y a Luanda».

Desde la llegada de los primeros cubanos a Angola a finales del año 1975 hasta su regreso en 1988, a más de 20 000 km de La Habana, Fidel dirigió las acciones de los cubanos, como fueron los combates en Quifangondo, las batallas de Cabinda, Cangaba, hasta la de Cuito Cuanavale, momento en que las tropas cubanas y angolanas infligieron una estrepitosa derrota a las fuerzas armadas sudafricanas que invadían Angola y ocupaban Namibia.

A pesar de todos los esfuerzos de Washington aliado al régimen del *apartheid* para impedirlo, Cuba cambió el curso de la historia de África Austral. La proeza de los cubanos en el campo de batalla y su actividad en la mesa de negociaciones fueron decisivas para obligar a Sudáfrica a aceptar la independencia de Namibia. La exitosa defensa de Cuito fue el preludeo de una campaña que obligó a la SADF¹⁶ a salir de Angola. Esta victoria repercutió más

¹⁵ FAPLA: Fuerzas Armadas Populares de Liberación de Angola.

¹⁶ SADF: Fuerza de Defensa de Sudáfrica (South African Defence Force).

allá de Namibia. En todo ello, en cada periodo, desempeñaron un papel imprescindible los análisis y decisiones del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz.

Recuerdo las palabras de Fidel, a la salida hacia la misión, cuando nos decía:

Es muy importante, sobre todo, que ustedes no incurran o se dejen arrastrar por un sentimiento de subestimación de cualquier combatiente africano; deben estar muy alerta contra eso. Si se encuentran dificultades, si se encuentran atrasos culturales, si se encuentran superstición, tienen que saber abordar y afrontar esos problemas con mucha paciencia, con mucha comprensión y con mucha inteligencia.

En lo que ninguno de ustedes puede caer jamás es en una actitud de subestimación o de menosprecio por un combatiente africano. Yo diría que entre las normas y los preceptos el más importante es este: que ustedes con aquella población, con aquellos hombres que estarán bajo la dirección de ustedes, que van a ser instruidos y preparados por ustedes, deben tener una disposición de ánimo absolutamente comprensiva, absolutamente fraternal; con aquellos hombres ustedes tienen que desarrollar óptimas relaciones.¹⁷

¹⁷ Palabras del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz en el teatro de la fortaleza de La Cabaña, en la despedida del personal militar que marchó hacia Angola el 12 de septiembre de 1975. *La Batalla de Cabinda*, Editorial Verde Olivo, La Habana, 2012, p. 158.



UNA LLAMADA URGENTE



Era agosto de 1975. Yo ocupaba aún el cargo de jefe de estado mayor de la División de Infantería del Ejército de La Habana (Ejército Occidental), cuando me plantearon que debía asistir a un curso en la Academia de las FAR General Máximo Gómez, con el objetivo de actualizar mis conocimientos militares. A pesar de que sería breve, no pude concluirlo. Uno de aquellos días fui convocado a una reunión en el Minfar; la presidió el entonces comandante de brigada Abelardo Colomé Ibarra, primer sustituto del Ministro de las Fuerzas Armadas.

Allí Colomé preguntó la disposición para cumplir una misión internacionalista. En su explicación precisó el carácter voluntario de ella, pues sería compleja y peligrosa, y agregó que: «si alguien no quiere o no puede aceptar la tarea planteada, que lo exprese y retornará al lugar de origen, sin consecuencias».

Hubo una respuesta unánime: «¿Cuándo es la salida?». Y desde ese instante se iniciaron los preparativos de una misión militar. Ante la alta disposición de todos, el Comandante de Brigada nos informó que la misión sería en Angola, y dio pormenores de la situación que existía en ese país. Ella explicaba la solicitud hecha por el líder del Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA) Agostinho Neto al Comandante en Jefe, del envío de un grupo de oficiales cubanos para crear centros de instrucción militar y preparar tropas angolanas.

La etapa previa a la salida se utilizó para estudiar la situación existente en Angola, a partir de la poca información disponible sobre este país africano y comenzó la preparación y el nombramiento de los jefes, de acuerdo con la tarea que se había planteado.

En lo personal, se me particularizó la información sobre la región donde actuaría: Cabinda, y su importancia política, económica y militar. También conocí que, por su situación geográfica sin frontera terrestre con el resto del territorio, la misión sería independiente de los demás grupos que se dislocarían en ese país y de la máxima dirección de los cubanos en Luanda.

Cuando me vi, por primera vez, ante el mapa de Angola, en el que estaban representados los lugares de los centros de instrucción militar, me detuve a observar el pequeño punto que me correspondía y pensé: «Ahí no van a caber los cubanos y los cerca de tres mil hombres que debemos preparar».

Dos o tres días después, recibí la información de que el jefe de la misión y los jefes de grupos saldrían primero solo con algunos compañeros para ir creando las condiciones de recepción. La mayor parte del personal cubano arribaría después, en barcos y aviones.

Primero partió el comandante Díaz-Argüelles, jefe de la misión militar de Cuba; luego los comandantes Ulises Estrada Reyes y Romárico Sotomayor García, como jefes de centros de instrucción revolucionaria de los Frentes Este y Norte respectivamente. Yo fui el último en partir de este grupo, me acompañaron dos primeros tenientes: Martín Pérez, especialista en logística y Héctor Guerra, jefe de batería de mortero, así como los tenientes Wilfredo Gámez, especialista en artillería y morteros, y Rafael Piñeiro, en artillería antiaérea. También viajaron otros militares, como el comandante Pedro Eustaquio Nodarse, segundo del grupo hasta Luanda, pues lo habían designado jefe del Centro de Instrucción Revolucionaria (CIR) No. 3, y el capitán Fernando Cotilla, médico de la misión.

Concluida la tarde del quinto día de septiembre, algo más de las 17:00 horas, cuando a la terminal aérea José Martí acudían el comandante de brigada Abelardo Colomé Ibarra y el primer comandante Carlos Fernández Gondín. Venían a despedirse y dar-

nos las últimas instrucciones. Pocos minutos después el Il-62 emprendería vuelo con destino Lisboa, capital de Portugal. Este país vivía, desde el 25 de abril de 1974, la Revolución de los Claveles y las relaciones de Cuba con el gobierno del general Vasco Gonçalves, primer ministro, y del almirante Antonio Rosa Coutinho, resultaban fluidas.

Luego de ocho horas de vuelo, más de análisis que de descanso, arribó a Portugal el grupo de militares impecablemente vestido de civil, con sus uniformes, botas, fusiles, pistolas y municiones bien guardados, por supuesto, en los equipajes. Funcionarios de nuestra embajada en la capital lusitana, con la responsabilidad de gestionarnos las visas para continuar viaje hacia Angola, nos recibieron en la losa del aeropuerto, y de ahí nos trasladaron hasta el Hotel Rex, en la misma ciudad, a orillas del río Duero. Fuimos alojados en habitaciones para dos, Nodarse y yo compartimos una de ellas.

Colonos portugueses que escapaban de la guerra de Angola ocupaban ese hotel. Ellos, sin saber cuánto podía interesarnos, ofrecían información acerca de los acontecimientos que estaban ocurriendo en el país africano.

En tanto, el gobierno de Portugal demoraba las visas «para los civiles»: argumentaban sentir temor por la guerra en Angola. Así transcurrieron hasta siete días, durante los cuales nos mantuvimos presionando a los funcionarios cubanos para que solucionaran la documentación, y hasta tuve tiempo para inspirarme mientras más me convencía de mi inmediata misión. A aquellos versos, sin haber visto con mis propios ojos cuánto de independencia necesitaban los hermanos angolanos, los titulé «Internacionalistas».

Ser internacionalista,
como planteara Fidel,
es alcanzar el nivel
de nuestra mayor conquista.
Ser internacionalista
para todo buen cubano
es extenderle la mano
a las tierras en apuro.
Es solidario y seguro
este pueblo soberano.

Finalmente, el 12 de septiembre, la embajada comunicó la obtención de visas por cuarenta y cinco días... Esa misma noche, a las ocho, partimos con destino a Luanda en un Boeing 747 que parecía una casa de tabaco movida por el viento.

Los «civiles», igual a decir combatientes cubanos, íbamos para un país de África que durante siglos había sostenido una tenaz resistencia en busca de desprenderse del yugo opresor y que se enfrentaba ahora a tendencias políticas, apoyadas por otros países y ajenas a los intereses de su pueblo. Nos convertimos desde ese mismo instante en combatientes de una misma trinchera junto al pueblo angolano.

En septiembre llegó la avanzada y a principio de octubre, en tres barcos cubanos, todo el personal de instrucción y el armamento. A mediados de ese mes, una columna blindada sudafricana partió de Namibia, penetró en Angola y comenzó a avanzar, velozmente (sesenta kilómetros por día) hacia el norte, en dirección a Luanda.

El 2 de noviembre, una fuerza de instructores cubanos y alumnos angolanos del centro de entrenamiento de Benguela sostuvieron el primer combate contra los invasores racistas. Estos sufrieron las mayores pérdidas, pero con su superioridad militar lograron romper la resistencia. De nuestra parte, los cubanos tuvimos cuatro muertos y un número más elevado de heridos y desaparecidos; los angolanos, una cantidad superior de bajas.

Para la dirección cubana, estos hechos no dejaban lugar a dudas: el imperialismo había decidido desmembrar Angola. El peligro era inminente para la causa de los patriotas angolanos y también para la vida del medio millar de instructores cubanos. Era imperioso el envío inmediato de tropas: tal fue la conclusión a la que se llegó en La Habana, coincidente con la opinión angolana.

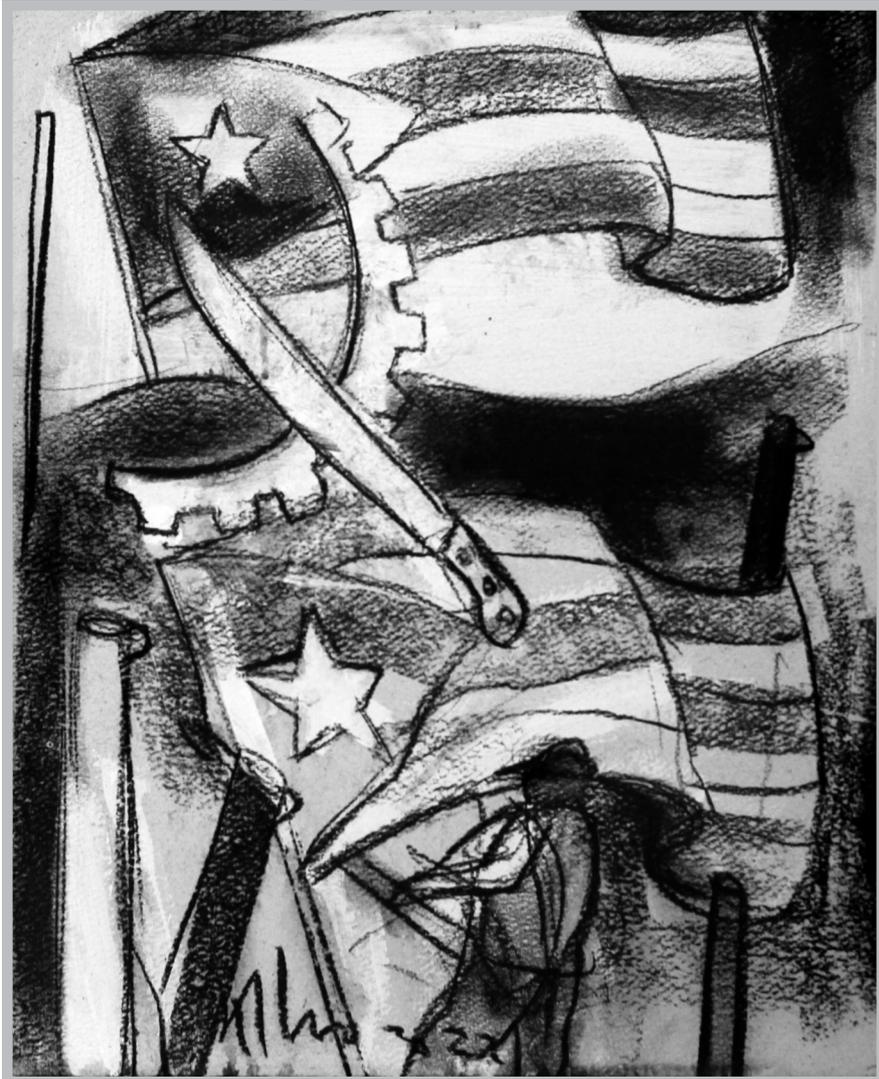
El 5 de noviembre 1975 Fidel despidió a las primeras tropas, ya preparadas para partir por vía aérea hacia Luanda. Esta operación que se había iniciado fuera de Cuba, en Angola, a miles de kilómetros de la Isla, fue bautizada con el nombre de Carlota. Era el más sencillo homenaje a una excepcional mujer africana que en tierras cubanas encabezó, siendo esclava, dos sublevaciones contra la opresión colonial y que, como pretendieron hacer en Angola en 1975, fue descuartizada por los verdugos que lograron apresarla en su segunda intentona rebelde. Sin siquiera saberlo todavía, los

miles de cubanos que formamos parte de la operación, extendimos la leyenda de Carlota, la heroína cubano-africana, por Cabinda y Quifangondo, por los Morros de Redunda y Cangamba, por Sumbe y Ruacaná, por Calueque y Cuito Cuanavale.

La esclava africana encabezó en 1843 la rebelión de varias dotaciones de ingenios, cientos de esclavos, que hizo estremecer a los amos y a las autoridades coloniales españolas en Cuba. La decidida acción insurrecta fue finalmente ahogada en sangre por los apresurados refuerzos llegados a Triunvirato desde Matanzas: tropas de infantería y caballería comandadas por el gobernador de la provincia. Carlota fue amarrada a cuatro caballos, que obligados a halar en dirección diferentes martirizaron su cuerpo hasta descuartizarlo.

Angola iba a ser cruelmente descuartizada como la heroína de Triunvirato. Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba iniciaron ese día la Operación Carlota, para impedir el desmembramiento de Angola, la cual se prolongó durante más de quince años, hasta el 25 de mayo de 1991.

El 6 y el 10 de noviembre de 1975, fuerzas conjuntas de las FAPLA y de las FAR derrotaron una y otra vez en Quifangondo, a veintidós kilómetros de la capital, el avance de las fuerzas del FNLA, reforzadas por Sudáfrica y por mercenarios blancos. En el segundo combate participaron fuerzas de artillería antiaérea y de morteros de 120 mm de Cabinda, donde jugaron un importante papel en el tiro terrestre las ametralladoras 14,5 mm llamadas cuatro bocas. Concluido los combates de Quifangondo regresaron y participaron en la batalla de Cabinda.



LA BATALLA DE CABINDA



Mi grupo de instructores cubanos recibió la misión de establecer un centro de preparación para las fuerzas angolanas en Cabinda, una de las dieciocho provincias en que está dividida Angola. Allí llegamos con el objetivo de entrenar a cuadros y combatientes de las Fuerzas Armadas Populares de Liberación de Angola (FAPLA).

Por la importancia económica de Cabinda y su separación del resto del país mediante el río Congo, como ya conocemos, este Centro de Instrucción Revolucionaria (CIR) fue reforzado con un número mayor de instructores que incluyó desde oficiales hasta jefes de pelotones y, en algunos casos como en los obuses de 122 milímetros, hasta jefes de piezas y apuntadores, artillería, morteros y artillería antiaérea.

Los jefes políticos y militares del Movimiento Popular para la Liberación de Angola (MPLA) y de las FAPLA eran Pedro Maria Tonha, *Pedaleé*, miembro del Buró Político del MPLA y máxima autoridad político militar del enclave; Zacarías Pinto Bolingó, jefe del Estado Mayor de las FAPLA; Eurico Manuel Correera, comisario político; Pedro Bera Lima, *Fogotao*, jefe de operaciones de la FAPLA y Delfín Castro, jefe de seguridad. Junto a ellos, los instructores cubanos concretaríamos las estructuras y misiones que había solicitado el presidente del MPLA para la región.

A partir de la llegada de los instructores cubanos, comenzamos una intensa actividad de organización y preparación del personal angolano. Disponíamos de hombres: el primer batallón de infantería, que llevaba días preparándose, y el segundo que solo tenía organizadas las pequeñas unidades y apenas comenzaba la instrucción. También contábamos con armamento: toda la artillería, una batería de obuses de 122 mm, otra de Grad-1p, dos de morteros de 120 mm, dos de morteros de 82 mm y algunos cañones antitanques 75 mm chinos y B-10 soviéticos, más dos baterías de artillería antiaérea 14,5 milímetros.

En el escaso tiempo que disponíamos, recorrimos Cabinda y decidimos cómo defenderla y abortar los propósitos de Mobutu Sesse Seko, presidente de la República de Zaire, del Frente de Liberación del Enclave de Cabinda (FLEC) y el imperialismo.

Como el sur de N'to-Cabinda resultó ser la dirección más favorable para que el enemigo asestara el golpe principal, ordené que el primer batallón de infantería pasara a la defensa de este lugar, reforzado con una batería de morteros de 120 mm, una de artillería antiaérea de 14,5 mm, dos pelotones de cañones antitanques uno de 75 y otro de B-10, más el apoyo de la batería de obuses de 12 milímetros.

También se precisaron las misiones para posibles direcciones secundarias y de desembarcos aéreos y navales: los sectores Chimbuande-Chingundo, al este, Landana al norte y Yema al sur.

En los últimos días de octubre y los primeros de noviembre supimos que Mobutu concentraba en las fronteras sur y este de Cabinda fuerzas hasta de un regimiento de infantería reforzado con artillería, morteros y blindados, en composición de tropas regulares de su ejército, destacamentos del FLEC y mercenarios de diferentes nacionalidades, la mayoría franceses. Según la Agencia Central de Inteligencia de EE.UU., esa invasión se fijó originalmente para octubre, pero la pospusieron al menos dos veces por problemas logísticos.

Mobutu actuaba con consentimiento de Washington. John Stockwell, jefe del grupo de especialistas de la CIA para Angola, escribió:

[...] al ver en octubre la oportunidad de anexarse Cabinda, Mobutu se dirigió a la CIA. Enseguida le enviamos armas para mil hombres a fin de que los usara en la invasión y oficiales

de la CIA de la estación de Kinshasa comenzaron a visitar el campo de entrenamiento del FLEC para coordinar [...] Los cubanos y las FAPLA luchaban por mantener su control sobre Cabinda. Los servicios de inteligencia de Estados Unidos habían observado a fines de septiembre que Mobutu intentará hacerse del enclave, a pesar de las seguras repercusiones internacionales de semejante paso [...].¹⁸

El enemigo comenzó la agresión de forma escalonada el 8 de noviembre de 1975. Dos batallones de infantería del FLEC y mercenarios reforzados con carros blindados, morteros y artillería zairenses, comenzaron la ofensiva por el este, por los sectores de Chimbuande y Chingundo hacia Subantando.

A nuestros combatientes no les importó la superioridad numérica del enemigo, lo detuvieron y rechazaron el día 9, cerca de Subantando, después de varias horas de encarnizados combates. La defensa sólida y activa en esa dirección, con el empleo de las armas de infantería, los morteros de 120 y 82 milímetros y las ametralladoras de 14,5 mm, detuvo su avance, que en esta situación intentó abrirse paso en varias ocasiones. El adversario encontró siempre la resistencia firme y decidida de las tropas angolano-cubanas.

Al amanecer del 10 de noviembre, fuerzas principales de Zaire —batallón de infantería, compañía de blindados, batería de obuses 105 mm, morteros de 106,7 y 81 mm—, en cooperación con pequeñas unidades del FLEC, iniciaron el ataque por el sur de la provincia en dirección N'to-Ciudad Cabinda; pero las medidas que había tomado el mando militar angolano-cubano permitieron asestarles un potente golpe, que les ocasionó, en los primeros momentos, más de un centenar de muertos.

Poco antes de las 12:00 horas, el adversario parece que no quedó conforme con lo que ya había recibido, lanzó su segunda acometida. Una vez más lo detuvimos y las bajas también fueron considerables. Ahora, llenos de pánico, los invasores retornaron desordenadamente hacia Zaire. En las primeras horas de la mañana de ese día, las

¹⁸ Tomado de Piero Gleijeses, en *Misiones en conflicto. Washington y África. 1959-1976*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2004.

fuerzas conjuntas angolano-cubanas, rechazamos un intento de desembarco naval en Yema.

En la dirección este, en las primeras horas del 12 de noviembre, ya defendido Quifangondo en el Frente Norte y declarada la independencia de Angola, con Agostinho Neto investido de Presidente de la República, los combatientes cubanos y las FAPLA pasamos a la ofensiva en el enclave.

En pocas horas, zairenses, FLEC y mercenarios se retiraron como pudieron por la frontera de Zaire. El propio René Dulac, líder de los mercenarios franceses, reconoció la derrota cuando escribió que la operación había fracasado de manera lamentable. Al concluir la batalla, el periodista Eloy Concepción Pérez escribió: «Pasajes de la guerra de Angola. Cabinda: el Comandante». Debido a que el artículo se refiere a mi persona, cuando se menciona al Comandante de esta misión internacionalista, lo incluyo en mis memorias; apareció publicado en el periódico *Granma* el 5 de enero de 1976:

Todos aquí lo conocen como el Comandante. Y nosotros aún no sabemos exactamente su nombre. Ni su apellido. No insistimos en ello y nos dispusimos a escribir.

Lo conocimos la primera noche que llegamos. De hablar pausado, preciso, vestido con su uniforme de campaña, fumando, querido y respetado por todos, este camarada —aquí se usa entre la población esa expresión en lugar de compañero— significó mucho para el futuro de esta provincia.

Él recuerda que se ubicó en un antiguo campamento militar portugués que las tropas colonialistas tenían en Cabinda, conjuntamente con varios centenares de hombres a los cuales se impartiría instrucción militar. El abastecimiento fundamental para estas tropas se recolectó en las zonas aledañas [fue enviado de Cuba también].

El plan intensivo de instrucción militar previsto para acondicionar estas tropas, a la situación de guerra, prácticamente no pudo concluirse. Algunos tenían nociones de la guerra, ya que habían participado en la lucha de liberación iniciada por el pueblo de Angola hace catorce años y que definitivamente fue alcanzada el pasado 11 de noviembre.

El enemigo, conoedor de que el pueblo angolano se preparaba para defender lo que tanto había costado, arteramente inició su ataque por diferentes puntos de la frontera el día 8 de noviembre, tres días antes de la proclamación de la independencia. Pero a pesar de su ataque traicionero, no pudo sorprender a los bravos combatientes, que aún no habían concluido su escuela militar y que en previsión de la agresión habían sido dispersados y tomado las medidas necesarias para preparar la defensa de este pequeño territorio de Angola, obstaculizándose con todos los medios posibles entradas a lo largo de la extensa frontera con Zaire.

El agresor, con apoyo de blindados, lanzó centenares de mercenarios y asesinos a sueldo. Las fuerzas revolucionarias representaban algo más de la mitad, en su mayoría sin preparación y no acostumbradas a una agresión de este tipo.

¿Qué pensó el enemigo? Pensó, efectivamente, que la proporción de fuerzas empleadas en el ataque, la posible desorganización y el conocimiento que se supone que tenía del número de hombres sobre las armas, le permitiría un éxito seguro.

Pero, una vez más, el enemigo y sus asesores no contaron con la moral revolucionaria de los combatientes angolanos, de las fuerzas revolucionarias que no iban a pelear por una paga de mercenario, ni por la conquista de un territorio para anexárselo, sino que iban a pelear por su libertad, por su independencia, por el derecho a vivir de un pueblo que jamás había vivido.

Y eso no fue calculado por el enemigo. Y se equivocó. He ahí por qué los lamentos tras la derrota, de que habían sido sorprendidos. Pero la verdad demostró una vez más que un soldado revolucionario vale por cinco soldados mercenarios sin principios, sin otro motivo que el dinero y la ambición.

El Comandante recorre con nosotros las zonas donde se desarrollaron las acciones y nos cuenta que el enemigo en su huida dejó, tras de sí, cadáveres y heridos sin preocuparse por estos. Su sadismo lo condujo incluso a quemar a otros. Un vehículo (yipi) conducido por un mercenario donde viajaba el capitán zairense jefe de las fuerzas que penetraron en nuestra

defensa por la dirección de Chingundo, fue aniquilado con el fuego de nuestras cuatrobocas. Otro tanto le sucedió al jefe mercenario que, al retirarse ante el fuego de nuestra artillería, cayó en la dirección Chimbuañde en un campo de minas y fue aniquilado.

El Comandante, terminado el recorrido por donde se combatió durante noventa [y seis] horas, regresa al puesto de mando, frente a un mapa explica el desarrollo de aquel combate y en el transcurso de su explicación van sucediéndose interrupciones, durante las cuales da indicaciones a distintas camaradas para que se tomen determinadas medidas, incluyendo en estas conocer el estado de salud de los enfermos en el hospital.

Durante todo el día no hemos parado un momento. Solo para coger un bocado, allá junto a los soldados que están en la primera línea del frente. Son aproximadamente las once de la noche y termina la explicación de esta pequeña historia. Salimos. El Comandante nos invita a ir con él. Aceptamos. Y es entonces cuando comprendemos mucho más el porqué de la admiración y el respeto que existe aquí por el Comandante.

Esa noche, tras diecisiete horas de ir allí, dar órdenes allá, revisar una línea de posible ataque, impartir instrucciones, preocuparse por los enfermos, revisar los abastecimientos y discutir con su estado mayor, nos pasamos toda la noche en vela debido a un posible ataque por sorpresa. Y nos metemos en el punto de observación del jefe de las avanzadas y allí, recostado a la arena, con el ruido de los grillos y el agua que cae en el cuerpo, fría en esta noche veraniega, estamos hasta la seis de la mañana, la misma hora en que veinticuatro horas atrás, el Comandante nos había recogido en el campamento para iniciar el recorrido.

Un soldado me daría la explicación sobre este hombre:

—No es que no duerma, él duerme un poco, generalmente por el día, pero está en todas partes, y tiene una resistencia extraordinaria, la tropa lo quiere mucho, es inteligente y lo demostró en el «combate de noventa [y seis horas]», él y los combatientes que pelearon allí demostraron valentía; pero diga ahí que muy decisiva fue la acertada dirección de los jefes, la forma en que el

Comandante dirigió el combate y la heroicidad de los combatientes revolucionarios...

Con la histórica victoria en la batalla de Cabinda, se hizo realidad la consigna patriótica del MPLA: «De Cabinda a Cunene: un solo pueblo, una sola nación».

De Cabinda hasta Cunene,
con libertad, soberano
un solo pueblo angolano
que es lo que a todos conviene.
El MPLA mantiene
la lucha de corazón
contrata toda oposición
del FNLA y la Unita
barriendo esa basurita
cuando llegó la ocasión.



AYUDA



Después vino un período de relativa calma..., quizás poco más de dos meses. Nosotros lo empleamos en ayudar a la población cabindana: le brindábamos alimentos y transporte llegado de Cuba y todo se revirtió en beneficios para la salud, la educación, el comercio y otras prioridades de los servicios públicos. Así pudieron comenzar su organización. Pero ese mismo tiempo fue usado también por elementos del FLEC, con apoyo exterior, y no para causas nobles. Fue su tiempo para reorganizarse y comenzar a actuar, desde Zaire, en las montañas del Mayombe angolano.

Esta actividad enemiga iba dirigida contra la FAPLA y muchas veces contra la población indefensa. Tales fueron los casos de ataques a comunidades donde no había fuerzas armadas, sino simpatizantes del MPLA. A consecuencia de esas acciones, enorme cantidad de población perdió la vida. Igual le sucedió a otro tanto, debido a los obstáculos explosivos que el FLEC colocó, sin escrúpulos, en las vías de comunicaciones —caminos, terraplenes y carreteras—, dirigidos contra los posibles movimientos de la FAPLA, tropas y colaboradores cubanos. En general, dañaron más a la población civil cabindana que a los militares.

La primera acción de elementos del FLEC contra cubanos ocurrió iniciando el mes de enero de 1976, mientras un soldado cubano se

bañaba en un arroyo, cerca del pobladito fronterizo de Chingundo. Allí, indefenso, lo asesinaron y, de esta forma cruel, los sin causas dejaron enrojecidas aquellas aguas. Tuvo un precio muy alto la lección, pero a partir de ese momento ni soldados, ni sargentos, ni oficiales podían realizar actividades ni salir solos. Fue una prohibición inviolable. Siempre hubo que estar preparado para rechazar cualquier agresión.

El Comandante Fidel Castro ordenó que la lucha contra el FLEC u otra banda contrarrevolucionaria o de bandidos fuera realizada por el MPLA y las FAPLA, en tanto los cubanos continuábamos el entrenamiento y asistencia técnica de sus fuerzas militares.

Con anterioridad, Fidel había enviado un mensaje al presidente Neto, en el cual le explicaba la necesidad de que el MPLA prestara atención política a Cabinda, le concediera a aquel territorio el interés que requería, y que no era conveniente, ni políticamente útil, tampoco buen precedente, que las tropas cubanas se consagraran a la lucha contra bandas contrarrevolucionarias. Previó, a través de sus explicaciones, que no debían desgastar a las tropas cubanas en otras acciones de envergadura en las profundidades del territorio y proximidades de las fronteras, ya que estas debían realizarlas las FAPLA y reservar, de esta manera, a las fuerza cubanas para acciones esenciales de lucha contra fuerzas externas. Agregó, además, que nuestro personal en Cabinda podría hacer actividades de defensa en sus lugares de dislocación, emboscadas para su autodefensa y actividades de protección en puntos fundamentales de interés y otras medidas militares, cuyos resultados fueran seguros.

Para aplicar con rapidez las indicaciones del Comandante en Jefe, tomé decisiones junto a mi estado mayor y en coordinación con los angolanos; entre ellas, el empleo de los batallones de las FAPLA con asesoramiento cubano que se encontraban en el sur de aquella región límite con la República de Zaire y en la ciudad cabecera del enclave, más otro similar que se formaba para crear un regimiento ligero, que se ocuparía de la lucha irregular al norte de Cabinda.

Este tipo de unidad para la lucha contra el FLEC se armó fundamentalmente con fusiles, ametralladoras, morteros de 60 y 82 milímetros, lanzacohetes RPG-7, granadas de mano y lanzagranadas AGS-17. También se le aseguraron las comunicaciones y a cada uno se le definió las zonas sobre las cuales debía actuar. Los destaca-

mentos de las FAPLA, que cumplían misiones en esa región, quedaron subordinados a estos batallones.

Entonces nos ocupamos de informarle al mando superior angolano que, de no aplicarse las medidas que orientaba Cuba, las bandas contrarrevolucionarias se consolidarían en estas regiones y después resultaría difícil y costosa la reconquista. En pocas palabras, que los cubanos asumirían con sus fuerzas dislocadas al sur de Cabinda la responsabilidad de defender el territorio de agresiones convencionales, junto a pequeñas unidades de las FAPLA emplazadas en las fronteras.

También se determinó que yo, además de jefe de las tropas cubanas en el enclave, fuera asesor jefe del regimiento de Lucha Contra Bandidos, función para la que fue designado, posteriormente, el comandante Rafael Moracén. Yo continuaría cumpliendo la misión anterior, en el sur de Cabinda.

Se decidió, asimismo, el envío desde Cuba de oficiales con experiencia de lucha contra bandidos en el Escambray y Oriente, para que apoyaran a los cubanos en esta actividad. Observamos que de los veintiocho ataques que se habían producido por las bandas en esta región, solo uno había sido al sur del territorio, por lo tanto, los cubanos podían responsabilizarse con la protección de esa frontera.

El análisis conjunto y profundo realizado por el mando cubano-angolano confirmó la idea de que el enemigo abandonaba la guerra convencional y se decidía por la lucha irregular con las fuerzas del FLEC, apoyadas desde Zaire.

La situación internacional no permitía pensar por el momento en la intervención exterior, menos en desembarcos navales y aéreos, ni en la actuación de la aviación enemiga. Por ello resultaba imprescindible planificar golpes de aniquilamiento de fuerzas contrarrevolucionarias en regiones cercanas a las fronteras y en especial con la de Zaire, por ejemplo, el campamento de las bandas al este de Zenze-Lucule. Pero esos golpes no se realizarían hasta tanto lo decidiera el mando superior y se conociera la posición del presidente Mobutu, sobre el que se ejercerían presiones políticas y diplomáticas.

Las acciones de lucha contra bandidos serían rápidas, de modo que los aliados norteamericanos no pudieran fortalecer militarmente a Mobutu, como ya había ofrecido la dirigencia de Estados Unidos.

Desde Cuba se nos envió instrucciones para que las reservas de municiones y medios almacenados en Punta Negra y Massabí se trasladaran al sur de Cabinda. Se dijo que excepto ante la ocurrencia de circunstancias que comprometieran la seguridad del enclave, se tenía la idea de que, entre el 15 y 20 de marzo de 1975, aproximadamente, se trasladara el regimiento de infantería motorizada y sus fuerzas de apoyo como la artillería hacia el sur de Angola, donde se concentraron los esfuerzos del grueso de las unidades cubanas.

Para esa fecha, nuestras tropas quedaron en Cabinda con la siguiente composición: un regimiento de infantería con tres batallones compuestos por reservistas de las montañas orientales, un batallón de infantería del Ejército Juvenil del Trabajo reforzado y otro de automotrices SAU-100. Además, un regimiento mixto cubano-FAPLA que debía concluir la formación de uno de sus batallones; seis tanques T-54; la batería de obús 122 mm y el resto de medios de apoyo que existían desde los primeros combates contra las fuerzas de Zaire y del FLEC.

Así llegamos al día 20 de abril, la Misión Militar de Cuba en Luanda tuvo el alto honor de recibir al segundo secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, entonces ministro de las FAR, general de ejército Raúl Castro Ruz. En propio suelo angolano, él expresó que cuando los cubanos nos retiráramos de Angola, no nos llevaríamos ni el petróleo, ni los diamantes, ni el café, ni nada, que solo nos llevaríamos la amistad indestructible de aquel gran pueblo y nuestros muertos.

Tras la histórica victoria del 27 de marzo de 1976, cuando el ejército racista sudafricano se vio obligado a retirar a sus últimos efectivos de Angola ante el empuje arrollador de las FAPLA y las tropas internacionalistas cubanas, parecía que al fin ese joven Estado, cuya independencia había sido proclamada el 11 de noviembre del año anterior, disfrutaría de la paz necesaria para reconstruir el país.

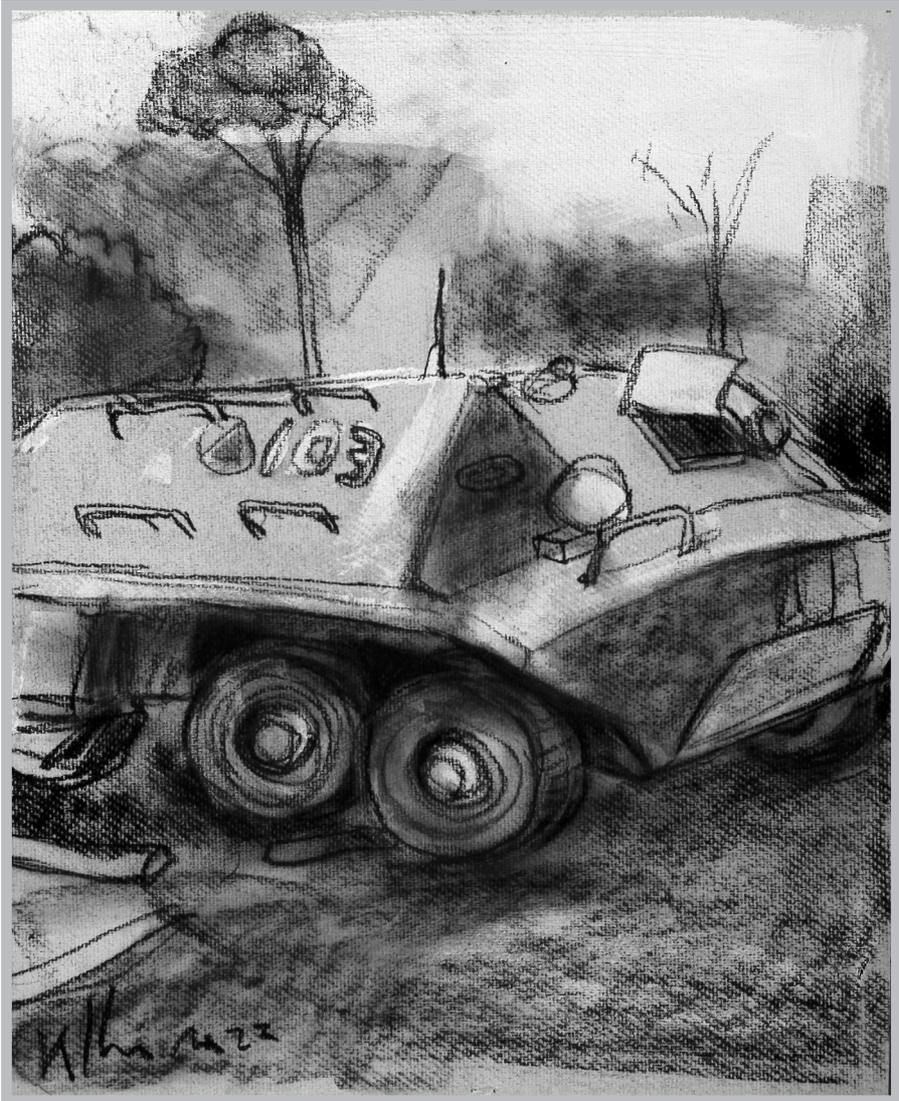
Ante la nueva situación a favor de la estabilidad de la República Popular de Angola, las tropas de la mayor de las Antillas, que por aquel entonces sumaban alrededor de treinta y seis mil hombres, se reagrupaban en nuevas posiciones alejadas de la frontera sur, y para ellas se comenzaba a ejecutar un plan de retirada gradual durante tres años.

La razón de permanecer en Angola después de la expulsión de los sudafricanos era básicamente para preservar la integridad territorial del país ante una agresión del exterior, e instruir y preparar a las Fuerzas Armadas para la Liberación de Angola.

Pero la ayuda cubana no se circunscribió solamente al terreno militar. A finales de noviembre, con la provincia de Cabinda plenamente liberada, la dirección del Partido en Cuba decidió satisfacer la petición angolana de que enviara colaboradores civiles.

El grupo, encabezado por el mayor Juan B. Portuondo, especialista en transporte, lo integraron además los médicos Rodolfo Puente Ferro y Julián Álvarez Blanco; todos habían estado en el Congo Brazzaville entre 1965 y 1967 y conocían personalmente a la dirección del MPLA.

Con el tiempo, la colaboración se amplió y solo en la provincia de Cabinda el contingente civil cubano llegó a tener más de seiscientos integrantes, distribuidos en los sectores de salud, educación, construcción y forestal, entre otros.



INESPERADO CONTACTO CON UNA MINA



Las tropas angolano-cubanas tuvieron que realizar varias operaciones de limpieza en la zona del Mayombe. Una de ellas fue al este de Cabinda, en la frontera con Zaire, para cercar y aniquilar un campamento del FLEC y de mercenarios fundamentalmente zairenses que eran, en la práctica, el grupo que aún actuaba en el enclave y que por esos días nos había creado situaciones complejas, como la ocasión en que un regimiento cubano salió para el sur de Angola y se encontró varias emboscadas.

Antes habíamos hecho algunas operaciones, pero solo tres de esta magnitud. Todavía no habíamos podido concluir el aniquilamiento de dicho grupo, porque siempre se retiraba, cruzaba el río Chiloango, que limita la frontera entre Cabinda y Zaire, y por ahí se escapaba.

Esta vez se planificó bien y con la experiencia de las anteriores. Pensábamos en introducir una compañía por el lugar conocido como Cácata, y más adelante, en Zenze-Lucule, otra que atravesara a pie el monte por la noche y saliera a la profundidad del campamento para cercarlo por detrás.

Previmos poner el puesto de mando en Chiobo y desde allí dirigir las fuerzas principales que, al amanecer, atacarían de frente el campamento; es decir, una vez que las compañías designadas hicieran el cerco, nosotros avanzaríamos de frente al objetivo, con

la idea de aniquilarlo y hacerle bastantes prisioneros. Le apresamos más de cien hombres, en una operación que habíamos realizado en una región cercana.

La marcha se organizó con un batallón de infantería, un grupo de artillería, un pelotón de exploración y otro de zapadores; formando parte de la seguridad, llevábamos dos tanques con barreminas dado el peligro de campos de minas en el itinerario.

Con nosotros iban, además, algunos presos que nos daban información, incluso un oficial desertor de las FAPLA, capturado en la operación anterior. Él nos ofreció muy buena información, sobre la cual Arides Estévez, el jefe de la contrainteligencia nuestra y su grupo, se hallaban trabajando desde hacía varios días.

Nos orientaba un prisionero zairense que sabía dónde había campos de minas del enemigo. Las compañías encargadas de cercar por detrás el campamento de los adversarios llevaban buenos guías; los jefes que iban al frente conocían bien la zona, pues antes habían actuado en ella. Es decir, planificamos y organizamos bien la operación, además de que teníamos suficientes fuerzas para el enfrentamiento.

Por aquellos días, el general de ejército Raúl Castro, ministro de las FAR estaba en Luanda. Yo me había entrevistado con él en la capital angolana el 4 de mayo. Ahí le di a conocer la operación que pensábamos realizar. Regresé a Cabinda el día 7, y Arides con otros compañeros del estado mayor me esperaban en el aeropuerto. Me explicaron toda la situación relacionada con la operación y me informaron acerca de la presencia de los embajadores de Cuba en Zaire y en el Congo-Brazzaville, en ese entonces, Lázaro Mora y Arquímedes Columbié, respectivamente.

El Ministro me había indicado que me reuniera con ellos y les diera unos datos necesarios, pues ellos formaban parte de la delegación cubana que, presidida por Osmany Cienfuegos, iba a participar en la conferencia de la Organización para la Unidad Africana (OUA), muy próxima a realizarse.

Para el día 8 concebimos la operación y también la reunión con los embajadores. Entonces, para que la noche no nos atrapara antes de llegar al punto donde comenzaría la operación, le pedí al compañero Arides Estévez que, mientras yo me reunía con los diplomáticos, él, en nombre mío, diera las indicaciones de salida

a las tropas y el punto donde debían esperarnos, entre otras precisiones. Por último le dije que nos veríamos después en el estado mayor, en Ciudad Cabinda, antes de partir hacia el frente.

Así fue. Arides cumplió todas las orientaciones y luego regresó. En realidad, él no tenía que ir a la operación; pero participaba personalmente en cuanto movimiento hicimos allí, además de tomar las medidas de trabajo operativo.

Tras el rencuentro, acompañado por Arides, monté en el yipi y tomamos la carretera hasta donde avanzaban las tropas, aproximadamente cuarenta kilómetros, justo allí comenzaba el terraplén en el que debían esperarnos.

De ahí en adelante vendría un camino arenoso y comenzaría la operación. A partir de ese momento, yo di las indicaciones necesarias a las tropas para puntualizar la misión y el reinicio de la marcha de las unidades.

Siempre continué con el comandante Arides. Abordamos de nuevo el yipi y en eso vino el secretario del núcleo del Partido y me dijo:

—Jefe, es necesario que monte en la BTR,¹⁹ porque el yipi no guarda el ancho de los barreminas, ahí no van bien protegidos.

—Y, ¿para qué traemos los barreminas entonces? Sigán que yo sé lo que hago, vamos a marchar hasta Tando-Zinze, y allí yo me paso para el BTR —le contesté.

Llegamos a Tando-Zinze, el punto planificado para la revisión de control, ya oscureciendo, porque habíamos reiniciado la marcha casi a las cuatro de la tarde y al principio hubo que superar un campo de minas instaladas anteriormente por el FLEC.

Cuando estábamos listos para seguir, de nuevo se presentó el secretario del Partido en el yipi; ahora acompañado del jefe de operaciones y el de inteligencia, venía para repetir lo que consideraban necesario:

—Jefe, si no monta en el BTR, nosotros no vamos a seguir.

¹⁹ Vehículo blindado de transporte de personal, fabricado en la antigua Unión Soviética (URSS).

—Bueno, viren. Yo soy en definitiva el que tengo que decidir con la tropa, solo resuelvo eso —insistí mientras Arides permanecía en silencio.

Cuando los preocupados compañeros se disponían a salir, los llamé y les dije:

—Oigan, es que yo conozco esto, no hay problema, más adelante me paso —ahora usé un tono diferente.

Los convencí otra vez y continuamos. Luego, en la zona de Fubo, un camión hizo contacto con una mina, pero no le pasó nada a nadie. Por supuesto, la limpieza de ese campo nos atrasó y la noche nos envolvió con su manto. Decidí coger un buldócer para hacer un vado, pero este se impactó contra una carga explosiva y lanzó por el aire al operador, a quien le provocó una fractura en el cráneo. El vado, finalmente, se hizo con los tanques.

Avanzamos hasta Cácata, el lugar seleccionado para consumir la ración fría, ya era como las ocho de la noche. Buen momento para que los compañeros descendieran de la técnica.²⁰ Ahí dejamos la compañía que se iba a introducir por ese lugar y le di las instrucciones.

Cumplido el tiempo planificado para esta estancia, los hombres se alistaron en cada posición para continuar y yo volví para el yipi, también lo hicieron el secretario del Partido y el de inteligencia, pero esta vez dispuestos a ser escuchados con más fuerzas y se sentaron en el suelo, delante del carro.

—Jefe, ahora sí que nos tendrá que pasar por arriba si usted no va para la BTR.

—Oigan, ya les dije que el jefe soy yo. Ahora vamos a llegar hasta Chiobo. Vamos, sé lo que estoy haciendo.

Se opusieron a que continuara la trayectoria en esas condiciones y uno de ellos fue más explícito.

—¡No! No vamos a seguir, nos tiene que pasar por arriba, si no pasa para la BTR, los tanques con barreminas delante, todo eso está bien; pero ya superamos un campo minado y ustedes moviéndose en el yipi, no debe ser.

²⁰ Técnica, en la terminología militar se les denomina a los tanques, carros blindados y otros vehículos militares.

—Pues quítense, que les voy a pasar por arriba... —les dije. Arides en esta ocasión no había tomado su asiento en el yipi; miré a sus ojos y con tono interrogativo, me dirigí a él:

—¿Que tú crees de lo que dice esta gente?

—Mire, jefe —dijo Arides—, es feo que yo se lo diga porque vengo con usted y puede pensar que quiero irme por la seguridad mía, pero en realidad, hasta ahora he estado violando lo establecido desde que salimos de la carretera. Desde allá debí decir lo mismo que ellos, porque yo tengo que velar por su seguridad y su vida; lo mejor que hacemos es pasarnos para la BTR —explicó Arides con seguridad y mucho respeto—. Ahora, si quiere seguir aquí, subo y sigo con usted, si no me bota, pero ellos tienen razón. Es lógico lo que están diciendo; no le había dicho nada, no fuera a ser que pensara que cuidó mi vida y que estoy acobardado. Ellos tienen razón —concluyó.

Hasta Vargas, el chofer del yipi, que estaba oyendo, manifestó su preocupación y, a su manera, dijo:

—Jefe, ¿es que usted es más porfia' o que el carajo!

—¡Ah, pero tú también! —tiré la puerta del yipi y fui para la BTR.

Claro..., yo sabía que hasta Chiobo no había problema, pero ya habíamos superado un campo de minas, íbamos a continuar la marcha de acuerdo al plan y en la BTR la seguridad era superior, pues por sus características se ajusta mejor a las huellas que van dejando los tanques a su paso. Los compañeros tenían razón, era de este modo como debíamos trasladarnos, la seguridad es así y no de otra forma.

De antemano habíamos tomado todas las precauciones necesarias y ordenado a los ocho compañeros designados para dirigir la operación que fueran en la parte superior y externa del BTR. Cuando se transita con peligro de minas, esa posición ofrece más garantía para la vida, ya que en caso de que el vehículo fuera alcanzado por una carga explosiva, el hombre queda libre y se proyecta hacia fuera y a tierra. Adentro se golpea con las paredes de acero y, por lo tanto, hay más probabilidad de muerte.

Ocupé mi puesto en la BTR, al lado del conductor en la escotilla de mando. Tomé los medios de comunicaciones y di la orden de

salida, me quedé de pie, con el pecho afuera, mirando el terreno, hacia el frente y a ambos lados del carro. Junto a mí iba Oberto Espinosa, el jefe asesor de una de las compañías que se introduciría por el flanco del campamento enemigo. Como él se había radicado durante un tiempo en Zenze-Lucule, conocía bien la región donde se operaría, de ahí su designación al frente de una tropa. Ahora, sentado encima del transportador, conversaba acerca de la situación del camino, mientras el resto de los compañeros ponían el ingrediente de humor criollo que caracteriza al cubano, aun en las peores circunstancias de riesgo para su vida.

¡Te saliste del rastro de los tanques!

Habíamos recorrido pocos kilómetros cuando Nemesio Molina, *Melanio*,²¹ el conductor del BTR me dijo:

—Jefe, no pude comer la ración fría, porque estaba abasteciendo la BTR. Hace falta que me autorice a tomarme un chocolate.

—Ábrele el chocolate y dáselo—, le dije al radista que ocupaba su puesto dentro del vehículo.

Melanio iba conduciendo con una mano y con la otra empujándose la lata. Volví a mirar hacia delante y antes de llegar al puente vi dos caminos, uno central y el otro provisional por el flanco izquierdo, creado por el enemigo cuando minaron la zona; como el vado estaba más trillado, los exploradores y los tanques cogieron por ahí. Melanio continuó por el camino principal. Cuando me percaté del equívoco, le señalé:

—Oye, te saliste del rastro de los tanques, está a la izquierda. Incorpórate.

Melanio soltó la lata de chocolate, agarró con las dos manos el timón y empezó a girar. La BTR tiene tres gomas, por cada lado, una detrás de la otra y es lenta al maniobrar. Ya estábamos casi dentro

²¹ Nemesio Molina, *Melanio*, murió en la República de Nicaragua, cuando cumplía su segunda misión internacionalista. Sus restos están en el Panteón a los Internacionalistas en su pueblo natal La Maya.

de la ruta de los tanques, cuando, con la última rueda de la derecha, hizo contacto con la carga explosiva, grande, tan grande como aquella noche. Eran más de veinte kilogramos de TNT, una sustancia explosiva de gran poder de destrucción.

La detonación y las llamas, debido al contacto con la mina, llamaron poderosamente la atención de toda la tropa. Algunos pudieron ver la BTR en el aire. Los que estaban más próximos, en una veloz carrera, se desplazaron hacia el lugar del accidente.

El mayor Gustavo González Díaz, que ocupaba el cargo de sustituto del jefe para la técnica en Cabinda, marchaba en el cierre de la columna. Desde su posición sobre la grúa, pudo apreciar lo sucedido: la bola de candela en el aire, los combatientes volando hacia todas partes como papeles chamuscados por el fuego.

Se formó una confusión tremenda mientras se buscaba en la oscuridad a los accidentados. Cuando alguien aparecía, solo preguntaba por los que no veía. Así los fueron encontrando: unos apenas podían moverse, otros andaban con dificultad, los quejidos de dolor se expandían por doquier. Y a mí nadie me hallaba.

Oberto, consciente de que tenía un brazo fracturado, olvidó su dolor y se incorporó a la búsqueda y fue quien dio conmigo. Yo había quedado atrapado debajo de la BTR, inmóvil, pero por suerte consciente. Eso me permitió escuchar, cerca de mí, a Oberto cuando le decía a Molina, el ingeniero:

—¡Solo falta el jefe... el jefe!

—¡Estoy aquí! —logré decir.

Y él me oyó. Con su brazo sano, extrajo un poco de tierra de debajo de mi cuerpo para hacer un hueco y aliviarme tal desesperación. Al menos, hasta ese momento, todos estábamos con vida.

Yo sentí la explosión y casi al mismo tiempo me sentí en el aire con BTR y todo. Mi mano la mantuve asida a la escotilla, pero uno de mis pies se introdujo en los muelles del asiento de la BTR donde me apoyaba. Por eso mientras los demás fueron lanzados a tierra, yo seguí pegado a ella. Era como andar por las nubes, sin dolor, hasta que caí con la cabeza para abajo y la BTR sobre mí al dar una vuelta y quedar con las ruedas hacia arriba. Cuento los hechos como sucedieron porque mi cabeza no recibió el impacto de tan pesada carga.

Oberto Espinosa tuvo una rápida reacción: fue el principal ejecutor de mi rescate y quien lo organizó todo. Pidió que le dijeran al coronel Manuel Herrera, *Tito*, que trajera otra compañía de hombres para tratar de quitarme de arriba la bola de hierro.

Con la voz muy apagada dicen que ordené, aun bajo el carro, que pusieran seguridad en el lugar por la posibilidad de una emboscada. En ese momento, al hablar, mi compañero se percató de que había perdido la prótesis y tenía la boca llena de sangre.

Empezaron los intentos por levantar la BTR, pero esa máquina pesa once toneladas. Lo más que pudieron fue moverla y resulto peor, porque volvía a caerme encima. Yo estaba desbaratado, pero seguía consciente a pesar del gran esfuerzo que me implicaron las pocas palabras que había dicho.

Los compañeros se percataron de cuánto estaba sufriendo y le dijeron al ingeniero Jesús Rangel Molina López, *Molina*, que trajera el bulldócer. Otra intención inútil: su conductor había sido evacuado para el hospital cuando la explosión anterior, en la zona de Fubo, y fue él quien lo subió al zorrete. Allí, inmerso en aquella agonía, logré decirle que el primer tanquista, Quiñones, era bulldocero.

Quiñones me quitó la BTR de arriba, pero sacarme fue un pugilato: tenía los pies trabados dentro, era un guiñapo humano, no se sabía en aquel instante cuántas costillas podía tener fracturadas. De algo sí estaba todo claro: pocas no podían ser y, efectivamente, en su momento supe que eran ocho, además de las caderas, la pelvis y las piernas, trece en total, y lo más grave: un trauma pulmonar.

¡Qué cosa tiene la vida! Al chofer, que siguió en el yipi detrás, no le pasó nada, felizmente. Sin embargo..., reconozco que hicimos lo correcto. Y no nos queda duda de que si nos hubiéramos mantenido en el yipi y le hubiera ocurrido lo mismo que a la BTR, las consecuencias hubieran sido no peores, sino sencillamente desastrosas.

La evacuación se ejecutó por la carretera, en silencio, solo en ocasiones mis compañeros manifestaron alguna expresión de dolor. Avanzábamos hacia Cabinda y en un tramo de la vía apareció, de pronto, un hombre con un maletín haciéndoles señas a los carros. El chofer que me trasladaba sacó un poco el pie y en mi estado crítico, pero alerta como siempre, le ordené:

—No pares, ¡acelera!

—¡Métele el pie!—, le preciso a Vargas, mi chofer, que junto al compañero Oberto Espinosa me acompañaban.

Hasta en esas condiciones tuve claridad de que había que salir de la asechanza enemiga y después ripostar. Se trataba de una emboscada que habían preparado nuestros adversarios en Champuto Rico. Los tres yipis, con heridos, lograron pasar; pero el pelotón de la seguridad, que venía con nosotros, tuvo que enfrentar la acción hasta rechazarla. Se pusieron fatal, porque los nuestros les causaron algunas bajas.

Los evacuados llegamos al hospital de Cabinda. Hasta ese momento en el que los compañeros del hospital, dirigidos por el doctor José Manuel Ruiz Sánchez, me sacaron del yipi, me mantuve con conocimiento. Lo que sucedió inmediatamente después, me lo contaron. Por eso supe de la urgencia y de la entrega con que el personal médico, integrado por cubanos y angolanos, atendió a cada herido. Algunos pasamos directamente al salón de operaciones. De pronto, una oscuridad total. Cuando los médicos cumplían su actividad quirúrgica, quedó sin corriente la instalación debido a un sabotaje en la planta eléctrica que afectó, además, a toda la población. Fue necesario activar, aprisa, la planta de emergencia.

Al amanecer ya estaba en el hospital de Cabinda el comandante de brigada Abelardo Colomé Ibarra, interesándose por el estado de salud de nosotros. La gravedad de algunos heridos, entre ellos el comandante Arides y yo, imponía una rápida evacuación.

Luego de dos horas de atraso, ocasionado por un torrencial aguacero, de esos que no permiten ver la pista de aquí a allí, viajamos con el jefe de la misión militar hasta Luanda. En el avión, íbamos cada herido en su camilla, un médico y una enfermera; los demás pasajeros ayudaban suministrando aire artificial a quienes lo necesitaban.

En el enclave de Cabinda, antes de la batalla y bajo el fuego que ella generó, nuestros servicios médicos militares prestaron atención no solo a los cubanos, sino también a las fuerzas de la FAPLA y, en la medida de sus posibilidades, a la población de lugares cercanos donde se dislocaban las tropas.

Los combates se sucedían y en medio de ellos, en el mismo lugar de la acción, nuestros galenos, enfermeros, auxiliares y todo el per-

sonal de los servicios de salud brindaban la atención que cada caso requería, e igual se hacía en el hospital cabecera en Ciudad Cabinda. La entrega y el derroche de heroísmo ayudaron con creces a que en ese período no lamentáramos ninguna baja de los internacionistas que sufrían heridas.

Por entonces se hallaban entre nosotros los doctores Vladimir de la Rosa e Idilio Rodríguez, de ambos tendría que, al hablar de su trabajo, hacerlo con letras mayúsculas. Vladimir tuvo tiempo para más... para seguir demostrando su talla profesional y el orgullo de ser cubano. Idilio entró en la historia de los hombres que defienden causas nobles: después de la batalla, perdió la vida al caer en una mina.

Tras el triunfo, numerosos cubanos dispuestos a brindar sus conocimientos en cualquier rama del saber engrosaron un contingente de profesionales y partieron a tierras angolanas. Hasta Cabinda llegó la ayuda de diferentes esferas y los servicios: transporte, educación, salud, entre otras.

Los galenos Rodolfo Puente Ferros y Julián Álvarez Blanco llegaron con una brigada médica. Junto a los médicos militares cubanos y algunos holandeses, que hacía cuatro meses se encontraban en el enclave, garantizaron los servicios de salud a toda la población de Ciudad Cabinda, en las especialidades fundamentales. Médicos militares cubanos, dirigidos por el compañero Dr. Omar Fernández Cañizares, aseguraron igual asistencia en el resto del territorio. En ambos lugares fue muy significativo el serio esfuerzo que realizaron en la actividad preventiva, especialmente en la vacunación.

La ayuda, más allá de curar y salvar vidas con carácter inmediato, contempló la formación de más de un centenar de nativos como auxiliares y técnicos en las especialidades de enfermería, ortopedia, obstetricia, laboratorio, rayos X y sanitaria. Se trabajó también para, cuando la situación política-militar lo permitiera, continuar formando personal técnico y priorizar la labor preventiva.

En la agrupación de tropas creada para la operación del 8 de mayo, incorporamos una ambulancia con su médico y un sanitario con todo lo necesario para la primera asistencia médica, además de que los bolsos sanitarios de los soldados cubanos iban bien equipados para los primeros auxilios. Pero mientras trabajábamos para superar el primer campo de minas, el operador del buldócer, prepa-

rando un desvío, tocó con la cuchilla una carga explosiva y resultó herido en la cabeza. Nos vimos obligados a evacuar para el hospital cabecera en Ciudad Cabinda, en la ambulancia y con la atención directa del médico que iba con nosotros.

Por este motivo, cuando la BTR cayó en la mina, no contábamos con la ambulancia ni el médico. No obstante, de manera correcta se organizó la evacuación de todos los heridos hacia el hospital. Me resulta impresionante cómo recuerdo el traslado, la superación de la emboscada y la llegada al centro asistencial, pues durante la travesía no perdí el conocimiento e, incluso, hasta di indicaciones en el lugar del accidente y mientras nos trasladábamos.

Han pasado más de cuatro décadas, parece mucho, pero ¡cómo no recordar aquellos médicos, enfermeros y otros especialistas de nuestros servicios de salud! La forma y la sabiduría con que se entregaron a nosotros para mantenernos con vida, incluso al comandante Arides Estévez, aunque más tarde otras complicaciones interrumpieron su vida. Él falleció en Luanda. ¡Y qué decir de mí mismo, cuya gravedad era extremadamente seria! Mucho le debo al cirujano José Manuel Ruiz Sánchez por el tratamiento que nos ofreció en el hospital de Cabinda; fue el médico que nos acompañó en el avión hacia Luanda. Y en la capital... ¡Cuán meritoria y dedicada fue la asistencia que recibimos!

Tendría que agradecer, también, al doctor Rubén Rabel, especialista en vía respiratoria, enviado de Cuba con urgencia, y a la doctora Pura Avilés. Todo el tiempo estuvieron atentos a mi evolución, aplicando el tratamiento que Rabel personalmente indicó desde su llegada hasta que me hallé en condiciones de ser evacuado para Cuba, luego de veintidós días en estado grave, en la clínica João de Luanda. Pero, además, junto a ellos, el doctor Santiago M. Echeverría Herrera y la enfermera Mayra Abreu se ocuparon minuciosamente de mi atención durante las tantas horas de vuelo hacia Cuba.

Así concluyó ese mes para mí, el mes del amor y de las flores y el de mi tercera fecha de nacimiento el 8 de mayo de 1976. ¡Qué paradoja!: había vuelto a nacer para dudar que viviría... por suerte, todo sucedió cuando ya en la Isla se podía hablar de medicina cubana para todas las personas, sin distinción alguna, y yo contaba con treinta y seis años, sin lesiones anteriores que complicaran las muchas y graves de ese momento.

Fuera de peligro, llegué al Hospital Naval Luis Díaz Soto, en La Habana. Cuando fue mejorando mi estado general de salud, sin imaginarme todavía que iba a permanecer hospitalizado siete meses, me sobraban las horas para recordar pasajes de mi vida, que la misma intensidad de trabajo no me permitía siquiera evocar. Igual pensé mucho en mis hijos, tres pequeñas criaturas en ese momento: de diez años Ramón, el mayor; siete Francy, la niña, y tres añitos Mauricio, quien apenas empezaba a espigar. Y la mente volvía a las diminutas figuras que había visto allá, en Cabinda, bajo el fuego y la metralla, y veía a los de acá, a los míos, radiantes, sanos, salvos de explotación y de caras horrorizadas. ¡Que contraste! Una tarde de esas, comprobé que aún lograba hacer décimas y la titulé:

HIJOS

I

Si yo los veo pasear
cobijados por el sol,
les dedico un arbol
con parte de cielo y mar.
Pero su padre al amar,
no se conforma con eso
y confiado en el progreso
de sus vivencias futuras
se inclina ante sus figuras
y los colma con un beso.

II

Sé que la Revolución
también me los cuidará
y nunca les faltará
una debida atención.
Si me llega la ocasión,
pórtense fuertes, serenos,
eso los hará muy buenos,
por la patria agradecida
dispuestos a dar la vida:
Patria o Muerte. Venceremos.

Tampoco imaginé en esos momentos que esa prole creciera, después vinieron Laysen y Karla, para mí están incluidas también en esos versos. Pero aquel día, además de mis hijos, acudieron mi padre fallecido y mi madre en pie, mis hermanos, y unidos todos bajo la palabra: «Familia», les escribí:

 Mi familia son los seres
 más queridos y apreciados,
 todos han sido educados
 en los mejores quehaceres.
 Cumplen todos sus deberes,
 los realizan consagrados,
 se sienten estimulados,
 prestan toda la atención:
 solo la Revolución
 dictará siempre en qué grado.

II

 Mi familia, que además
 con nuestro pueblo querido,
 de mi corazón erguido
 no saldrán nunca jamás.
 Mi familia, por demás
 como toda la nación,
 tiene toda la atención
 sufriendo los sacrificios,
 goza de los beneficios
 de nuestra Revolución.

Cada día me iba sintiendo mejor, detrás quedaban los males mayores, en consecuencia con la magnífica atención que recibía del colectivo de profesionales militares y trabajadores civiles del hospital, entre ellos, la del doctor Juan Luis Vidal Ramos, ortopédico que tuvo a su cargo mi tratamiento y recuperación, la del terapeuta Gerardo Bermúdez Perdomo que llamábamos cariñosamente Chicho y cumplía cada día las indicaciones del doctor, así como la preocupación y seguimiento que el doctor Martínez Páez me ofreció constantemente en mi lecho de enfermo, hasta aquella mañana de diciembre de 1976 en que me dieron a conocer que ya estaba de alta médica.

Al conocer de los hechos, el Comandante en Jefe prestó la máxima atención e indicó que lo mantuviesen informado a diario de mi situación. Retuvo la salida inmediata que tendría un avión hacia Angola para, en ese vuelo, enviar un grupo de especialistas encabezados por los doctores Rubén Rabel, Pura Avilés y otro especialista en reanimación, el Dr. Echeverría; fueron ellos los que tuvieron a cargo mi atención hasta el traslado para Cuba.

A partir de ahí, dos veces al día había que informar el estado en que me encontraba. Una de las primeras visitas que recibí en el Hospital Naval Luís Díaz Soto fue la del Comandante en Jefe.



LISTO PARA NUEVOS AVATARES



El mes de febrero de 1977 corría precipitadamente, e igual me pasaba a mí. Me hallaba en la etapa final de recuperación, pero listo para nuevos avatares. Fui seleccionado miembro de una delegación que presidió el Comandante en Jefe, cuyo objetivo consistía en recorrer varios países de África: Argelia, Libia, Tanzania, Etiopía, Yemen, Mozambique y Angola.

Luego de algunas horas en el aire en el vuelo Habana-Argelia, conversamos Carlos Rafael Rodríguez, Ulises Rosales del Toro y yo. Fidel nos vio muy animados, y tomó la palabra para hacer alusión a lo sucedido con la plantación de guayaba experimental allá por la autopista de La Habana a San Antonio de los Baños. Casi al concluir, dijo: «Este era el que quería acabar con ellas». Nos reímos de lo lindo, y yo hubiera asegurado que ya él ni se acordaba de aquel incidente.

Durante aquel largo viaje hasta Argelia, el Jefe nos habló de diferentes temas, pero el mayor tiempo versó sobre la historia de Angola, incluyendo la ayuda cubana y la guerra que hasta ese momento se había desarrollado; allí hizo hincapié en la importancia de Cabinda para el MPLA, dada la posesión del petróleo que explotaba la Gula Oíl y el pago de miles de millones de dólares que esta empresa efectuaba a Angola.

Nos explicó, además, que no podíamos perder de vista la ubicación geográfica de Cabinda, separada del resto de Angola por el río Congo y formando parte del Mayombe. Todo ello le permitía a los angolanos reconstruir el país después del triunfo y, de no lograrlo, seguir la lucha desde Cabinda. Por eso insistía en la importancia de reforzar el enclave con hombres, armas y demás recursos, porque de ninguna manera podía caer en manos de los contrarios al MPLA, y argumentaba por qué había sido un error sacar fuerzas de allí para reforzar Luanda, donde se podía hacer otras reagrupaciones de tropas. Más adelante informó cómo hacerlo.

Una vez abordada esa temática se me ocurrió decirle: «Comandante, pero no tomaron ni Luanda ni Cabinda», para mí esto justificaba cada decisión durante el curso de las acciones. Automáticamente dijo: «¡Miren que porfiado es este muchacho!», como queriendo expresar: todo el tiempo que dediqué al tema y no entiende o no quiere entender.

Finalmente llegamos a Argelia y luego a Libia, de donde partí con otros compañeros para Etiopía con el objetivo de crear condiciones para una visita secreta que realizaría Fidel a este país, dada la crítica situación en que se hallaba: conflictos internos y la amenaza latente de invasión desde Somalia. Junto a otros compañeros de la avanzada, trabajé con los etíopes en la propuesta del apoyo que habían solicitado a Cuba. Luego insistí en participar en la ayuda que se le prestaría al país africano, pero no me autorizaron por estar todavía en proceso de recuperación física y haber sido seleccionado para estudiar en la academia soviética.

El Comandante en Jefe logró realizar una reunión en la entonces capital de Yemen del Sur con los presidentes de los dos países en conflicto: Etiopía y Somalia, Mengistu Hailé Mariam y Mohamed Siad Barré, respectivamente. El objetivo de este encuentro estaba bien definido: tratar de impedir la guerra.

Todo esfuerzo por evitar derramamiento de sangre fue infructuoso, por la actitud del mandatario somalí y, en la última decena de julio de 1977, se produjo la avizorada invasión a gran escala de Somalia a la República de Etiopía. Tropas suyas cruzaron la frontera entre ambos países, penetraron en la región del Ogaden y ocuparon más de tres mil kilómetros cuadrados del territorio. Al propio tiempo, los grupos contrarios al régimen etíope, alentados

por el ataque de las fuerzas interventoras extranjeras, incrementaron sus acciones.

Para finales de año su situación se tornó más difícil, dado el peligro que ya representaba el avance de las fuerzas enemigas. En esos momentos, el gobierno de Etiopía pidió apoyo militar al de Cuba, fue aprobado por su dirección política y de inmediato comenzaron a llegar las primeras unidades de combate al hermano país.

El contingente internacionalista cubano se integró por fuerzas terrestres y de aviación. La contraofensiva de las fuerzas etíopes e internacionalistas comenzó después del 20 de enero de 1978, y para los meses de abril y mayo se había recuperado el territorio ocupado por el ejército somalí; tras librar fuertes batallas en Harar, Haregua, Chinajasa, Jijiga y otros pueblos se asestó una aplastante derrota al agresor. Las arenas del Ogaden fueron anegadas con la sangre de los revolucionarios etíopes y cubanos, así quedó sellada la hermandad entre nuestros pueblos.

Después de pasar por Tanzania y Mozambique, llegamos a Angola. Era la primera visita del Comandante en Jefe a Agostinho Neto, y mediante un acuerdo suscrito, decidieron un plan para el retiro progresivo de nuestras tropas.

Ya al concluir el primer trimestre de 1977, aproximadamente un tercio de los 36 000 efectivos cubanos habían regresado a la patria. Luego ocurrió un acontecimiento inesperado: la primera guerra de Shaba detuvo la ejecución de dicho plan e, incluso, provocó el incremento de fuerzas cubanas allá. Más tarde, en mayo de 1978, se produjo la segunda guerra de Shaba. Pronto el régimen del apartheid, apoyado por el imperialismo norteamericano y utilizando como punta de lanza a las bandas contrarrevolucionarias de la UNITA, le impuso al pueblo angolano una prolongada guerra de desgaste no declarada por más de diez años.

Todavía de tránsito por Angola, me designaron para acompañar al comandante de la revolución Juan Almeida Bosque a los funerales del presidente de la República Popular del Congo Marea Nguabe, asesinado por un grupo de sediciosos que le disputaba el poder.

Tras esta última tarea en África, regresé a la patria y, desde mi estado de recuperación, mis jefes decidieron que me incorporara a un curso de idioma ruso, en el reparto Kholy, organizado por el

propio Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. El objetivo era prepararme en los rudimentos de esa lengua, pues a mediados de 1977 estaba previsto que partiera para la antigua Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas a estudiar en la Academia Voroshilov.

Moscú

En tal circunstancia conjugué la rehabilitación con los estudios de un idioma que logré dominar, al decir de los mismos rusos: —como el perro que todo lo entiende y nada habla. Lo de mi comprensión fue solo una jocosidad, pues llegué a hablar y escribir lo necesario como para concluir los estudios con buenos resultados. ¡Claro, mi esfuerzo fue serio! Implicaba continuar el tratamiento médico, vencer asignaturas de elevado nivel y manejar el ruso, sobre todo, durante el primer año que en casi todas las actividades que uno realiza resulta un período de adaptación. No fue cosa de juego.

Debo reconocer que me ayudó en grado sumo, además de la dedicación por entero al estudio, el hecho de que mi familia me acompañara: mi primera esposa y mis tres hijos mayores. Estos, con «mentes frescas», pronto dominaron con soltura el idioma y, gracias a ellos, recibí en varias ocasiones oportunos auxilios. También contribuyó a mi aprendizaje, en gran medida, la obligación de solucionar los requerimientos domésticos —alimentación, útiles para el hogar, etcétera—, esa gestión me exigía comunicarme con cierta fluidez para subsistir en tierra lejana, sin mayores contratiempos.

De aquellos años recuerdo con mucho cariño y respeto a los profesores soviéticos, a los compañeros de curso en Cuba y allá en Moscú, pues fuimos semejantes a los tres mosqueteros de Alejandro Dumas: «todos para uno y uno para todos». Vienen a mi mente nombres como Ulises Rosales del Toro, Ramón Pardo Guerra, Calixto Rodríguez Proenza, Tomás Benítez Martínez, Elio Ávila Trujillo, Víctor Schueg Colás, Néstor López Cuba, Carlos Negrín Rodríguez, Roberto Milián Vega, Armando Choy Martínez, Rodolfo Acosta, José Morfa González, entre otros.

Anécdotas de aquellos tiempos no faltaron y el protagonista no siempre fui yo, pues allí estaban también ellos, mis compañeros de

curso. Recuerdo que la primera conversación individual con el profesor de Filosofía fue sobre los problemas de la URSS en aquella etapa. A mí me correspondió ser el primero en exponer, pero aclaro que me había preparado muy bien. Como en Cuba se había celebrado ya el primer congreso de nuestro Partido, el profesor, con la intención de actualizar el tema, dirigió el dialogo en tal dirección. Y comenzó a hacer preguntas... y yo a decir barbaridades debido a mi insuficiente vocabulario ruso. No me dejó continuar, pero eso mismo le ocurrió a la mayoría de mis compañeros, al extremo que el pedagogo optó por concluir el interrogatorio y brindar una información al colectivo sobre el desarrollo del evento partidista realizado en La Habana.

Otro día, durante un seminario de Táctica, un compañero explicaba su decisión para la ofensiva, y por la misma barrera del idioma se vio en una situación tan difícil, que a una pregunta del profesor para conocer con cuáles fuerzas y medios apoyaba el golpe de la agrupación atacante, respondió en perfecto español: «En cuero, profesor, en cuero...».

Pero como el paso de un día tras otro es buen remedio para muchas cosas, según avanzó el curso mejoré en el dominio del idioma. Pasados seis meses todo el grupo hablaba el ruso como para entender y ser entendido con claridad. Esta victoria parcial se tradujo, al final, en buenos resultados académicos.

Fuera del recinto académico también nos ocurrieron cosas para reír y no precisamente por hablar más o menos el ruso. Nosotros disfrutábamos ver cómo los soviéticos, en medio de aquel feroz invierno, salían bien cobijados para los ríos y lagos helados; llegaban y abrían un hueco en el hielo para introducir su cordel y, sentados en una banqueta que trasladaban hasta el lugar, comenzaban su pesquería mientras iban animando el cuerpo con tragos de vodka.

El compañero López Cuba y yo, ambos aficionados a la pesca, nos unimos bien temprano un domingo con el objetivo de imitar a los colegas soviéticos. Nos preparamos como ellos; pero lo único que pescamos fue una buena borrachera y una angina que me mantuvo fuera de los estudios cerca de veinte días.

Así eran de insoportables las bajas temperaturas. A las aulas asistíamos abrigados con todo lo que teníamos y además con lo que nos prestaban; solo mostrábamos los ojos, y de igual forma iba vestido el profesor, el cual hablaba y hablaba y ni él se escuchaba.

Como yo alardeaba entre los de mi grupo de ser muy caluroso, me encomendaron un buen día la misión de atender la clase para después explicársela a ellos. Todavía están esperando por mi activismo, fue tanto el frío de ese día que me hundí hasta el cuello la enorme *shapka* de general ruso; por supuesto, no veía nada y mucho menos escuché.

Finalmente terminamos el curso, igual fueron buenos los resultados que todos los compañeros logramos alcanzar. La mitad de 1979 había transcurrido cuando regresamos a Cuba.

VI Cumbre

Una de mis primeras tareas acá fue acompañar al general Omar Torrijos, Presidente de la República de Panamá, durante las sesiones de la VI Cumbre de Países no Alineados, que se celebró ese año en La Habana. De este gran amigo de Fidel y de Cuba recuerdo la devoción por su patria y cuánto luchó por rescatar la soberanía del Canal para beneficio de su pueblo, que fue su supremo objetivo. Siempre se mostró amable, modesto, y era fácil apreciar la inteligencia natural que lo caracterizaba. Fue una magnífica experiencia haber trabajado con un militar de alta profesionalidad, que dialogaba de forma agradable y respondía sin dobleces sobre cualquier asunto. Recuerdo también la dirección del Comandante en Jefe en aquel acontecimiento, su poder de convencimiento, no solo como símbolo de la dignidad nacional.

Vietnam

Una vez concluidos el evento internacional y la tarea que se me había asignado, viajé a Vietnam al frente de una delegación, con el propósito de tomar experiencias en la organización de las formaciones de milicias y otras fuerzas populares de ese país e intercambiar con ellos las nuestras en materia de fortificaciones costeras, esferas

en la que Cuba, por su condición de archipiélago y por el poderío de su adversario permanente —el imperialismo yanqui—, había acumulado ya amplios conocimientos.

Cuando a la tierra vietnamita llegó la delegación, era aún reciente la derrota bochornosa infringida al imperialismo yanqui en tierra, mar y aire, por ese pueblo grande en combatividad, historia y gloria. Se hallaba en los días de la guerra en la frontera entre Vietnam y la República Popular China, lamentable hecho de armas en el cual las formaciones de milicias y tropas territoriales anamitas jugaron un papel principal en el rechazo de la invasión, particularmente en las montañas del norte y este del país.

Vietnam, al igual que China, se encuentra del otro lado del mundo con respecto a Cuba, como se decía en mis tiempos de niño allá por Camajuaní, por lo tanto, para llegar son necesarias unas cuantas horas en aviones modernos y veloces. Nuestro vuelo se realizó vía Frankfurt-Cayo Sal- Moscú-Bombay-Hanoi.

Antes de la partida y durante el viaje, los miembros de la delegación hablábamos de nuestra futura estancia en Vietnam, acerca de sus costumbres, hábitos de vida y de trabajo. Recuerdo que al hablar de su alimentación, comentábamos lo que se decía: «En Asia se come todo lo que se mueve, ya sea que camine, arrastre, navegue o vuele, y que no fuera vehículo, tren, barco o avión». De manera que muchos compañeros ya se veían frente a platos preparados con carne de perro, culebras, gatos e insectos, así como comiendo huevos y pescados en estado de descomposición. Fue tanta la preocupación que, cuando pasamos por Moscú, tuvimos la precaución de equiparnos con galletas, embutidos, sardinas y diferentes carnes enlatadas, previendo que algún compañero no comiera lo que se nos ofertara.

Así las cosas, a nuestra llegada se nos ofreció una comida de bienvenida por parte del jefe del Estado Mayor General del ejército vietnamita. Después del brindis se nos invitó a comer unas deliciosas frituras de arroz, que debían mojarse con aceite de pescado, el cual era el causante del mal olor que se extendía por toda la mesa. Primero decidí seguir cada paso que ejecutaba el anfitrión: tomé con el tenedor una fritura, la introduje en el recipiente y luego la llevé a la boca, ¡qué momento!, sin tener la idea siquiera de qué hacer. Finalmente me la tragué, lo mismo intentó hacer el resto de los compañeros, pero hubo quien la arrojó al piso, otros la dejaron caer sobre la propia mesa. Yo

seguí comiendo la fritura, lo único que pronto encontré una solución: hacía como si la introdujera en el aceite y no dejaba que hiciera contacto con el líquido.

Por aquel prejuicio, la mayoría de los cubanos ni probó la carne de búfalo, pensando que fuera de perro. Luego vino el momento de comer el huevo, como decíamos nosotros los cubanos, «clueco». De nuevo el anfitrión, con mucha cultura, cortó la parte superior del huevo y se lo empezó a tomar haciéndonos un gesto para que lo imitáramos. Ahí sí que no pude, y le dije al traductor que en Cuba eso era huevo descompuesto y no se comía. Él, con mucha disposición, me respondió: «No tenga pena. Si usted me autoriza, me como el suyo». Por supuesto, rápidamente acepté.

Al concluir la actividad, todos los cubanos se me acercaron para preguntarme cómo pude comer la fritura. Les aclaré que la primera, con gran esfuerzo, me la tragué; pero en lo adelante solo imité mojarlas en el aceite, que era donde estaba la fetidez. Todavía, al regreso, este tema afloró de nuevo en las conversaciones.

Uno de nuestros compañeros se enfermó del estómago desde ese momento y no pudo participar en las actividades, que por más de un mes realizamos, para conocer las particularidades de la Guerra de Todo el Pueblo, impuesta primero a los norteamericanos y en esos momentos a los chinos, mientras les brindábamos nuestras experiencias en las fortificaciones costeras y en otros lugares del país.

En Vietnam trabajamos en la parte norte, recorrimos en particular sus montañas en la frontera con la República Popular China, donde conocimos y aprendimos cómo vivían, trabajaban y combatían los hijos del pueblo de Ho Chi Minh. Comprobamos por qué derrotaban a todos sus invasores, incluyendo a la potencia más poderosa del mundo actual: a pesar de ser un pueblo pequeño y subdesarrollado practicaban la doctrina de la Guerra de Todo el Pueblo.

De allá trajimos excelentes enseñanzas que ayudaron a organizar y preparar las actuales Milicias de Tropas Territoriales y otras formaciones combativas, luego de ser adaptadas a las características del pueblo cubano, sus tradiciones de lucha y nuestro teatro de operaciones.

Muchas anécdotas pudiera contar de hechos que sucedieron durante el recorrido por ese país, principalmente por la zona del puerto de Haiphong y por Cao Bang, al norte.

La dirección de aquel territorio montañoso nos invitó a una cena en la capital de la provincia. Allí se habían liberado las principales acciones contra el ejército chino: intensos combates de los nacionales por mantener la elevación cerca de la frontera contra los chinos en su propósito de ocuparla. Otro tanto sucedió en otra elevación por donde penetraron las fuerzas chinas: un solo vietnamita con su ametralladora DP, desde varias posiciones preparadas de antemano, les causó setenta bajas a las fuerzas contrarias.

Todos los del grupo visitante cubano pensábamos que aquello sería un banquete, pues durante todo el recorrido, que había durado varios días, solo habíamos ingerido conservas, galletas y dulces, la mayoría de estos alimentos llevados por nosotros desde Moscú, ya que la comida que se nos ofrecía, de acuerdo con la situación de Vietnam y el estado de guerra, era arroz, viandas y vegetales de los lugares por donde andábamos, o sea, espárrago, papaya verde en ensalada, arroz y algo en conserva.

¡Qué desaliento primero y qué mal de estómago después!

Sobre la mesa estaban los mismos vegetales de todos los días, arroz y un pato ahumado que mostraba sangre por doquier. La mayoría no comió y los de más apetito nos pasamos toda la noche visitando el servicio sanitario.

Y qué decir de cuando me ofrecieron un cuarto de un dirigente local para pasar la noche. Después de tanta insistencia acepté, pues llevaba algunos días durmiendo en el monte sobre un colchón de guata en el suelo y cobijado con una pequeña lona. Ahora pensé que dormiría un poco más cómodo, aunque fuera por una noche. Mis compañeros me decían: «Jefe, ahora sí nos fastidió. Usted se quedará en un buen cuarto, con una buena cama y buen colchón y nosotros como siempre, en el suelo».

¡Qué nohecita! El cuarto era de madera, pero construido con tablas, suficiente para que penetrara el aire frío de aquellas montañas e hiciera temblar al más pinto. Más difícil se tornó la situación con la cama de cujes de madera rústica; mi colchoneta de guata se convirtió en nudos que me molestaban en todo el cuerpo. Soporté solo hasta la medianoche, fui a parar al suelo con mi colchón y lona, como había hecho todos los días.

Al amanecer ya estaba moviendo mis pies por las estrechas calles de la pequeña comunidad. Poco a poco se fue incorporando a la caminata el resto del grupo. Cada vez que uno llegaba me preguntaba cómo había pasado la noche. «Dejen que yo les cuente...», así los mantuve hasta más tarde. Al final del cuento, todos, al expresarse, fueron conformando más o menos esta conclusión: «Por eso Vietnam es tan grande en historia y valentía. Aquí dirigentes y pueblo es la misma cosa, lo que tienen lo comparten por igual; pero todos hasta el más alto dirigente y jefe militar tienen lo mismo que el soldado o el más humilde ciudadano de sus montañas. Así de grande es este pueblo, como así de grandes son sus hijos».

¡Y la mujer vietnamita! De ella no puede dejar de hablarse. Desde nuestra llegada, estuvieron presentes en todas las actividades que realizamos: administrativas, culturales y combativas. En el recibimiento que se nos brindó, estuvieron junto a los demás miembros del ejército, igual se hizo sentir la presencia de ellas en la comida de bienvenida que nos ofrecieron; nos acompañaron durante el recorrido por el país y también en la despedida. ¡Cómo demuestran cuán capaces son en el ejército!

Partimos de allá con un profundo respeto y admiración por todas aquellas compañeras que, empuñando el fusil, vimos junto a los hombres en el campo de batalla. La misma satisfacción sentimos cuando conocimos a las que, integrando la batería de artillería antiaérea, derribaron el primer avión yanqui en suelo anamita.

¡Cuánta habilidad, cohesión y disposición combativa en general! ¡Jóvenes de poca complexión física y baja estatura, emplazaban, desarmaban y preparaban para la marcha enormes cañones con similares proyectiles, lo cual era increíble hasta para quienes veíamos la manipulación de aquel material de guerra. No nos quedó duda: lo imposible se hace posible ante la combatividad de las mujeres vietnamitas, Vietnam es inconquistable para cualquier enemigo por poderoso que sea.

Igual son de atentos y cariñosos. Con mucha responsabilidad, fuimos atendidos por quienes nos acompañaban y cómo nos cuidaban cuando estábamos cerca del frente de combate y se sentía el fuego de algunas armas. Rápidamente nos sacaban de allí, como medida de protección. Por mucho que insistíamos en que no era

necesario, ellos se las arreglaban y nos sacaban del lugar. De allá regresamos con la misma convicción del Comandante en Jefe cuando dijo que: «por Vietnam estábamos dispuestos a dar nuestra propia sangre».

En aquellas noches frías en las montañas de la provincia de Cao Bang, en Vietnam, escribí estas décimas con las cuales deseo expresar mi admiración por ese pueblo:

I

Somos dos pueblos hermanos,
ya nos lo dijo Fidel,
tenemos la misma piel
vietnamitas y cubanos.
Vietnamitas y cubanos
luchamos por igual fin,
tocamos nuestro violín
en los mismos escenarios:
somos pueblos legendarios
de Fidel y de Ho Chi Minh.

II

Fundado por Ho Chi Minh,
el ejército anamita
viste de gloria infinita,
en ello no tiene fin.
El fusil como violín
toca con mucho deseo
y se escucha el tableteo
en combate y en batalla
poniendo al imperio en raya,
así es como yo lo veo.

III

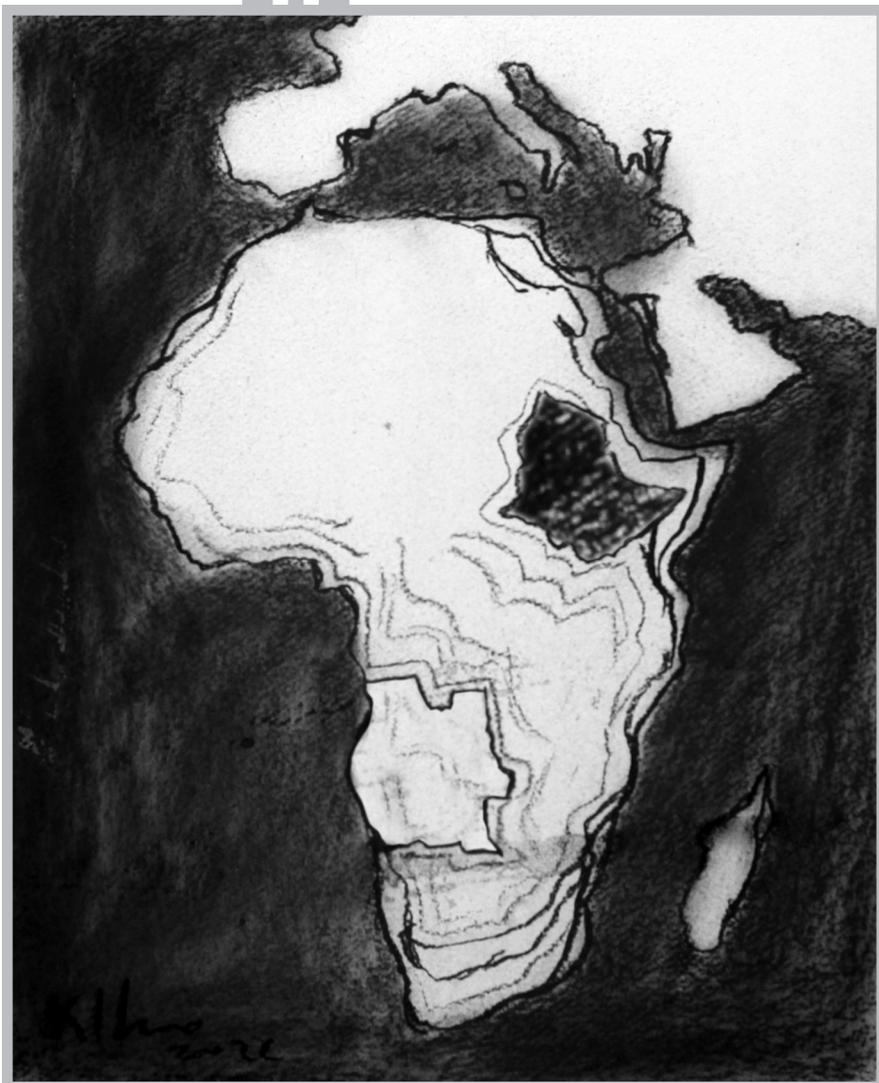
Vence al colono francés,
después al imperialismo,
pone al yanqui en el abismo
y se mantiene en sus pies.
Bien lo supimos después:
la lucha fue de gigante,
la victoria resonante
este ejército mantuvo,
no cabe dudas que tuvo
una victoria aplastante.

IV

Con el vecino gigante
ese ejército luchó
y la victoria alcanzó
de una manera elegante.
Es un pueblo muy constante
combatiendo y trabajando,
siempre lo vimos sudando
por lograr lo que persigue
y lo vimos como sigue
constantemente avanzando.

V

Hasta luego, vietnamitas,
sigan cosechando glorias,
celebrando las victorias,
son ellas muy exquisitas.
Feliz de aquellas visitas
que realicé con agrados
para mí son estimados
mis hermanos vietnamitas
con sus mujeres bonitas
y soldados admirados.



ETIOPÍA



En febrero de 1974 comenzó a producirse en Etiopía una serie de huelgas y manifestaciones populares que buscaban una salida a la terrible crisis económica, política y social de esa nación africana, una de las más pobres del mundo a pesar de los recursos con que contaba, como consecuencia de un terrible régimen semi feudal en el que la monarquía, casi absoluta, mantenía una fuerte explotación sobre las amplias masas populares. Esos hechos culminaron el 12 de septiembre con el derrocamiento del emperador Hailé Selassie, tras un golpe militar.

Se creó entonces, para dirigir el país, el denominado Consejo Administrativo Militar Provisional (CAMP), el cual comenzó a tomar una serie de medidas de beneficio popular, como la nacionalización de la tierra y su repartición a los campesinos, la reforma urbana, la nacionalización de las principales industrias del país, la alfabetización, la jornada laboral de ocho horas, el derecho a vacaciones remuneradas y la ampliación de la hasta entonces muy precaria salud pública, entre otros beneficios.

Esa radicalización de la revolución concitó el odio de la reacción internacional, especialmente del imperialismo yanqui, que encontró en Siad Barre la punta de lanza para atacar a Etiopía en su afán

de arrebatarle un pedazo de territorio para crear su sueño de la gran Somalia.

En julio de 1975, el gobierno cubano envió una delegación de buena voluntad a Etiopía, a fin de suscribir con el gobierno de ese país un documento para el establecimiento de las relaciones diplomáticas, las cuales se oficializaron el día 22 de ese propio mes.

El 20 de abril de 1976, se estableció el Programa de la Revolución Nacional Democrática Etíope, donde se definía la adopción del socialismo como ideología y vía para el desarrollo. El primer embajador cubano en Etiopía, José Pérez Novoa presentó sus cartas credenciales en la segunda quincena de agosto de 1976, y se abrieron las embajadas en Addis Abeba y La Habana. Los nexos oficiales quedaban establecidos.

En el mes de febrero de 1977, asumió el poder el teniente coronel Mengistu Hailé Mariam como presidente del CAMP, quien comenzó a tomar medidas más radicales para impulsar la aplicación del programa de la Revolución Democrática que se había proclamado.

El día 10 de ese mes, Mengistu se reunió con el embajador cubano Pérez Novoa para que este, antes las continuas amenazas de Somalia, le hiciera llegar al Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, una urgente solicitud de ayuda en armamento ligero para armar a las milicias y a todo el pueblo, que comenzaba a organizarse.

Entre los días 20 y 27 de ese propio mes (febrero), una delegación del Partido Comunista de Cuba realizó una visita a Etiopía y en el transcurso de las conversaciones las autoridades etíopes solicitaron al gobierno cubano ayuda militar para la preparación de sus fuerzas armadas. Cuba aceptó inmediatamente la solicitud de ayuda.

En el mes de marzo de 1977, nuestro Comandante en Jefe realizó un periplo por varios países de África, entre ellos Somalia y Etiopía. La visita a Etiopía se realizó entre el 14 y el 17 de marzo, durante la cual se estrecharon los lazos entre ambos gobiernos y pueblos y se tomaron acuerdos en varias esferas. En el plano militar se acordó establecer una Misión Militar Cubana en Etiopía (MMCE), la cual se constituyó oficialmente el 16 de abril de ese propio año. Ya para ese mes se encontraban en Etiopía los primeros especialistas militares cubanos.

Durante la visita a Somalia, Fidel intentó persuadir a Siad Barre de evitar una agresión a su vecino. Aparentemente Barre aceptó,

pero la historia pocos meses después se encargó de demostrar su falsedad. En aquellos momentos la URSS y Cuba prestaban colaboración militar al régimen de Somalia.

Como ya explicamos en páginas anteriores, el primer semestre de 1977 fue rico en acontecimientos para el proceso revolucionario de Etiopía, que cada vez se hacía más radical en beneficio de las grandes masas explotadas durante siglos. En las milicias se enrolaron cientos de miles de hombres y mujeres dispuestos a defender sus conquistas. En el plano internacional, el CAMP planteó una política exterior de amistad con todos los pueblos del mundo y de solidaridad con las causas justas.

Como ya explicamos en páginas anteriores, el 23 de julio de 1977 comenzó la agresión en gran escala de Somalia contra el territorio del Ogaden. El régimen de Siad Barre había logrado concentrar en la frontera una fuerte agrupación de tropas con unos 43 000 efectivos y que incluía las siguientes fuerzas y medios: 11 brigadas de infantería, 250 tanques, 340 carros blindados, 600 piezas de artillería, 3000 carros y 48 aviones de combate.

En ese mismo periodo, las tropas terrestres de Etiopía, desconcentradas en todo el territorio contaban con: 56 brigadas (242 batallones), 60 tanques con disposición técnica, 1004 piezas de artillería y morteros, 104 piezas de artillería antiaérea, 983 lanzacohetes antitanques y 463 piezas de artillería antitanque. La fuerza aérea contaba con 117 aviones de diferentes tipos, aunque con más del cincuenta por ciento de baja y 21 helicópteros. La correlación de fuerzas favorecía a Somalia en aspectos fundamentales, como los tanques y, además, la correlación particular en la frontera era cualitativamente superior a favor del ejército somalí, que ya estaba bien preparado por especialistas soviéticos y cubanos.

En los momentos iniciales las tropas somalíes avanzaron con un alto ritmo de ofensiva, pero la ocupación de la ciudad de Jijiga, importante nudo de caminos, solo fue lograda a costa de grandes pérdidas y luego de cincuenta días de combates. También lograron ocupar los pasos de la cordillera que se extiende al oeste de la ciudad en dirección a Harar. En total, lograron penetrar unos seiscientos kilómetros en el territorio de Etiopía, avanzando simultáneamente en cuatro direcciones.

A mediados de agosto de 1977, las fuerzas etíopes rechazaron, mediante violentos combates, el intento de los somalíes de tomar la ciudad de Dire Dawa, donde el enemigo sufrió cuantiosas bajas. La ciudad de Harar permanecía también en manos de los patriotas, aunque se encontraba rodeada desde tres direcciones por las tropas invasoras que intentaban el asalto final. Ante los continuos fracasos, el régimen de Siad Barre decidió reforzar las tropas atacantes, lo que creó una situación aún más difícil para los defensores de Harar. En esas nuevas condiciones, el gobierno etíope solicitó el envío de tropas cubanas.

El 25 de noviembre, el Buró Político del Comité Central del PCC, a propuesta de su primer secretario, decidió enviar un contingente de tropas. Por decisión del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, la operación militar de ayuda a Etiopía se denominó «Protesta de Baraguá», teniendo en cuenta que en marzo de 1978 se conmemoraría el centenario de ese glorioso hecho de la historia de Cuba.

Entre el 9 de diciembre 1977 y el 21 de enero de 1978, llegó a Etiopía por vía aérea el personal de tres batallones de tanques, tres grupos de obuses de 122 mm, dos grupos de artillería reactiva BM-21 y el estado mayor de las que serían tres brigadas de tanques. El armamento y demás material de guerra procedente de la URSS, se recibirían en Etiopía.

El 15 de diciembre el primer grupo de obuses 122 mm fue agregado a la segunda brigada del comando etíope, que valerosamente defendió el sur de Harar, con la decisión inquebrantable de impedir la toma de la ciudad. Los artilleros cubanos actuaron en el rechazo de seis intentos del enemigo por tomarla, hasta que fueron relevados el 21 de enero, por el tercer grupo de obuses de 122 mm y se concentraron al norte de Alem Maya, en la carretera de Harar a Dire Dawa. Estas fueron las primeras acciones combativas en las que participaron las tropas cubanas.

Entre el 5 y el 12 de enero de 1978, cuando aproximadamente el cincuenta por ciento de las tropas designadas habían llegado a Etiopía, el ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, general de ejército Raúl Castro Ruz realizó una visita a ese país, en la cual puntualizó las misiones del mando militar cubano y coordinó las acciones con los jefes etíopes y los especialistas soviéticos. El 8 de enero, el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz decidió reforzar el contingente militar cubano.

Al mismo tiempo, el enemigo reagrupaba sus fuerzas con el fin de asestar un golpe decisivo contra Harar. Para ello trasladaron la quinta brigada de infantería motorizada, que podía considerarse su brigada élite, y que había desempeñado un papel decisivo en la toma de Jijiga.

El día 22 a las 15:00 horas, los somalíes iniciaron la preparación artillera en la dirección de Fedis, que abarcó también algunos lugares cercanos. A las 15:30 horas, sus tropas pasaron a la ofensiva en las direcciones de Fedis y Kembolcha, tratando de cortar con golpes convergentes desde el norte y el sur, la carretera que une a Harar con Dire Dawa. Ese propio día cayó herido en una emboscada y fue hecho prisionero el teniente Orlando Cardoso Villavicencio, actualmente coronel de nuestras Fuerzas Armadas Revolucionarias y Héroe de la República de Cuba, quien habría de resistir firmemente un terrible cautiverio de diez años, siete meses y un día en las cárceles de Somalia. Para esa fecha una parte de las unidades de la tercera brigada cubana de tanques se había concentrado en la región de Alem Maya.

En tales circunstancias, se dio la orden al primer batallón de tanques de realizar la marcha hacia la dirección de Fedis y, conjuntamente con la segunda brigada de comando etíope, defender firmemente las posiciones ocupadas, al segundo batallón de tanques se le planteó la misión de realizar la marcha y ocupar la línea prevista en la dirección Aweday.

Simultáneamente se ordenó ocupar posiciones de fuego al primer grupo de obuses de 122 mm y al grupo de artillería BM-21, y apoyar con su fuego las acciones defensivas. El tercer grupo de obuses de 122 mm ya combatía, apoyando a la segunda brigada de comando etíope, en la dirección Fedis. El segundo grupo de obuses 122 mm apoyaba a las fuerzas etíopes, que realizaban una acción ofensiva en la dirección Hawale-Kembolcha.

Estas acciones combativas se desarrollaron entre el 22 y el 27 de enero de 1978, al sur y suroeste de Harar, y se les conocen como los combates de Fedis. La idea del mando etíope-cubano era realizar acciones que permitieran hacer retroceder o aniquilar una parte de la agrupación enemiga en esta dirección.

El 27 de enero culminó exitosamente el cerco y aniquilamiento de las fuerzas principales de Somalia al sur de Harar. Como resultado de estas acciones fueron prácticamente aniquiladas la quinta brigada de infantería motorizada, hasta dos brigadas de infantería

del tipo «B» y de dos a tres brigadas de los bandidos del Frente de Liberación de Somalia Occidental. El enemigo tuvo unas tres mil bajas, se le ocuparon cientos de prisioneros y perdió entre treinta y treinta y cinco tanques, doce baterías de artillería y morteros y unas seis u ocho baterías de artillería antiaérea, así como gran cantidad de municiones.

En estas acciones los internacionalistas cubanos derramaron, por primera vez, su sangre en defensa de sus hermanos etíopes. Siete cubanos murieron y nueve fueron heridos.

Inmediatamente después de terminados los combates en la defensa de Harar, el mando etíope-cubano planificó un golpe con las fuerzas principales de la tercera brigada de tanques, con apoyo de la artillería y la aviación, en la dirección noreste de Dire Dawa. Las acciones se libraron entre el 1º y 4 de febrero en Harewa, Milo y Gildesa.

A partir de aquellos momentos, la guerra contra el invasor somalí se caracterizó por la constante ofensiva de las tropas etíope-cubanas, que mantuvieron la iniciativa y no descansaron hasta arrojar al invasor al otro lado de la frontera.

Tan pronto terminaron las acciones combativas en Harewa, Milo y Gildesa, el mando etíope-cubano planificó asestar cinco golpes convergentes para aniquilar la agrupación enemiga, ubicada al norte y noreste de Harar. Entre el 5 y el 7 de febrero se realizó la planificación y organización de las acciones, que se cumplieron entre el 8 y el 9 de ese mes.

El 8 a las 06:00 horas, comenzó la ofensiva de nuestras tropas en las direcciones previstas, pero solo en una de ella, Amara-Terara-Anono-Mite, encontraron resistencia organizada, lo que indicaba que ya en aquellos momentos el enemigo había entrado en un proceso de desmoralización que se haría irreversible en el transcurso de las siguientes semanas.

Como consecuencia de la ofensiva de las tropas etíope-cubanas, el enemigo se retiró precipitadamente y abandonó gran cantidad de material de guerra. Los resultados de estas acciones alejaron definitivamente la presión somalí sobre las ciudades de Harar y Dire Dawa.

El mes de febrero de 1978 fue decisivo en el conflicto desatado por Somalia con su agresión a Etiopía. Es evidente que los agresores

no imaginaron la magnitud de la respuesta etíope ni la envergadura de la ayuda cubana para rechazar al invasor. Es justo decir que la solidaridad internacionalista con la revolución etíope se manifestó también en otros países, pues la Unión Soviética proporcionó el armamento y otros materiales de guerra y envió un grupo de especialistas militares. También combatieron valientemente, junto a los patriotas etíopes y los internacionalistas cubanos, los artilleros de un grupo de artillería reactivo yemenita.

El 24 de febrero, después de realizar una maniobra en las direcciones Biyebahí-Arabí y Anono-Mite-Kawdera, la agrupación principal de las fuerzas conjuntas etíope-cubanas, con el apoyo de fuego de la artillería cubana, en composición de un grupo de cañones de 130 mm y dos grupos de artillería reactiva BM-21, ocupó la localidad de Arabí. Simultáneamente, la 69ª brigada de infantería etíope, con el apoyo de fuego de la artillería cubana y marchando a pie, avanzó entre las montañas hacia las localidades de Lewenaji y Golocha y aseguró una base de partida favorable para el desarrollo ulterior de la ofensiva hacia Jijiga.

Los combates de Arabí, desarrollados entre el 20 y 24 de febrero, fueron arduos y encarnizados. El enemigo resistía a toda costa y su artillería golpeaba constantemente los órdenes combativos de nuestras tropas. Como consecuencia de estas acciones hubo quince muertos, un desaparecido y veintidós heridos cubanos. Por la parte etíope, alrededor de ciento cincuenta muertos y heridos.

La base de partida para el asalto a Jijiga fue ocupada por la agrupación principal de fuerzas conjuntas etíope-cubanas, el 28 de febrero. El primero de marzo, el enemigo que defendía a Jijiga después de un asalto de fuego de su artillería, realizó dos contrataques contra nuestras posiciones en Golocha. Estos fueron los últimos intentos de los somalíes para tratar de revertir el inexorable avance de nuestras tropas. Sus pérdidas fueron cuantiosas en personal, armamento y demás material de guerra.

Ese propio día, después de rechazar los ataques somalíes, las fuerzas de la 3ª y 10ª brigadas de tanques desarrollaron la ofensiva desde el noroeste hacia Jijiga. Esta maniobra sorprendió al enemigo, pues el avance de los tanques y la artillería de las tropas etíopes-cubanas por intrincados desfiladeros y el hecho de dejar a un lado el casi obligado paso de Marda, en unas condiciones climáticas complejas por la lluvia y el lodo de los caminos, sorprendió al

mando somalí, que no fue capaz de apreciar la posibilidad de esta audaz estratagema.

Finalmente, el 4 de marzo, en horas de la mañana y después de un asalto de fuego de la artillería de quince minutos, comenzó el ataque a Jijiga. Una vez iniciado el avance, el enemigo comenzó a retirarse, haciendo escasa resistencia por pequeños grupos en los accesos de la ciudad. Al siguiente día las tropas blindadas cubanas salieron al este de Jijiga y la 10ª división de infantería etíope ocupó la ciudad.

Posteriormente continuó la ofensiva, hasta que el 11 de marzo las fuerzas etíope-cubanas salieron al importante nudo de comunicaciones de Kebri Dehar, donde la artillería cubana hizo sus últimos disparos. Dos días después, los últimos soldados somalíes cruzaron la frontera. El Ogaden había quedado limpio de enemigos.

Hasta marzo de 1978 en una operación logística muy bien organizada y ejecutada, se transportaron hacia Etiopía unos doce mil efectivos, para lo cual se emplearon sesenta misiones de aviación y dos viajes de buques. La casi totalidad de estos efectivos estaban en el territorio de Etiopía para el 23 de marzo.

En total, durante la guerra y en los años que permaneció la misión militar cubana en Etiopía, ciento sesenta y tres combatientes cubanos cayeron cumpliendo su deber internacionalista y engrosaron la larga lista de los hijos de nuestro pueblo que han muerto en otras tierras del mundo, haciendo suya la sentencia martiana de que: «Patria es humanidad».

Después de concluir la guerra, la Misión Militar Cubana en Etiopía (MMCE) permaneció en el país hasta su retirada definitiva en septiembre de 1989. Durante todos estos años se mantuvo inalterable el principio de no inmiscuirse en el conflicto interno en Etiopía y de participar solamente en la lucha contra la invasión enemiga desde el exterior hasta su derrota total. Después de mayo de 1991, cuando Mengistu Hailé Mariam abandonó el país, las relaciones diplomáticas entre Cuba y Etiopía continuaron desarrollándose hasta nuestros días, sobre la base de la amistad y el respeto mutuo.

Queremos concluir haciendo referencia al discurso que nuestro Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz pronunciara el 15 de marzo

de 1978, en el centenario de la Protesta de Baraguá y en el mismo aniversario de aquel glorioso acto de nuestra historia. En un momento de su exposición, refiriéndose a la recién obtenida victoria militar en Etiopía, Fidel expresó: «Pero hay una flor especial, una corona, un homenaje a este centenario del general Antonio Maceo, y es el cumplimiento exitoso de la misión internacionalista de Cuba en Etiopía. Es como un gran homenaje que le rinden sus hijos al General Antonio». Más adelante expresó:

Esa es la Revolución, ese es el espíritu de nuestro pueblo, esa es la herencia de Maceo y de la Protesta de Baraguá. Ese es el espíritu de 1895, aquí presente en nuestro pueblo.

No hablamos de los héroes del pasado como simples turistas por la historia u observadores pasivos de la proeza de los demás. Este pueblo puede hablar de esos héroes porque tiene también muchos héroes presentes. ¡Puede hablar de sus héroes pasados porque es un pueblo de héroes presentes, que cumplen su deber sin alardes!

Esas palabras de nuestro máximo dirigente constituyen la mejor caracterización del espíritu con que los internacionalistas cubanos combatieron en Etiopía.

Jefes de la Misión Militar Cubana en Etiopía:

- General de división Arnaldo Ochoa Sánchez, de abril de 1977 a 1979.
- General de brigada Ramón Espinosa Martín, de diciembre de 1979 a 1981.
- General de brigada Gustavo Fleitas Ramírez, de diciembre de 1981 a 1984.
- General de brigada Miguel Lorente León, de febrero de 1984 a 1987.
- General de brigada Manuel Pérez Hernández, de septiembre de 1987 a 1989.

Volví a África

No fue hasta después de concluir los estudios en la Academia Voroshilo en 1979 que materialicé mi idea e interés de cumplir esa misión militar, en la que me mantuve hasta diciembre de 1981. Etiopía era uno de los Estados africanos más pobre del mundo y uno de los sistemas políticos más atrasados y reaccionarios. Allí incluso subsistió la esclavitud bajo el régimen anacrónico de Haile Selassie, y lucharon diversas fuerzas políticas, entre ellas las de los eritreos. Después vino el triunfo de la revolución etíope, que devino uno de los hechos más importantes en la historia de ese continente.

La esclavitud, el feudalismo e infinidad de injusticias sociales desaparecieron. Lo que ocurrió en Etiopía puede compararse con la Revolución francesa de 1789, cuando los campesinos pasaron de la condición de siervos a propietarios de la tierra. Quedó instaurado un gobierno revolucionario que por su obra social y proyección internacional se encontraba entre los más prestigiosos y progresistas de entonces en el tercer mundo.

A esa revolución Cuba le brindó su ayuda solidaria, cuando su territorio fue invadido cientos de kilómetros por tropas de la vecina Somalia. Durante el período 1980-1981 no fue necesario emplear nuestras fuerzas, pues no hubo acciones agresivas contra Etiopía que lo requirieran. La de más envergadura registrada fue cuando fuerzas del ejército somalí penetraron varios kilómetros en territorio etíope y cercaron la pequeña guarnición Wuabale Gerel, cerca de la frontera de ambas naciones, donde se libraron fuertes combates por el dominio de aquella posición.

Tras algunos días de acciones bélicas, el ejército somalí empezó a mover hacia esa dirección su séptima brigada de tanques, dislocada cerca de la frontera en la dirección Cúbale, al este de Somalia, para reforzar las fuerzas que cercaban el poblado de Wuabale Gerel. Atacar y tomar la posición era su pretensión.

Los etíopes, en tanto, maniobraban también con fuerzas para estabilizar la defensa y liberar el objetivo cercado. En tal circunstancia solicitaron ayuda al mando cubano, a fin de detener el movimiento de la brigada de tanques enemiga y permitir la llegada de los refuerzos y su introducción en combate.

Una vez analizada por la parte cubana la situación operativa que se había creado, decidimos hacer una demostración de fuerza con una brigada de tanques y otras tropas, en dirección a la frontera entre ambos países, por el trayecto más corto.

La brigada emplazada en Jijiga, región del Ogaden, al mando del hoy general de división de la reserva Manuel Pérez Hernández, realizó la maniobra en cooperación con unidades etíopes para simular el ataque de la frontera con Somalia en marcha forzada.

Toda la preparación y organización de la operación disuasiva se realizó bajo la idea de dejar escapar indicios de desenmascaramiento y de información, para que le llegara al ejército contrario. Al conocer el mando somalí de los preparativos y más tarde el movimiento hacia la frontera de los tanques cubanos, detuvieron el avance de su brigada, la regresaron a su base y pasaron a la defensa cerca de su frontera, para «prevenir» el posible ataque de las fuerzas cubano-etíopes.

Cuando se conoció la decisión tomada por el ejército enemigo, las tropas nuestras aminoraron su velocidad de movimiento y se desplegaron. Más tarde, y no lejos de la frontera, variaron la dirección hacia un flanco del territorio etíope y continuaron realizando la maniobra que habían concebido.

Funcionó el propósito perseguido por la demostración de fuerza: el ejército somalí retiró su unidad de tanques, de modo que Somalia no pudo reforzar sus tropas en Wuabale Gerel y las unidades del ejército etíope consiguieron rechazarlas y liberar a la población y a sus defensores.

Las tropas cubanas en Etiopía siempre tuvieron buen equipamiento, alta preparación y más alta aún su moral. Estas condiciones les daban en todo momento la posibilidad real de rechazar cualquier agresión enemiga a ese pueblo hermano. Nuestras fuerzas militares nunca intervinieron en los conflictos internos entre los distintos grupos que se disputaban el poder en Etiopía, pero tampoco fueron objetos de agresión de esos grupos y fuerzas.

Falso desaparecido

A mi llegada a Etiopía, en diciembre de 1979, supe de un soldado cubano desaparecido desde hacía varios meses. Pasado un tiempo, un nativo de unos catorce años, llamado Alberto —auto bautizado así para imitar al jefe cubano— se le acercó a su jefe y en buen español, que aprendió entre los cubanos, porque vivía en la brigada de artillería, le dijo que sabía dónde estaba el soldado.

El hombre se encontraba en un prostíbulo. La dueña le había acondicionado un lugar bajo el piso de tabla del cuarto de la casa y allí pasaba la mayor parte del día. Con el tiempo fue tomando confianza y solo iba al hueco durante el día, después ni iba. Más tarde, hasta frecuentaba el prostíbulo por las noches, al lado de la casa, quizás pensaba que ya se había relevado a todo el personal cubano que había ido con él a la misión.

Lo cierto fue que se montó una operación para capturar al desertor, mas tuvimos tremenda bronca con aquella etíope. Ella aseguraba que era su esposo, que le había costado mucho dinero mantenerlo y que ahora que la estaba ayudando a dirigir el negocio, se lo quitaban. El soldado fue enviado para Cuba y con ello terminó aquella locura. Con el tiempo lo agradeció.

En otra ocasión, a espaldas de su jefe, un soldado se unió a una norteamericana nacionalizada en Etiopía; ella tenía más de setenta años y residía en la ciudad de Dire Dawa. Él vivió con ella todo el tiempo libre que tuvo durante la misión, hasta la hora de partir. Cuando llegó ese momento, aquella mujer realizó múltiples gestiones y afirmaba que era su esposo y no se podían separar. Ante tal situación, fue localizado el soldado que ya estaba concentrado en el puerto de Asad, esperando el barco para partir hacia Cuba. La señora, al verlo, se le arrojó desesperadamente encima. Había que verle la cara al joven, mientras atropellaba las palabras y afirmaba: «Esta vieja está loca, yo no la conozco, llévense esta bruja de...». Ese muchacho, un jodedor criollo, disfrutó de los servicios de aquella norteamericana y de todas las comodidades que ella disponía por su posición económica. Finalmente regresó a Cuba, según el plan previsto.

¡Cómo llamaba la atención la cacería! En Etiopía son frecuentes los animales exóticos, ya sea en las zonas declaradas parques

nacionales como en otras regiones del país, y los cubanos, a pesar de las restricciones que existían, alguna que otra vez participaban en la caza. Por el hecho de tener tropas allá para defender al país de ataques exteriores, el personal se movía libremente y, cuando llegaban a los lugares protegidos se sentían seguros, pues con solo decir «Cuba bicha», que en amárico significa «cubanos solos», continuaban la marcha.

Pero la fórmula se filtró y llegó a ser del conocimiento de los demás extranjeros, diplomáticos o asesores de diferentes esferas radicados en el país. Entonces, todo cazador pasaba por cubano. «Cuba bicha» y continuaba la marcha, pagando justos por pecadores.

Cierto día que me encontraba en Jijiga, región del Ogaden, recibí la información del arribo al puerto de Asad en el noreste de Etiopía de barcos de procedencia soviética con alimentos para las tropas cubanas. Acompañado por los coroneles Armando Rojas, y los choferes José Vargas y Amado Landestoy, salí a gestionar la descarga y el traslado de la mercancía hacia Addis Abeba, la capital, y Harar, una ciudad más al este. Temprano en la mañana tomamos la carretera. Poco después comencé a observar delante de nuestro vehículo una fila de carros de diferentes tipos, y dije:

—Parece que el presidente Mengistu anda por aquí.

—Recuerde que le gusta andar con muchos carros delante y detrás para su protección —me apunto Rojas, que viajaba en el asiento detrás de nuestro carro.

Luego de recorrer unos kilómetros más, siempre en la cola de la nutrida columna automovilística, vi un avestruz en carrera cerca de la vía. Pensé en voz alta:

—¡Uhh...! ¡Casi estoy al irme de este país y no he matado un animal de esos!

—¡Écheselo, compay! —como un eco escuché la voz de Rojas.

Acto seguido tomé un fusil calibre 22 milímetros que siempre me acompañaba, junto al AKM, y disparé al animal que, herido, siguió su marcha. Entonces empuñé el AKM y volví a disparar.

Justo cuando me disponía a recoger el «trofeo», de los alrededores emergieron hombres de la seguridad etíope. El coronel Armando, al percatarse de la «situación comprometida», se adelantó e informó al que fungía de jefe etíope que el jefe cubano estaba probando el

arma. Aceptaron la improvisada explicación y nos comunicaron que por la zona se movían dirigentes del país, por lo cual se debía tener cuidado con el uso de armas de fuego.

Salimos de aquel incidente y continuamos la marcha. Cada vez más tediosa.

—¡Le ronca ir de aquí hasta Asad, detrás de esta caravana de ocho a diez carros! Tengo deseos de superarla.

—¡Échesela, jefecito! —Nuevamente se oyó el simpático tono estimulante de Rojas.

Acto seguido empezamos a dejar detrás carros de aquella lenta fila, pero me percaté, no lejos, de la presencia de otra hilera de autos escoltados por tres BTR tipo BRDM-2 y una ambulancia.

—¡Parece que es el presidente Mengistu! —dije quedo. Rojas, otra vez como eco:

—¡Recuerde que a ellos les gusta ese espectáculo!

—¿Entonces, adelante también esta caravana? —pregunté en soliloquio.

—¡Échesela!

Cuando culminábamos de sobrepasar la caravana, dos yipis se detuvieron y se apartaron de la carretera. De ellos bajó un grupo de personas y fuimos abordados por Tefaye Gebre Kidan, el ministro de Defensa etíope, quien rápido manifestó:

—Lo estábamos localizando. Desde ayer el Presidente lo espera, pues lo quería invitar para este recorrido.

—¿Y dónde está el Presidente?

—¡Mírelo ahí! —respondió el titular de Defensa.

En la cuneta estaba Mengistu. Me bajé del auto y fui a su encuentro. Él satisfecho dijo:

—¡Al fin llega usted! Lo esperaba para que se incorporara al recorrido que haré por la frontera de Djibuti, Asad y después por Asmara, la capital de Eritrea.

Acepté acompañarlo y aproveché la ocasión para señalarle a Mengistu que debía mejorar las medidas de seguridad personal, que eran demasiados carros y, además, me habían dejado pasar hasta donde él se encontraba. El mandatario escuchó y con tranquilidad me respondió:

—¡Usted conoce! En estos recorridos son muchos los intereses que atender y, en relación con la seguridad..., recuerde que son cubanos y en Etiopía tienen vía libre.

En conversación posterior, abordó el objetivo de su visita a Asad, Mengistu preciso:

—Me acompaña el ministro de Transporte, le daré la misión de transportar la mercancía.

Entonces, solo pensé: «¡qué fácil se resolvió la transportación de los alimentos!».

De este encuentro con el presidente Hailé Mariam, recuerdo que hablamos sobre la caza prohibida. Le habían informado que los cubanos la practicaban. Le planteé a propósito que ordenaría al personal cubano su cese y que controlaría tal medida. En un momento de la conversación, el Presidente me mostró una foto en la que aparecía un cubano posando con fusil en ristre y el avestruz muerto a sus pies. Tragué en seco: «ese no es cubano», aseguré y agregué raudo: «usted sabe que al último tonto no hay quien lo detenga», mientras pensaba para mí: «Menos mal que no llegué a recoger el avestruz. Sí me hubieran fotografiado, ¡tremenda pena pasaría ahora!».

En ocasiones como estas ocurren hechos de todo tipo. Este que ahora relato, aunque parezca insólito, fue cierto. Resulta que a la llegada de un relevo del personal cubano, un soldado negro, que llevaba dos años en ese país y que hablaba muy bien el amárico, vendió a uno de los recién arribados a Etiopía. El comprador fue una familia campesina, pagó cuarenta mil pesos etíopes. Este fue un acuerdo de esos soldados para ejecutar la estafa. El nuevo soldado, negro también, era un joven fuerte, que fingió ser mudo. El viejo soldado les explicó a los compradores que era su hermano, que no hablaba y que él debía marchar al norte y no tenía con quien dejarlo, por lo que prefería venderlo a quien le hiciera falta un hombre de trabajo. Y lo adornó con adjetivos como saludable y responsable. Se efectuó la venta con el compromiso entre los cubanos de que, cuando llegara la noche y todos estuvieran dormidos, regresarían a la unidad. Y así lo hicieron.

Pasados unos días la seguridad etíope se presentó ante el mando cubano, acompañada por el comprador nativo para denunciar el hecho. Rápidamente la tropa fue formada e identificados

los estafadores. El dinero fue devuelto al campesino y se adoptaron las medidas disciplinarias correspondientes con los dos cubanos.

Actos como estos fueron muy aislados ante una movilización tan masiva y totalmente voluntaria, realmente nuestras relaciones con el pueblo y sus principales dirigentes políticos y militares fueron buenas, aprecié su respeto y admiración, e igual les sucedió a los demás cubanos, cuidé siempre no inmiscuirme en los asuntos internos de ese país, de ninguna índole, incluida la militar.

Las tropas cubanas se mantuvieron todo el tiempo con el más alto grado de disposición combativa, prestas a entrar en acción si el país era agredido desde el exterior, de acuerdo con el convenio firmado por las dos partes. Nuestra colaboración no fue solo militar: numerosos médicos y técnicos civiles también le ofrecieron al pueblo etíope su esfuerzo generoso. Y nos mantuvimos allí mientras existió el peligro de otra posible agresión. Una vez desaparecida la razón que nos había llevado a la hermana tierra africana, volvimos a Cuba igual que de Angola: solo con nuestros muertos y una eterna amistad entre los dos pueblos.



EN LA REGIÓN ORIENTAL DE MI PAÍS



El Ejército Oriental se halla donde Cuba inició las gestas del 68 y del 95 del siglo XIX y la última de liberación nacional, en el siglo XX, o lo que es lo mismo decir, en el territorio cuna de nuestras guerras emancipadoras. Allí están sus agrupaciones regulares, milicias de tropas territoriales y todo un pueblo organizado en formaciones combativas especiales y brigadas de producción y defensas. Allí es donde viven los hombres y mujeres de las provincias de Guantánamo, Santiago de Cuba, Granma, Holguín, Las Tunas y Camagüey, cuyas tierras, bravas por sus raíces históricas, la defienden como lo hicieron Carlos Manuel de Céspedes, Ignacio Agramonte, José Martí, Máximo Gómez, Antonio Maceo, Calixto García, y Vicente García; son las mismas tierras que vieron nacer y batallar incansablemente a Fidel y a Raúl, que vibraron ante el asalto a los cuarteles Guillermon Moncada de Santiago de Cuba y Carlos Manuel de Céspedes de Bayamo, son las mismas tierras que un amanecer acogieron los expedicionarios del yate Granma y por las que anduvieron con el fusil al hombro o listo para disparar Juan Almeida, Camilo Cienfuegos, Ernesto Guevara, Ramiro Valdés y Guillermo García.

Arribé a este ejército creado el 21 de abril de 1961 en enero de 1982. Sobre mí llevaba un enorme compromiso, por lo

que este cuerpo militar entraña para nuestra Revolución. Hoy, transcurridos más de treinta años en este mando, me siento hijo de sus tierras. Aunque ya me creía oriental desde antes, porque había tenido el privilegio de contar con muchos subordinados y jefes de esta indómita región en el cumplimiento de mis deberes en Cuba y en las misiones internacionalistas; por lo tanto, me considero ciudadano de dos provincias: villaclareño, porque ya saben que allí nací, y oriental, por lo que ha significado mi estancia por allá.

Cuando de pelota se trata, todo me resulta más fácil, pues mi equipo es Cuba. Generalmente los aficionados al deporte nacional simpatizamos con uno u otro equipo durante la serie; para ese momento yo tengo siete: los cinco de las provincias orientales, el de Camagüey y Villa Clara, y ¡nada!, estoy con el que vaya delante.

Haber estado más de cuatro décadas entre orientales y camagüeyanos, ha aportado a mi vida militar y personal experiencias importantes: es el privilegio de haber convivido con un pueblo muy abnegado, laborioso y sacrificado, cualidades comprobadas en circunstancias difíciles.

Al ejercer el mando, trato de combinar la exigencia del jefe con la condición principal de político de la unidad. El ministro de las FAR general de ejército Raúl Castro siempre exige que el jefe sea el principal político. En la toma de decisiones, aunque existe responsabilidad personal, no están exentos la consulta, el intercambio de criterio e ideas, para lograr más objetividad. Con esa premisa trato de cumplir: dar órdenes implica también hablar con la gente sin importar jerarquía, oír inquietudes, criterios, opiniones, tratar de convencer, apelar a los sentimientos de los hombres.

Entonces se me ocurre pensar que tengo a mi alrededor un equipo de alto rendimiento con muchas formas para definirlo, pero me parece que lo más acertado es hacerlo a través del resumen de ocho atributos que debe poseer cada uno de sus integrantes: liderazgo participativo, responsabilidad compartida, comunidad de propósito, buena comunicación, mirada puesta en el futuro, concentración en la tarea, talento creativo y respuesta rápida.

Si a estos atributos se les agregan los aspectos de cómo debe trabajar un estado mayor, con cohesión e intercambio oportuno de

información, entre otros requerimientos, no hay dudas que en el Ejército Oriental se logró formar y educar a un equipo de primer nivel, en el que militaron hombres como Romárico Sotomayor, Álvaro López Miera, Miguel Abud Soto, Nivaldo Cause, Ernesto López Cuba, José Solar Hernández, Manuel Pérez Hernández, Alfredo Igarza Duany, Orgelino Pérez Peñas, Carlos de los Cueto Blanco, Ramón Fidalgo Castellanos, Israel Cervantes Tablada, Iluminado Oro Ricardo, y tantos otros que mencionarlos haría interminable el testimonio.

De ahí que valore el vínculo del ejército con la población desde los primeros años de la Revolución, en el contenido de lo expresado por el comandante Camilo Cienfuegos, cuando afirmó: «El Ejército Rebelde es el pueblo uniformado». Y sus palabras se hacen cada día más firmes con la doctrina Guerra de Todo el Pueblo.

Las tropas regulares de este ejército se nutren de jóvenes de ciudades y campos. Los reservistas que completan las unidades de cuadros provienen del pueblo. Las milicias de tropas territoriales, las brigadas de producción y defensa y formaciones especiales son parte de ese pueblo. Los más jóvenes se organizan en milicias estudiantiles y círculos de interés militar. Por tal motivo, la palabra vínculo se podría sustituir por fusión de ejército y pueblo, escudo protector de la Revolución: por eso somos tan fuertes.

Velar constantemente porque estas tierras sean libres e independientes, es obligación de todos. Estoy seguro de que si durante la lucha de liberación hubiera vivido en Oriente, mi sierra hubiera sido la Maestra o me habría alzado en el Segundo Frente Oriental y claro que me hubiera gustado haber combatido a las órdenes directas del Comandante en Jefe, del General de Ejército o del comandante de la Revolución Juan Almeida, jefes insignes de nuestra gesta emancipadora. Hoy, a más de sesenta años, no siento nostalgia, es solo una reflexión porque yo tuve una sierra: la mía fue el Escambray. Allí ofrecí mi aporte.

Incorporación

El 4 de enero 1982 me presenté en el Ejército Oriental, cuya sede en aquel entonces era la ciudad de Santiago de Cuba. Allí me recibió y presentó al estado mayor de este mando el general de brigada Elio Ávila Trujillo, jefe del propio estado mayor, al no estar presente el general de división Julio Casas Regueiro, quien para la fecha se encontraba al frente de las tropas de la Defensa Antiaérea y Fuerza Aérea (Daafar), que era su nuevo cargo. El también general de división Rogelio Acevedo González, primer sustituto (segundo jefe), al frente del Ejército había salido para la fecha a cumplir misión en Angola.²²

Ese mismo día, después de conocer a los principales jefes de unidades del ejército que se habían reunido para dicha actividad, comenzamos a elaborar el plan de recepción y entrega del cargo de primer sustituto al frente del mando oriental, pues yo había sido designado como tal.

El plan de recepción tenía una duración de treinta días, y contemplaba recibir una información general del Ejército a cargo de su jefe de estado mayor, al igual que de cada una de las especialidades de la jefatura y del estado mayor.

Recuerdo compañeros como el general de brigada Nivaldo Cause, jefe de Logística, combatiente del Ejército Rebelde, gran conocedor de los aseguramientos técnicos y materiales de las FAR, al coronel Miguel Abud Soto, jefe de Artillería, viejo y conocedor artillero, al coronel Carlos de los Cueto Blanco, jefe de operaciones y experimentado especialista, con el cual trabajamos juntos en la década del sesenta en la dirección de Operaciones del MINFAR, que dirigía el comandante Antonio Enrique Lussón Batles. Mediante estos tres compañeros quiero recordar y reconocer al grupo de buenos y experimentados especialistas, con los que mantuvimos en alto los resultados del mando oriental en aquellos tiempos.

También merecen mi respeto los no menos abnegados jefes de las tropas, como Víctor Schueg Colás, Jefe del Cuerpo de Ejército Norte de Holguín; Néstor López Cuba, Jefe de la histórica División 50 de los Mangos de Baraguá; Harold Ferrer, Jefe de la División de Santiago de Cuba UM 2717 y que simultaneaba el cargo de jefe de

²² Revista *El Oficial*, número 7 de 1990, pág. 84.

división con el de jefe del grupo llamado Plan Acero, con el fin de acelerar e impulsar la preparación del Teatro de Operaciones Militares (TOM) y José Solar Hernández, Jefe a la sazón de la División de Guantánamo (UM-2545).

No dejaré de mencionar entre aquellos jefes al legendario Orgelino Pérez Peña, jefe por aquel entonces de la mil veces heroica Brigada de la Frontera, compuesta por hombres que desde el triunfo de la Revolución cumplen su sagrado deber de cuidar con valor, abnegación, paciencia, estoicismo y combatividad la integridad de la patria socialista a noventa milímetros del principal enemigo de Cuba: el imperialismo norteamericano.

Vaya el reconocimiento a todos los jefes de grandes unidades, unidades y pequeñas unidades, junto a los que aquí menciono como ejemplo de su importancia en los resultados de este mando, que en aquellos tiempos se ganó el sobrenombre que con orgullo lleva de Señor Ejército, con el cual el compañero general de ejército Raúl Castro Ruz lo bautizó; y a todos los jefes, especialistas que antes, después y ahora hacen posible que nuestro Ejército estuvo, está y estará listo para defender como se merece la patria revolucionaria y socialista.

El plan de recepción comprendió recorridos por todas las pequeñas, medianas y grandes unidades de todos los tipos de fuerzas armadas y armas, así como visitar las direcciones principales donde estas cumplen sus misiones en tiempos de guerra.

Otro aspecto de sumo interés que se incluyó en el plan, fue el recorrido por toda la base material de estudio, mayor y menor, con el objetivo de conocer su situación y las necesidades para entrar de inmediato a su desarrollo, como paso fundamental para seguir mejorando tan importante tarea, pues debido a las misiones internacionalistas, en primer lugar en Angola y Etiopía, unidades completas de las FAR salían a misión, como la gran unidad de Baraguá; por esto se detuvo el desarrollo de la base material de estudio y todo lo relacionado con ella, o sea, mantenimiento, reparación, adaptación, modernización, etcétera. El plan incluía el encuentro con los primeros secretarios del PCC y presidentes del Gobierno de las provincias orientales y de Camagüey.

En fin, el plan contemplaba la entrega del cargo por el Ministro de las FAR, lo cual se ejecutó el 23 de febrero de 1982, pues se extendía el plazo de entrega hasta cuarenta y nueve días, que se emplearon en seguir conociendo más del mando y su territorio.

Ese día, como estaba previsto, se ejecutó en el teatro del PCC en Santiago de Cuba la actividad de recepción del cargo, dirigida por el compañero Ministro de las FAR y con la participación de los especialistas y jefes principales del Ejército, así como de los secretarios del PCC de las provincias de Guantánamo, Santiago de Cuba, Granma, Holguín, Las Tunas, Camagüey y Ciego de Ávila; esta última posteriormente pasó al Ejército Central.

La actividad comenzó con el parte al Ministro a su entrada al teatro, y una vez ocupados los puestos por la presidencia, se escucharon las notas de nuestro Himno Nacional, seguidamente se dio lectura a un extracto del acta general del cambio de mando, se procedió a dar el parte del que entrega y después del que recibe, y el Ministro ordenó firmar las actas, primero nosotros y después él. Las conclusiones fueron realizadas por el General de Ejército.

En lo adelante el Ejército, al igual que todo el pueblo, desarrolló un conjunto de tareas y actividades con el objetivo de continuar elevando la capacidad defensiva del territorio, empleando el concepto de defensa del país expresado por el Comandante en Jefe, pues la defensa del país no es un fenómeno exclusivamente militar, es ante todo un conjunto de medidas de carácter político y económico encaminadas a crear las condiciones necesarias para enfrentar todos los peligros y obtener la victoria. La defensa no solo se desarrolla para enfrentar una agresión, sino también para evitarla, y no se prueba solo en la guerra, sino en la paz. O sea, se desarrolla la defensa para la guerra, pero también para prevenir la guerra, para evitarla, para defender la paz, para defender la sangre y la vida de nuestros ciudadanos.

Sin defensa no puede haber patria, sin defensa no puede haber independencia, sin defensa no puede haber libertad, sin defensa no puede haber dignidad, sin defensa no puede haber revolución; y la defensa es algo que no se puede confiar jamás a otros, la defensa es algo que un pueblo solo puede confiar a sí mismo. [...] La defensa de la Revolución no está en los cuarteles, ¡la defensa de la Revolución está en el pueblo!²³

²³ Palabras pronunciadas por el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz en el acto de conmemoración por el XXXII aniversario del desembarco del Granma y la proclamación de la ciudad de La Habana «Lista para la defensa» el 5 de diciembre de 1988.

La concepción estratégica de Fidel: Guerra de Todo el Pueblo, resume las experiencias históricas de nuestro pueblo a lo largo de más de cien años de lucha, como solución de masas a los problemas de la defensa militar del país, lo que representó en el momento de su surgimiento (década del ochenta del pasado siglo), la necesidad de que en caso de una agresión militar a gran escala, cada ciudadano, cada patriota, tenga un lugar, un medio y una forma para enfrentar al agresor con el material de guerra, la incorporación y la preparación de todas las fuerzas de la sociedad para el cumplimiento de sus deberes en tiempo de guerra.

Como pilar fundamental, nuestra doctrina de lucha está basada en la máxima del Comandante en Jefe: mientras exista en el pueblo un soldado revolucionario y un fusil, ninguna causa estará pérdida. Esta concepción garantiza, a su vez, librar la guerra popular como única forma de compensar las desventajas en el orden técnico y material respecto al enemigo.

La nueva doctrina militar representa un cambio radical en los procedimientos para la realización de las acciones combativas y para el empleo de las tropas. La Guerra de Todo el Pueblo expresa la unidad política de nuestro pueblo y su determinación de vivir con su Revolución o perecer en el empeño por defenderla; evidencia la confianza del pueblo en sus propias fuerzas y refrenda el postulado de Fidel de que mientras exista un revolucionario, un patriota, un hombre o mujer dignos, la lucha no habrá terminado y será posible la victoria. Por todo ello, el cumplimiento de estas tareas se realiza en estrecha coordinación de trabajo con los Consejos de Defensa Provinciales, que conforman el territorio donde se disloca nuestro Ejército.

En este aspecto señalamos que, a partir del año 1980, se comenzó a realizar en el Ejército un trabajo dirigido a lograr la preparación adecuada del Teatro de Operaciones Militares, elevar el cumplimiento de las tropas con recursos movilizados y el planteamiento de misiones integrales a las provincias de los intereses necesarios para la defensa del territorio.

Estas primeras ideas surgieron y fueron aprobadas por el mando superior para su realización, bajo la denominación convencional de Plan Acero durante los años 1981 y 1982. Cumplimos en lo fundamental su realización y se lograron los objetivos planteados.

Ya en diciembre de 1982 realizamos la Maniobra Táctico-Bilateral Divisionaria Ciento Treinta Aniversario del Natalicio de José Martí, que sirvió para comprobar el nivel alcanzado en el trabajo cohesionado y operativo de los jefes y órganos de mando en medio de una operación compleja, así como la disposición y capacidad combativas de las unidades participantes.

Con la realización del ejercicio estratégico Bastión 83 pasamos a una nueva etapa en la preparación del territorio para la defensa, dentro de la cual se destacan la creación de las zonas de defensa, de los consejos de defensa y del Consejo Militar del Ejército.

En el marco de estas tareas, nuestro mando dio el apoyo constante a los consejos de defensa provinciales en las diversas misiones enfrentadas, así como en impartir diferentes cursillos a los cuadros dirigentes del Partido de los municipios y provincias y a los consejos de defensa de las zonas. De igual forma se ayudó a la preparación y realización de los ejercicios que se cumplen tanto en las zonas de defensa como en el sistema de defensa provincial.

Destacamos el papel jugado por nuestras grandes unidades y unidades, las cuales mantienen un estrecho vínculo de trabajo con los compañeros de las provincias y municipios en el cumplimiento de las tareas y en los días de la defensa.

Dentro del marco de la elevación de la capacidad defensiva del territorio, se desarrollaron la Maniobra XXXV Aniversario del Moncada y el Cursillo de Dirigentes del Minfar, en el que participó el grupo de estudio del Ministro de las FAR, con el objetivo de aplicar la concepción de Guerra de Todo el Pueblo con todos los factores, y en la Dirección Estratégica Oriental, la cual fue calificada de sobresaliente.

Jugó un papel fundamental la creación de las Milicias de Tropas Territoriales (MTT), con las cuales, conjuntamente con la zona de defensa, se materializan los principios de esta concepción, donde no debía quedar un rincón desguarnecido y que cada cubano tuviese un medio, un lugar y una forma de combatir al enemigo, para lo cual ha desarrollado la formación y preparación de las unidades y pequeñas unidades y la preparación de miles de cuadros de mando de diferentes niveles.

Enfatizamos en el trabajo desarrollado por nuestros cuadros de mando en la preparación y realización del IV y V Cursillos de Preparación para la Defensa de los principales dirigentes del Partido y

del Gobierno, los cuales se desarrollaron de acuerdo a las exigencias de la década de 1980 y por su temática sirven para elevar el nivel de preparación de los compañeros participantes.

En el cumplimiento de las diferentes tareas que hemos mencionado se desarrollaron nuestros principios para librar la guerra contra el enemigo, bajo los conceptos de la Guerra de Todo el Pueblo, y en la cual nuestro Ejército tiene un papel destacado para su cumplimiento, bajo la dirección de nuestros Partido y Gobierno.

En el marco de los preparativos para el Tercer Congreso del PCC, las Fuerzas Armadas Revolucionarias realizaron un conjunto de actividades, y a nuestro mando se le asignó la tarea de preparar una maniobra demostrativa en una provincia para perfeccionar su sistema defensivo.

Así se realizó en agosto de 1985 la maniobra táctico-demonstrativa Tercer Congreso del PCC, con la participación del Estado Mayor Provincial y Municipal de Camagüey, pequeñas unidades de las MTT, escuela de las MTT, pequeñas unidades de Prevención, de Desembarco y Asalto, con la participación activa de las zonas de defensa, formaciones combativas, una gran unidad de tanques y las fuerzas y medios de la Daafar (aviación y helicópteros).

Esta actividad fue presidida por el Ministro de las FAR, dirigentes de las FAR y el Minint, demostró la capacidad defensiva de esta provincia para el rechazo del Golpe Aéreo Masivo Sorpresivo (GAMS) y el aniquilamiento de la invasión sorpresiva del enemigo, con lo que se demostró el papel de las tropas regulares de las FAR como escudo protector del despliegue movilizador de la provincia, las cuales en cooperación con las fuerzas participantes fueron capaces de aniquilar al enemigo invasor.

La preparación y realización de la maniobra nos permitió a la dirección de la misma, y a los participantes, profundizar en los conceptos de la Guerra de Todo el Pueblo, destacando la entusiasta participación de nuestro pueblo, así como de los oficiales, sargentos, soldados y trabajadores civiles, que de una u otra forma participaron e hicieron posible la realización de esta maniobra, la cual fue calificada por el Segundo Secretario del Comité Central del PCC y Ministro de las FAR, general de ejército Raúl Castro Ruz, como una excelente maniobra.

Como parte de la preparación de nuestro país para la defensa, realizamos ejercicios demostrativos en el territorio montañoso de

las provincias de Holguín, Santiago de Cuba y Guantánamo, donde se asentara el II Frente Oriental Frank País durante la guerra de liberación, ejemplo de ellos son:

1. Ejercicios demostrativos que se llevaron a cabo en agosto de 1984 en zonas de defensas en las provincias de Santiago de Cuba y Guantánamo, presididos por el Ministro de las FAR, altos jefes del Minfar y dirigentes del Partido. Durante estos entrenamientos se incluyeron aspectos teóricos-prácticos en cuanto a las acciones de resistencia, desgaste y victoria sobre el agresor. Las MTT demostraron su nivel de preparación, capaces de cumplir cualquier misión asignada en caso de guerra.
2. Ejercicio Táctico-Operativo en el Frente de Montaña Frank País, para jefes y estados mayores, con vista a entrenar al Consejo de Defensa, durante la realización de las acciones para el paso de tiempo de paz a tiempo de guerra, elevar la preparación de sus órganos de trabajo en el cumplimiento de las actividades de la lucha contra el enemigo.
3. Ejercicio Táctico-Operativo en el Frente de Montaña José Martí, en saludo al XXX aniversario del desembarco del Granma, para perfeccionar la defensa territorial, el despliegue del frente de montaña como base de apoyo operativo-estratégico, y para lograr más habilidades y cohesión en el cumplimiento de sus deberes funcionales durante el paso de las acciones combatives desde tiempo de paz a tiempo de guerra.
4. Por último, en esta década se realizó el Ejercicio Operativo-Estratégico Moncada 1/87, con la participación de varias grandes, medianas y pequeñas unidades de las tropas regulares, las Milicias de Tropas Territoriales (MTT), las Brigadas de Producción y Defensa (BPD) y otras formaciones combatives especiales.

La jefatura del Ejército Oriental, en estrecha relación de trabajo con los consejos de defensa provinciales de Holguín, Santiago de Cuba y Guantánamo, nos trazamos como objetivo fundamental para el ejercicio preparar el Teatro de Operaciones Militares en las zonas montañosas y al mismo tiempo perfeccionar los sistemas de dirección y las acciones de las tropas de las MTT y las BPD, en cooperación con pequeñas unidades de tropas regulares, para el aniqui-

lamiento del enemigo que ocupe temporalmente parte de nuestro territorio, y trate de librar acciones contra los macizos montañosos, para culminar la ocupación y pacificación de nuestro territorio.

Durante la realización de ese ejercicio quedó demostrada la justeza de la concepción de la Guerra de Todo el Pueblo y, además, que la preparación dada al territorio como Teatro de Operaciones Militares y la preparación de nuestras unidades regulares y de las MTT, así como de las BPD, convirtieron a los macizos montañosos en bastiones inexpugnables de nuestra Revolución, los cuales permiten garantizar la continuidad de la lucha de los cien años, si esta fuera necesaria, hasta lograr expulsar al enemigo que ose invadir a nuestra Patria.

Se destacaron los estados mayores provinciales de Holguín, Santiago de Cuba y Guantánamo, así como todos los municipios montañosos. Realmente la participación del pueblo fue y es determinante. Para tener una idea de su envergadura, participaron más de un cuarto de millón de hombres y mujeres de nuestro pueblo que abnegadamente se prepararon e hicieron posible el desarrollo exitoso de este ejercicio.

Además se alcanzaron resultados significativos en la preparación de nuestros estados mayores, en las materias de táctica, tiro, conducción, la preparación física y el deporte de nuestras tropas, y con una participación masiva de nuestros combatientes nos ganamos la bandera del mejor mando. No dejamos pasar por alto el tesonero trabajo en la BME de nuestros jefes, del estado mayor y de las tropas en general.

Durante los años de instrucción, las grandes unidades, unidades y pequeñas unidades de nuestro Ejército, han obtenido logros significativos en la preparación operativa, combativa y política, lo cual redundo en la elevación de la capacidad combativa de nuestro mando, unido a la preparación de las zonas, municipios y provincias.

Ello aseguró que las tareas para la defensa del territorio asignado al Ejército eran y son factibles cumplirlas y garantizan la estabilidad de la Revolución socialista y las conquistas de nuestro pueblo trabajador, aplicando la concepción de la Guerra de Todo el Pueblo. Finalmente, en el acto de clausura usó de la palabra el Ministro de las FAR.

Por la Directiva No. 38 del Ministro de las FAR, emitida el 11 de febrero del 1982, se fundó el Distrito Naval Oriental, su primer jefe fue el capitán de navío Ramón Ferra Salazar. A partir de 1987 cambió su estructura de Base Naval Oriental (BNO), adoptando el número público de UM 2731, subordinada al Ejército.

El 10 de octubre del 1982, la 420 división de las MTT de Holguín recibió la Bandera de Combate en la Plaza de la Revolución Calixto García, en acto efectuado por el ciento catorce aniversario del inicio de las luchas por la independencia. El acto estuvo presidido por los miembros suplentes del Buró Político Miguel Cano Blanco y el general de división Senén Casas Regueiro, que fue quien hizo entrega de la bandera.

Por órdenes del Ministro de las FAR se trasladó la jefatura, el EM, Unidades Especiales y de Aseguramiento del Cuerpo Ejército de Holguín para Santiago de Cuba, y se denominó a partir de ese momento Cuerpo Ejército Sur, el jefe del mismo fue el general de brigada Víctor Schueg Colás.

Dentro de las nuevas estructuras adoptadas, la UM 3710 pasó a subordinarse en composición completa al Ejército Oriental, por orden del Ministro de las FAR en diciembre de 1982.

Posteriormente, el 27 de noviembre de 1984 se fundó por orden del jefe del Estado Mayor General, el Centro de Automatización y Dirección del Ejército (CADEO), conformado por dos departamentos, uno de diseño y programación y el otro de explotación de tareas, con ello se marcó el inicio del uso de las computadoras y nuevas tecnologías en el Ejército, al mando, su primer jefe el primer teniente Ángel Pino Hernández, en estos momentos coronel en activo de las FAR.

A lo largo de todos estos años de trabajo, de la mano de la preparación y disposición combativas, también iba la labor política ideológica, pues se realizó todo un proceso político que culminó con la realización de las conferencias del PCC, que como se ha dicho más de una vez, constituyen momentos de análisis y reflexión de los jefes, organismos políticos y de la militancia, ejemplo de ellas son:

- La VII Conferencia del PCC en el Ejército Oriental se realizó el 28 de junio de 1983. Fue el momento propicio para que los

participantes analizaran las tareas emanadas del II Congreso del Partido, relacionado con el tema de producción y la defensa

- Con la VIII Conferencia del PCC, que se realizó el 17 de septiembre de 1985, concluyó el proceso previo al III Congreso del Partido, se analizó el fortalecimiento de la militancia así como el cumplimiento efectivo de los planes de ahorro.
- Se efectúa la IX Conferencia del PCC el 6 de septiembre de 1987. Uno de los acuerdos tomados fue desarrollar intercambios de experiencias tanto entre unidades e instituciones del mando, como con otros mandos.
- La X Conferencia del PCC, se efectuó el 30 de enero de 1991, a la que asistió el Ministro de las FAR y calificó al mando como el Señor Ejército.
- La XI Conferencia del PCC se realiza el 18 de septiembre del 2002, a la que asistió el Ministro de las FAR. Primera realizada en el siglo XXI.
- La XII Conferencia del PCC se celebra el 5 de diciembre del 2005, en la cual se analizó el funcionamiento de la organización partidista, así como la preparación política y combativa de los integrantes de las filas del Partido.

El Ejército, al igual que todo el país, desarrolló un arduo trabajo de innovación y racionalización, por ello durante la III Conferencia y Exposición de Racionalización e Invención del Ejército se presentaron ciento siete trabajos de sesenta autores, con unas ciento cuarenta y siete proposiciones y ciento dos de recuperaciones.

Alrededor de este movimiento se desarrolló en la Escuela de Artillería de las FAR en La Habana el primer Fórum de Comunicaciones y Computación, el 8 de julio de 1988, en el que participaron más de setenta delegados de todo el país y estuvo presente una representación del Ejército.

Relevante también fue el acto realizado el 15 de julio de 1984, en el cual, por acuerdo del Buró Nacional de la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC), se entregó la bandera de la organización al Ejército, siendo el primer organismo político de las FAR en recibir tan alta distinción de manos de Carlos Lage Dávila, primer secretario de la UJC.

En la medida que pasaron mis primeros años en el Ejército continuaron adoptándose nuevas medidas; así, por la directiva No.14 del Ministro de las FAR, se crearon los Estados Mayores Provinciales (EMP), y quedaron subordinados a ellos la Defensa Civil, el Comité Militar Provincial y las unidades de las MTT, entre otras.

Las unidades militares 1640 y 1390 de Holguín y Camagüey, respectivamente, adoptaron una nueva estructura, convirtiéndose en brigadas de tanques.

También por esta fecha se desarrolló en las FAR el movimiento de Listos para la Defensa, con el objetivo de alcanzar una mejor preparación, organización y protección en defensa de la patria socialista. Así llegó el momento en que se aprobó y entregó por el Ministro de la FAR la bandera de Listos para la Defensa en la primera etapa al municipio Palma Soriano. Ese día de la defensa, la ciudad cabecera fue la primera en declararse Protegida.

Posteriormente la recibieron las provincias de Granma, Las Tunas, Holguín, Camagüey, la Brigada de la Frontera, y a la provincia de Santiago de Cuba se le entregó la Bandera de Lista para la Defensa en la Primera Etapa, de manos del general de ejército Raúl Castro Ruz.

Para declarar el Mando Oriental Listo para la Defensa en la Primera Etapa, lo visitó una comisión nacional presidida por el Primer Sustituto del Ministro de las FAR, jefe del EMG, general de división Ulises Rosales del Toro, y se controló lo siguiente:

- 6 provincias.
- 18 municipios.
- 48 zonas de defensa.
- 1089 empresas, instituciones, entidades y objetivos económicos.
- 23 unidades y pequeñas unidades de las MTT.
- 19 formaciones especiales.
- 96 brigadas de producción y defensas (BPD).
- Todas las grandes unidades.
- 1638 actividades prácticas, entre ellas ocho ejercicios tácticos.
- 125 ejercicios de tiro y conducción.

— Entrevistas a 9 600 ciudadanos.

— 21 comprobaciones sorpresivas a la disposición combativa.

Los resultados fueron satisfactorios y por ello en acto celebrado en la Plaza de la Revolución Mayor General Ignacio Agramonte de Camagüey, el 26 de julio de 1989, el Comandante en Jefe hizo entrega de la bandera de Listos para la Defensa al mando oriental.

El municipio de Caimanera, de la provincia de Guantánamo, fue el primero en declararse Listo para la Defensa en la segunda etapa en el territorio del Ejército, el 8 de junio 1988; le siguió Colombia, en la provincia de Las Tunas, el 13 de febrero de 1989.

También la Escuela Interarmas General José Maceo fue la primera de su tipo en alcanzar la condición de Listos para la Defensa en la primera etapa.

Las provincias de Camagüey y Las Tunas fueron escenarios del quinto cursillo de los principales dirigentes del Partido y del Estado, en él se estudiaron las acciones de las MTT y los principales aspectos relacionados con las formaciones especiales BPD, y se realizó un Día de la Defensa en el municipio de Colombia.

En cumplimiento de la orden de refuerzo dada por el Comandante en Jefe, en noviembre de 1987, partieron en composición completa para la República Popular de Angola, la UM 1090 y el grupo de obús-122 mm de la UM 1640. Y en diciembre de 1987 comenzó el perfeccionamiento empresarial en las FAR.

De los estudios realizados se continuaron los cambios de la nueva estructura para la defensa del país. Por Orden del Ministro de las FAR, el 4 de enero de 1989 se desactivaron el Cuerpo de Ejército Sur y todas sus unidades de aseguramiento. El 20 de julio de 1987 dejó de salir el periódico *Combatiente* y salió el primer número del periódico *Bastión*.

Como digna respuesta al llamado del Ministro de las FAR, en esta década los combatientes orientales cumplieron con el plan de repoblación forestal. Se desarrolló también el Movimiento de Unidades Modelos y se logró que todas las instalaciones hospitalarias del Ejército ostentaran tan alta condición.

En marzo de 1989 se alcanzó por quinta vez consecutiva la bandera de Mando Campeón en el deporte y se otorgó por primera vez el galardón de cumplidoras del deporte a las UM 1390 y 2034. El

periódico *Bastión* lo publicó el 24 de ese mismo mes. En la reunión resumen del proceso de rectificación de errores en las FAR en el trienio 1986-1988, se declararon como Mandos más Destacados el Ejército Oriental y la unidad militar 1640.

Esta década estuvo signada por las constantes amenazas y prepotencia del gobierno de los Estados Unidos en su afán por derrotar a la Revolución Cubana mediante diferentes formas, para tratar de amedrentar a nuestro pueblo. En los años 1983 y 1989 se desató la epidemia del dengue hemorrágico, sabotaje de que fue víctima nuestra población, causando la muerte de niños, mujeres y ancianos. Allí donde fue necesario, los combatientes del Ejército dieron su apoyo ante la situación creada.

Y de este pueblo heroico, valiente, humano por sobre todas las cosas, que nutre nuestras filas, muchas anécdotas simpáticas podrían contarse, como la de Eleuterio. Esto sucedió en Guáimaro, luego de haber concluido un día de trabajo en el que preparábamos una maniobra en las regiones de Camagüey y Las Tunas, pues tenían que alistar algunos detalles. Cuatro compañeros nos pidieron permiso para ir delante, pues tenían que solucionar detalles para la reunión del día siguiente. Pero, en realidad, su destino fue otro: irse a la casa de un familiar de uno de ellos. Dadas las características de esos hombres y la psicología que te da la vida tanto tiempo en el cargo, imaginé que tenían algo entre manos, no obstante, fueron autorizados.

Más tarde salí en la misma dirección, me detuve en el poblado de Guáimaro y busqué la casa de un familiar de uno de aquellos hombres. ¡Cuál no sería la sorpresa cuando se abrió la puerta!

«¡Le zumba la berenjena!». Solo pudo pronunciar esta frase popular aquel soldado tan noble que no corrió y se quedó asumiendo la responsabilidad de la indisciplina cometida. Los demás corrieron despavoridos por las ventanas como ráfagas.

—Jefe, ¿cómo dio con nosotros? ¿Qué le hizo suponer que estábamos aquí?

—La vida, Eleuterio, la vida —le respondí.

Seguimos viaje. Él y sus tres compañeros quedaron conscientes de que su proceder había sido incorrecto.

En otra oportunidad concluimos el trabajo en una gran unidad en la zona de Mayarí Abajo y, con la misma intención del caso de

Camagüey, se nos acercaron algunos compañeros: querían autorización para adelantarse, porque tenían cosas que atender en el Estado Mayor del Ejército. Fueron autorizados.

A la hora prevista partimos hacia Holguín. En la ciudad realizamos un pequeño recorrido y... ¡vaya casualidad!: nos encontramos con el carro en que andaban los autorizados. Estaba parqueado frente a un edificio de dos plantas. Los abnegados compañeros se encontraban en el apartamento de un amigo, compartiendo con la familia y tomándose unos tragos.

¡Qué estampida aquella!, cuando uno, desde el balcón, gritó: «¡El jefe del Ejército!». Algunos se tiraron por el balcón mientras nosotros subíamos por la escalera. No era horario laboral, pero como ellos enmascararon la actividad con asuntos de trabajo, fuimos a su encuentro. Supieron que habían cometido una falta grave: mintieron y eso es una indisciplina.

En el Ejército era costumbre informar a las unidades la visita del jefe, se hizo un hábito, y así las unidades tomaban medidas para la ocasión; entre ellas se les ordenaba a las postas que cuando vieran acercarse al jefe del Ejército se abriera la puerta, y todos en posición de firme, le dieran paso.

Transcurría el tiempo y en cada visita la misma ceremonia, hasta que un día, no sé ni por qué razón, vino de visita el jefe; después de haber pasado la posta regresó y preguntó:

—¿Por qué usted me deja pasar sin preguntar quién soy?

—Porque lo conozco, respondió el centinela.

—Y, ¿quién soy?

—El jefe del Ejército —precisó el soldado.

—Y, ¿cómo me llamo?

—¡Patricio Lumumba!

¡Tembló el cañaveral! Esto sucedió en los días en que se conmemoraba un aniversario del asesinato del líder africano y en Cuba se había recordado al héroe y se había condenado, una vez más, el criminal hecho por todos los medios de difusión; ahora, ante el nerviosismo del hombre, vino a su mente Lumumba y sin pensarlo dos veces, lo soltó.

Anécdotas... Tengo infinidades para contar. Esta ocurrió mientras preparábamos un ejercicio en la Sierra Maestra, como era habitual en aquellos tiempos. Planteábamos misiones por las noches y en la mañana salíamos a recorrer las lomas para ver cómo marchaban los trabajos y dar las indicaciones pertinentes en el terreno; por lo general, desayunábamos temprano, antes de salir, y hacíamos una sola comida al regresar.

En una ocasión decidí que me acompañaran los oficiales José Solar Hernández, Israel Cervantes Tablada, Ramón Fidalgo Castellanos e Ismael Menas Miranda, especialistas en trabajo político, tanques y transporte, ingeniería y logística, respectivamente. Llegamos al primer punto del recorrido, por donde suponíamos que debíamos regresar y, en el preciso momento en que estaba conversando con el jefe del lugar, escuché en el cubículo contiguo a los más comilones hablando con el cocinero para que les guardara almuerzo para el regreso.

Proseguimos la marcha, visitamos diferentes puntos en preparación del terreno y los episodios tácticos previstos. Pasado el mediodía, cerca del lugar donde los hambrientos habían mandado a reservar el almuerzo, encontramos un fresco manantial y frondosas matas de guayabas en cosecha, detuve la marcha y les dije a todos que bajaran a almorzar.

Me encaminé hacia las matas, el chofer comenzó a tumbar guayabas, mientras el resto se lavaba las manos y la cara. Pronto se inició un almuerzo con las frutas frescas, pero los que habían mandado a guardar su almuerzo ni se inmutaron con el banquete natural que tenían delante.

Una vez satisfecha la mayoría de los presentes, les pregunté a los pícaros oficiales:

—¿No quieren comer nada?

—No —respondieron a secas.

—Pues pasaran mucha hambre y sed, ya que los escuché cuando dijeron en el primer punto que les guardaran comida para el regreso y no vamos a llegar, porque estamos atrasados. Por poco tumban las matas de guayabas. Ellos conocían que lo dicho se cumplía.

Ante tantas actividades que asumíamos diariamente, suscitan hechos que, al final o cuando se recuerdan al cabo del tiempo, uno tiene que sonreír, como lo que me sucedió al preparar una visita.

En cierta ocasión un alto jefe militar visitó el Ejército y, por el plan que teníamos, recorreríamos varias unidades del mando. Para asegurar que todo saliera bien, enviamos a un oficial delante con indicaciones de cómo actuar en cada caso y lugar. El oficial llegó a una de las unidades, entrenó al jefe del punto de control de pases y a su posta sobre cómo proceder a nuestra llegada. En la información dada se le había dicho que aquel jefe vendría en el asiento delantero al lado del chofer y el jefe del Ejército en el asiento de atrás, además de a quién debía dar el parte y en qué forma, entre otras orientaciones.

Antes de llegar a la unidad decidimos bajarnos del carro y continuar la marcha a pie. El asombro invadió a aquellos hombres cuando nos vieron acercarnos al punto de control de pase, pues les rompimos el esquema preparado y la turbación fue tremenda.

Los dos compañeros que nos recibieron en atención saludaron militarmente, pero no articulaban palabra alguna. Al rato, el visitante le extendió la mano y le preguntó:

—¿Cómo está?

El centinela le estrecho la mano, lo abrazó y le dijo:

—Estoy bien, General, ¿Y su familia cómo está?

—Bien, gracias —le respondió.

Continuamos muertos de risas, aunque por dentro yo quería que me tragara la tierra y de paso matar al oficial que había mandado delante.

En otra oportunidad en que me encontraba realizando un recorrido por unidades del Ejército, al llegar al punto de control de pase de una unidad, salió el centinela y me dijo:

—Compañero, usted no puede pasar.

Pensé que no me conocía, entonces le pregunté:

—¿Usted sabe quién soy?

—Sí, usted es el general Ramón Espinosa Martín, jefe del Ejército Oriental; pero no puede pasar —insistió.

—¿Y por qué? —le pregunté sin salir de un gran asombro.

—Porque mi jefe así lo ordenó —respondió el hombre, consciente de que cumplía con su deber.

Y nada, lo sucedido fue que el jefe de la unidad preparó la visita e incorrectamente le dio la orden a los compañeros del punto

de control de pase de que por ahí no podía pasar nadie. Por supuesto, el jefe fue corregido.

Recorriamos el territorio de la cordillera Nipe-Sagua-Baracoa para preparar la tarea técnica de lo que sería la llamada vía Mulata en su nueva versión. Entramos por Pinalito en el municipio de Julio Antonio Mella y salimos por la desembocadura del río Toa, cerca de la ciudad primada de Cuba. Como siempre, en el carro llevábamos agua y café, el almuerzo y frutas silvestres que aparecían por el camino.

Me acompañaban los coroneles Ramón Fidalgo Castellano, Israel Cervantes Tablada e Ismael Mena Miranda y el compañero Roger Guerra Díaz de la agrupación de viales del Ejército. Estos compañeros buscaban dónde almorzar y proponían lugares, pero yo no aceptaba ninguno, así transcurrió todo el día hasta arribar a la zona de Bernardo, aproximadamente a las 19:00 horas, donde el general Francisco González, *Comandante Pancho*, trabajaba en la formación de una empresa forestal de montaña, hoy conocida como Desembarco del Duaba. Pancho y su esposa, Glenis Rodríguez, *Panchita*, se dispusieron a compartir con nosotros lo que habían preparado para nuestro almuerzo. No demoramos en aceptarlo.

Nos sentamos a una mesa improvisada con un plato de harina, frijoles, malanga, plátano de frutas y un cuarto de pollo criollo. Uno de los compañeros, rapidísimo, se lo comió todo, menos la harina, y el tiempo que le sobró lo dedicó a mirar con insistencia mi ración proteica. Yo, que solo comía harina con frijoles, lo incité:

—¡Cómete la harina!, que hay que comer de todo y no mires más mi pollo. Por mi presión se la comió. —Después me volví hacia él:

—¡Ahora cómete mi pollo!

—¡Ya no me cabe! —respondió.

Había que enseñarles a comer de todo, eso es importante para el hombre cuya vocación se define en la vida militar, yo diría que para todos, porque uno nunca sabe... Esa enseñanza la recordaba de mis padres. Claro, en un hogar humilde donde a la hora de almuerzo y comida no había opciones, se llevaba a la boca lo que mamá pusiera en el plato. Quizás este hecho ocurrido casi al empezar la noche fue la causa de que más tarde, cuando mi cuerpo ya se disponía a descansar, escribiera entre mis sueños.

I

Mi padre, guataqueador,
siempre fue honesto y sincero,
y por eso en el sendero
lo vi derramar sudor.
Más tarde desmochador
para traer alimento,
aquel núcleo soñoliento
en los palmares lo vi,
y también yo lo sentí
derramar pudor al viento.

II

Te recuerdo con cariño,
con amor y lealtad,
y te recuerdo en verdad
como cuando yo era un niño.
Me decías el lampiño
por mi blanca palidez,
me enseñaste la honradez,
me exigiste que estudiara,
si pedías que ayudara
sabías de mi niñez.

Estos versos se los dedique esa noche a él, ya hacía más de una década que vivía del ejemplo que supo transmitirnos. Pero mamá, mi Eustoquia cariñosa y estoica, también merecía los suyos. Ella aún vivía y ahí estaba para decírselo. «Mi madre» los titulé:

I

Mi madre, con su dulzura,
en años enamorada,
fue la estampa presentada
de la nobleza más pura.
Sus años la hicieron dura
al criar a cada niño,
en su desvelo de armiño
en que siempre la vi igual,
con su gesto maternal
nos ofrecía cariño.

II

Llegue a mi madre cubana
mi beso puro y sincero,
y el recuerdo verdadero
que profeso en la mañana.
Mi décima soberana
te llegue con alegría,
con placer, oh madre mía,
hoy cargo mucho pudor,
aún no he vencido el dolor,
¡te recuerdo cada día!

«Mañana será otro día..., para nada diferente», acomodé mi cuerpo y me dispuse a dormir. La vida en el Ejército continuaba y la preparación para la defensa no solo era práctica sino que, con frecuencia, realizábamos también ejercicios o clases instructivo-metodológicas, como en la ocasión en que los compañeros del mando nos trasladamos a La Habana. Fue en 1985. Una parte de la clase consistía en un juego militar en el que debíamos utilizar mapas. Se partía de una situación dada y cada jefe de ejército tomaba la decisión correspondiente para informársela al Ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

A nuestro mando le correspondió trabajar en los locales del estado mayor de la Marina de Guerra Revolucionaria, que en ese momento se hallaba en la Avenida del Puerto. El primer día recibimos la tarea y, como de costumbre, trabajé con un grupo de jefes de armas y secciones para esclarecer la misión y apreciar la situación.

Terminada esa primera parte, se prepararon las disposiciones previas para las tropas y me informaron las proposiciones, y simultáneamente el jefe de operaciones iba elaborando el mapa con la decisión. Después de más de veinte horas, bajo nuestra supervisión directa, concluyó el trabajo. Carlos de los Cueto Blanco y su pequeño grupo de operaciones creían haber interpretado adecuadamente nuestra idea y haberla plasmado de forma correcta sobre el mapa.

Cerca de las 04:00, el jefe del Estado Mayor les planteó a los hombres que iba a hablar conmigo para que me acostara un rato y descansara y así estaría en mejores condiciones para informar al amanecer. Algunos que ya llevaban varios años trabajando en el Estado Mayor, le contestaron que si me acostaba dos o tres horas

cuando me levantara iba a estar fresco como una lechuga y con ideas nuevas y no iba a dar tiempo de llevarlas al mapa. El otro ripostó: «No debe existir ninguna preocupación, el mapa quedó muy bien y no hay que cambiar nada».

Lo cierto fue que dormí. Alrededor de las 06:30 me levanté como si lo hubiera hecho durante toda la noche. Estaba fresco y, como habían expresado mis compañeros, con ideas nuevas. Nos reunimos y les transmití qué indicaciones se podían agregar y cuáles datos merecían más precisión. Sin duda la decisión quedaba mejor.

—¿Qué ustedes creen? —pregunté.

—La idea es buena y se puede llevar a cabo —afirmaron todos, unos con palabras, otros con gesto de aprobación.

Rápido el Estado Mayor plasmó las ideas sobre el mapa, con tiempo suficiente para que quedara preparado y listo para el momento de informar. A la hora prevista, mostraron a través de su exposición un nivel de preparación que los calificó como equipo altamente eficiente.

Otro día nos hallábamos en el polígono de Lesca en la provincia de Camagüey, donde se realizaban, como norma, las maniobras de grandes agrupaciones de tropas generales. La preparación requería de un largo periodo, a veces hasta tres o cuatro meses permanecíamos en ese lugar, cumpliendo con el acondicionamiento ingeniero del terreno que incluye construcción de caminos, fortificaciones, tribunas con sus respectivos puestos de observación, preparación de las imitaciones y otras tareas según la envergadura de la maniobra. Casi siempre, uno o dos meses antes, llegaban las tropas a sus áreas de concentración y comenzaba la instrucción.

El Estado Mayor del Ejército, con sus cuadros principales, siempre llegaba antes que las tropas y era el último en marcharse. En un lugar del polígono conocido por La Punta se encontraba un complejo de barracas y de pequeñas casas en las que hacíamos vida de campamento, mientras durara la preparación y realización de la maniobra.

Nos encontrábamos en la década de los ochenta, a mí me encantaba estar en el polígono, igual les sucedía a otros compañeros, como Fidalgo y Cervantes, porque allí practicábamos muchas de las cuestiones que solo habíamos desarrollado teóricamente. Fidalgo, por ejemplo, podía dirigir la construcción de fortificaciones de

campana o permanentes, de caminos y enmascaramiento y otras propias del aseguramiento ingeniero.

Del estado mayor del Ejército me llevaba para el polígono, además de a Fidalgo y a Cervantes, al coronel Rigoberto Rivero Rodríguez, ya fallecido, a De los Cueto, Abud y algún otro especialista. En ocasiones nos pasábamos tiempo sin salir del lugar, pues había que controlar la marcha del proceso de preparación de las tropas y del acondicionamiento del terreno.

Un domingo indicamos que no se podía salir, pues había que controlar todas las actividades previstas para ese día, que estaríamos todo el tiempo en el terreno. Por la mañana fuimos a comprobar unas prácticas y después de almuerzo algunos compañeros, sin consultar, no regresaron al trabajo, decidieron descansar en el campamento de La Punta, pensando que yo me había ido para Holguín.

Cada uno se puso a hacer algo: De los Cueto y Abud a leer, Fidalgo a ver televisión, Rivero a pasarle cepillo a las botas, y a Cervantes se le ocurrió desarmar su reloj de pulsera; de pronto alguien dijo:

—¡Por ahí viene el jefe del Ejército!

Y se formó el corre-corre: Fidalgo se escondió dentro de un escaparate, De los Cueto se fue al patio, Rivero se metió debajo de la cama, Abud se perdió y Cervantes con las piezas de su reloj en la mano salió corriendo para otra casa.

Cuando llegué, me paré en la sala y dije:

—¡Salgan que yo sé que están todos aquí!

Solo el silencio me respondió, por mucho que insistí nadie salió. Con la misma, le dije a José Vargas Benítez, mi chofer:

—Busca a ver dónde se metieron y llévalos a mi oficina.

El chofer salió de la casa sin verlos y, como es lógico, detrás salieron ellos a esconderse. Cervantes todavía está buscando las piezas de su reloj. Después de ese día, ni los domingos por la tarde volvimos a la casa.

En muchas ocasiones he estado en Mayarí Arriba, cerca de ese pueblo se encuentra la zona de Mícará. Toda esa región que pertenece al macizo montañoso Nipe-Sagua-Baracoa se caracteriza por su belleza. La vegetación, frondosa y tupida, parece un pequeño

valle intramontano con grandes bosques y siembras de café en sus alrededores. Prácticamente todo en ese lugar ha sido construido después de la Revolución: escuelas, caminos, carreteras, comercios, centros recreativos y de trabajo.

Por 1986, un grupo de compañeros, encabezado por el coronel Ramón Fidalgo, especialista principal de ingeniería militar del Ejército, estuvo viviendo en Mícará durante varios meses de trabajo, establecieron allí su campamento y el puesto de mando, con el objetivo de dirigir la construcción de las obras de fortificaciones y de caminos, que, como parte del acondicionamiento ingeniero del terreno, se había planificado para ese año.

Con Fidalgo se fueron los principales oficiales que ejecutarían los trabajos, entre ellos iban el coronel Gabriel Bada Arnedo y los ingenieros, mayores Alexis Ortiz Cruz y Ramiro Domínguez Pérez, el capitán Jorge Hernández Torres y el teniente Rigoberto Quintana Velázquez.

Se acondicionó una pequeña vivienda como campamento y, para atender la improvisada instalación, se contrató a una compañera de la zona. Todos los días, bien temprano, salían a las obras y regresaban ya de noche. Hacían el chequeo de lo realizado y puntualizaban las tareas del próximo día. Después de comida veían el noticiero de la televisión, y quizás algún programa, si el agotamiento se los permitía.

Una noche vieron una película que les llamó a todos la atención. La trama era sobre un hombre que, sometido a un experimento, se fue empequeñeciendo hasta que lo pusieron a vivir en una casa de muñecas. Su vida se convirtió en una pesadilla, pues los gatos, otros animales e insectos lo perseguían, al final, todo fue paz y felicidad, porque el hombre recuperó su tamaño normal. Pero lo lindo ocurrió cuando se dio la voz: ¡de pie! Resulta que una vez por semana se recogía la ropa sucia y se dejaba la que se traía puesta sobre las sillas, al pie de cada cama.

Algunos que habían soñado con el diminuto hombre de la película y otros que la tenían fresca en su memoria, se horrorizaron cuando comenzaron a vestirse: a unos les quedaban el pantalón y la camisa grandes, a otros no les servían; se creyeron dentro de la trama de la película. Fidalgo pronto exclamó: «¡Coño, me estoy encogiendo!». Al capitán Hernández le sucedió lo contrario, pues pensaba que había crecido y engordado: un hombre de seis pies y

más de doscientas libras de peso trataba de ponerse un pantalón que no le entraba por las piernas. Por suerte, todo tuvo rápida solución: intercambiar los uniformes, colocados equivocadamente en las sillas.

Durante mi período de servicio en el Ejército Oriental, he participado en la preparación y realización de muchas clases demostrativas, en una de ellas, en el año 1987, mostramos varias obras fortificadas: un túnel de gran sección donde se conservaba técnica y armamento, un punto fortificado construido en una elevación, un observatorio con túnel y acciones para la defensa en un municipio, como parte de la concepción de la Guerra de Todo el Pueblo.

Para dirigir la construcción de las obras y acondicionamiento, habíamos designado al coronel Israel Cervantes, jefe de armamento y técnica del Ejército; al teniente coronel José Lugo González, director de la Empresa de Construcciones Militares y al coronel Ramón Fidalgo, jefe de Ingeniería de nuestro mando. Por su naturaleza, las obras eran de gran complejidad, y conservar la técnica y el armamento requiere de una gran pericia y un fuerte trabajo.

Como siempre, Cervantes, Lugo y Fidalgo se mudaron durante varios meses a la provincia donde se impartirían las clases para asegurar que todo saliera como estaba previsto. El jefe era el general de brigada José Solar Hernández. Allí hicieron vida de unidad.

A su tiempo las obras estuvieron listas, fueron inspeccionadas por nosotros, se corrigieron los problemas que señalamos y se elaboró el plan de demostración que comprendía varias prácticas durante tres semanas.

En la planificación se concibió iniciar la actividad en el estado mayor de un municipio a las 09:00 horas y a las 11:00 debía llegarse al túnel de gran sección, en el que Cervantes y Lugo desarrollarían su explicación. Como Fidalgo solo actuaba en su papel de diseñador y constructor de las obras, no tenía un punto fijo, por eso se le autorizó a quedarse con Cervantes y Lugo, al igual que a Solar, quien desarrollaría su trabajo después.

Llegó el día de la primera práctica y, según lo previsto, los participantes llegarían al túnel a las 11:00 horas. Los compañeros Cer-

vantes, Lugo, Fidalgo y Solar fueron para el lugar desde el amanecer y sobre las 09:30 Fidalgo les propuso a sus compañeros ir a desayunar, ya que Solar lo había garantizado todo y sobraba tiempo para hacerlo.

Decidieron ir a la cocina-comedor y a las 10:00 estar listos para la demostración. Cuando llegaron a la boca del túnel, allí estábamos esperándolos, los reprimí fuerte. Ellos mismos decían después: «la pelea que nos echó fue tremenda». Recuerdo que en ese momento les dije:

—Estoy seguro que eso de ir a desayunar se les ocurrió a los comilones: Fidalgo y Cervantes.

—Jefe, por el plan usted nos señaló las 11:00 horas y todavía no son las 10:00. Nosotros pensamos que podíamos ir a desayunar —argumentaban.

A esa hora recordé las palabras del Che en una ocasión y se las dije también:

—Mientras las cosas sean como son y son como tienen que ser, ustedes me esperan a mí y yo no debo esperar ni un tantito así.

Finalmente la demostración fue buena, los felicité también.

Llegó el día de la segunda práctica, ya se habían advertido: «La hora sigue siendo las 11:00; pero tienen que estar listos y no moverse del túnel». Como era de costumbre nos levantamos al amanecer, fuimos hacia la obra, comprobamos que todo estaba en orden y nos dirigimos para la entrada del túnel.

Seguro que, quien lea esto, habrá visto en películas o muñequitos las escenas en que un diablillo se le para en un hombro al protagonista y le susurra: «haz esto...», y en el otro hombro está un angelito que le dice lo contrario. Así mismo les pasó a ellos, solo que el diablillo era Fidalgo que les decía a Solar, Cervantes y Lugo: «Vayan a desayunar a las 08:00 que es imposible que el jefe llegue antes de las 09:00. Ellos ahora deben estar merendando». Y por fin fueron a la cocina de Manolo. Cuando regresaron, ¡qué sorpresa!: ya estaban el jefe del Estado Mayor General y yo, parados a la entrada del túnel, esperándolos. Cervantes y Lugo tenían que explicar, no les quedó más remedio que comparecer; pero Solar que no tenía que explicar nada, dio media vuelta y los dejó a ellos solos recibiendo la reprimenda.

Raudos se marcharon al tercer punto de la demostración y, con tan buena suerte para todos, la clase quedó tan bien, que solo les advertí que no volviera a suceder. Y por si acaso, a partir de ese día, que evitaran la tentación de la cocina de Manolo, para que no hubiera ni tercera ni vencida.

Seguramente ustedes han leído el cuento de Alí Babá, en el que este se paraba ante una gran piedra y con la frase «¡ábrete sésamo!», una gran piedra se desplazaba y dejaba la entrada de una cueva al descubierto. Para los jefes militares, diseñadores y constructores de obras de fortificación, siempre fue un reto la ocultación de las entradas y salidas de las obras.

En una oportunidad construimos una obra para la logística. Le había planteado al coronel Ramón Fidalgo y a su grupo de ingenieros que elaboraran un diseño nuevo de entrada, en el que combinaran la ocultación con una adecuada protección. Para cumplir el objetivo de crear una entrada novedosa, Fidalgo diseñó una puerta en forma de cuña de cake que se desplazaba sobre unos raíles de línea bien ocultos y dejaba al descubierto la entrada. La sometimos a distintas pruebas, entre otras a la de fotografía, para conocer su efectividad ante los medios de exploración, y finalmente la construimos. Una vez terminada la obra la vi con sus entradas y salidas y con ese tipo de puerta. No quedé satisfecho, recuerdo que indiqué varias veces abrir y cerrar la puerta, pero realmente era ingeniosa, ni al lado de ella se podía descubrir donde estaba, menos aún la entrada. Como resultado del trabajo, felicité a Fidalgo y al grupo de ingenieros y constructores que habían laborado con él.

Luego de un tiempo, había que hacer en otro lugar una obra parecida para proteger piezas de artillería. Fidalgo y su grupo, basados en la idea anterior, la diseñaron con una puerta a la que le introdujeron un cambio en la forma de fijar el eje de su apertura, ahora el soporte lo hicieron en la parte de abajo.

Ya avanzado el trabajo, llegué al lugar. Fidalgo me explicó detalladamente lo que estaban haciendo, me pareció todo adecuado, menos la forma de abrir la puerta. Me basaba en que si la anterior estuvo bien diseñada, no había por qué cambiar esta.

Me explicaron los fundamentos de la nueva decisión. Recuerdo que a Fidalgo le dije: «Cabezón, la tienes que hacer igual a la otra». En realidad ya estaba hecha y no tenían tiempo para cam-

bios antes de la demostración, no obstante insistí en que la hiciera igual a la de la logística.

Llegó el día de la demostración al jefe superior. Fidalgo nos estaba esperando en el camino donde se encontraba una de las entradas a la obra, construida en un corte de una elevación y oculta de tal forma que, similar a la de la logística, ni parado al lado de ella se podía descubrir, a menos que se supiera exactamente dónde estaba, como era mi caso.

Mediante unos gráficos nos explicaron sus características. Al terminar, el jefe que yo acompañaba, preguntó:

—¿Bueno y dónde está la fortificación?

De acuerdo al reglamento, los oficiales se habían ubicado de derecha a izquierda, a partir del oficial superior y a su izquierda, según el grado, los demás oficiales. Por esa razón Fidalgo estaba a mi izquierda, justo a mi lado. Esta posición me permitió preguntarle bajito dónde estaba la puerta, pues el perfecto ocultamiento no permitía reconocer el lugar.

Era tal su nerviosismo que no se atrevía a responderme, a esa hora temía que los seis hombres que debían abrir la puerta no pudieran. El diseño había sido bueno; pero el ¡ábrete sésamo! no resultó, y todos los presentes tuvimos que ayudar a levantar aquella puerta, hasta el jefe que venía a inspeccionar hizo allí uso de su fuerza. Finalmente se abrió sobre el eje superior y quedó al descubierto la entrada número uno de la obra. El jefe, dirigiéndose a mí, comentó el buen trabajo realizado, solo dio indicaciones para mejorar la mecánica de abrirla. De inmediato le explicamos con lujo de detalles cómo se había diseñado y realizado y por qué era distinta a la que habíamos mostrado el año anterior.

Al polígono de Lesca nos llevó, en 1987, otra gran maniobra, cuyas etapas comprendían la alarma de combate en el campamento de una gran unidad de tanques en Camagüey, la protección y desconcentración de los medios de combate, la marcha de la gran unidad y la realización de las acciones combativas contra un supuesto enemigo, es decir que, además del terreno, se debía preparar el campamento de la unidad de tanques para resistir un ataque aéreo sorpresivo. Esos eran los objetivos que debíamos lograr.

Por lo complejas que resultarían la preparación y la realización de la maniobra, los jefes de armas y secciones del Estado Mayor del Ejército, junto a nosotros, fuimos para Camagüey con tres meses de anticipación.

Se distribuyeron las tareas y a cada uno se le dio su responsabilidad. Por ejemplo, el jefe del estado mayor tenía a su cargo la preparación del campamento, el de ingeniería, el acondicionamiento ingeniero del terreno; el de artillería, la preparación del arma; el de operaciones, la narración de las acciones combativas en cada una de las etapas; el de preparación combativa, la preparación de las tropas; el de tanque y transporte, la preparación de la técnica y el armamento. Cada uno de los integrantes del estado mayor supo en tiempo su misión. Al coronel Mauro Espinosa Yero, jefe del Regimiento Ingeniero de Zapadores del Ejército, por su gran experiencia, se le encomendó la tarea de imitar con determinadas sustancias la explosión de bombas y proyectiles lanzados por el enemigo.

Cada uno asumió su tarea y ya al término del primer mes se apreciaba el resultado del trabajo. El campamento, en particular, recibió una reparación capital y se construyeron diversas obras de fortificación. Los integrantes de la gran unidad jugaron el papel principal en las labores constructivas junto a las unidades ingenieras del Ejército.

En el segundo mes se iniciaron las primeras actividades prácticas con las tropas: un simulacro de ataque de la aviación enemiga repelido por la defensa antiaérea, al tiempo que se protegía al personal. Después, según el plan y aún bajo fuego aéreo, comenzó la desconcentración de los medios de combate.

El coronel Mauro, como responsable de imitar las acciones del enemigo, tenía desplegado por todo el campamento a sus hombres con cargas explosivas, medios incendiarios y bombas de humo, todos dirigidos a distancia, mediante redes eléctricas y de radio para ahorrar recursos. El plan de las imitaciones iba de menor a mayor, o sea, en la primera práctica la imitación de una explosión podía ser con una carga de 25 o 50 gramos de TNT y así fue creciendo hasta alcanzar su clímax el día de la maniobra.

La primera fue buena y reconocimos el trabajo de los imitadores, pero le señalé a Mauro que las explosiones estaban flojas

y casi no se escuchaban. «Jefe, no se preocupe que las iremos aumentando paulatinamente», me aseveró. Mientras, el jefe del estado mayor venía desplegando un arduo trabajo de dirección para que el campamento quedara listo. Al término del segundo mes se dieron por concluidas las obras: las de condiciones de vida y las fortificaciones.

En una de las últimas prácticas, volví a señalarle a Mauro que las explosiones estaban flojas y no producían el efecto deseado. Cumpliendo mi indicación, aumentó la cantidad de explosivos de las cargas más cercanas y puso mayor cantidad de bombas de humo.

Llegó el día de la última práctica, Mauro preparó las imitaciones y cuando se dio la señal que debía coincidir con la picada sobre el campamento de aviones de combate, comenzaron las explosiones. Esta vez fueron más fuertes que lo que se querían y comenzaron a levantar piedras y provocar vibraciones en las edificaciones cercanas al parqueo. Salí en medio de la práctica corriendo y gritando: «¡Para, Mauro, para...!, que me acabas con el campamento».

Al término de la práctica, decidimos alejar del campamento las cargas más fuertes y colocar cerca las pequeñas. Para restablecer la situación y poder realizar la demostración al día siguiente fue necesario que el jefe del EM y el de defensa antiaérea con sus hombres se pasaran la noche trabajando. En esos días de grandes esfuerzos y duro trabajo en los campos de Camagüey, compuse una estrofa que dediqué al Señor Ejército.

I

Raúl Castro lo formó
en abril, sesenta y uno,
en el momento oportuno
como el uno lo nombró.
Luego lo calificó
por todo lo que ha logrado,
de los tres el destacado
lo fue en varias ocasiones,
cumplidor de las misiones
que siempre le han asignado.

II

Junto a ustedes tengo el alma
liberada de castigos,
porque todos son amigos
que me garantizan calma.
Bueno es contemplar la palma
y refrescar con la brisa,
bueno es conocer sin prisa,
en momento alegre o triste
que en este Ejército existe
el amor de una sonrisa.



*UNA MISIÓN DIFERENTE QUE HUBE
DE ENFRENTAR EN 1988*



Esta vez no sucedió lo que en París en 1898, cuando norteamericanos y españoles negociaron la paz sin que estuviera presente la representación de Cuba, el Ejército Libertador y el gobierno en armas. Esta vez estaban presentes nuestras fuerzas armadas y la representación legítima del gobierno revolucionario de Cuba, junto al gobierno de Angola: en la firma de los acuerdos entre Angola, Cuba y Sudáfrica se hallaba un amplio grupo de cubanos, fundamentalmente generales de sus fuerzas armadas revolucionarias que habíamos combatido en Angola, junto a delegaciones de los gobiernos angolano, cubano y sudafricano, el 22 de diciembre de 1988, en la sede de Naciones Unidas en Nueva York.

Con esos acuerdos se daba cumplimiento cabal a nuestra misión internacionalista en Angola. A partir de ahí, nuestros combatientes iniciarían el regreso a la patria con la moral muy alta. Traerían solo las armas con que combatieron a miles de kilómetros, la satisfacción del deber cumplido, una amistad indestructible entre ambos pueblos y los restos gloriosos de nuestros hermanos caídos.

Pasados muy pocos días de esta experiencia, arribamos al primero de enero de 1989. Situados en el parque Céspedes, frente al legendario e histórico edificio sede del gobierno municipal de Santiago de Cuba, conmemoramos el XXX aniversario del triunfo de la Revolución. Presidió la celebración el Comandante en Jefe Fidel Castro. Para

esta ocasión hubo ceremonia militar, por tal razón yo me encontraba al frente de las tropas participantes, formadas a lo largo de la calle Aguilera.

En el propio acto, allí en el parque, recibí la noticia de que se me otorgaría la más alta condecoración para un cubano: la de Héroe de la República de Cuba. Para mí fue, en primer lugar, una sorpresa, porque hasta ese momento no supe nada. Nada había llegado a mis oídos, quizás por el grado de compartimentación o, tal vez, porque me hallaba distante de la capital, en la región oriental. Luego de recuperarme de la inesperada comunicación, vino a mi mente un sinnúmero de pasajes y hechos: la guerra de liberación; las misiones internacionalistas, en especial Cabinda; yo debajo de la BTR, herido; mi lucha por la vida; el proceso de recuperación detrás; mi trabajo en Cuba, antes y después de las misiones, y ahora esta noticia: yo... entre tantos compañeros que lo merecen, como nuestro propio Comandante en Jefe... y el General de Ejército... La conmoción fue grande, tanto... que tuve que imponerme para que mis lágrimas no brotaran.

La citación de los compañeros que serían condecorados incluía que su uniforme fuera de gala; como en mi caso tenía que usarlo obligatoriamente, no constituía para mí ninguna alerta especial. Sin embargo, desde mi puesto, al frente y centro de las tropas, veía perfectamente la formación de los seis compañeros a donde debía incorporarme al concluir la primera actividad. No fue difícil percatarme que uno de ellos vestía uniforme de diario con chaqueta ya discontinuada. ¡Tremendo corretaje!, hasta que se advirtió que un miembro de la banda de música estaba vestido de gala y más o menos con la misma talla de camisa y chaqueta que él, le intercambiaron a toda velocidad sus ropas en la parte de atrás de la misma banda. La única consecuencia fue la separación de un músico de su agrupación, pero por poco tiempo.

Una vez concluido el acto político, nos trasladamos al salón de actos. Allí se presentó la actividad: la ceremonia de condecoración del título honorífico de Héroe de la República de Cuba. Se leyó el acuerdo del Consejo de Estado, imponerlo a siete compañeros, entre los cuales estaba yo. Por supuesto, esta ceremonia también la presidía el Comandante en Jefe, acompañado por el general de ejército Raúl Castro Ruz, ministro de las Fuerzas Armadas Revo-

lucionarias, otros dirigentes del Partido y del Gobierno, así como jefes principales de nuestra institución militar.

Inmediatamente se procedió a la condecoración desde la posición y el orden de cada uno: general de división Ulises Rosales del Toro, general de división Leopoldo Cintra Frías, general de división Ramón Espinosa Martín, general de brigada Enrique Carrera Rolas, general de brigada Rafael Moracén Limonta, coronel Fidencio González Peraza, y mayor Orlando Cardoso Villavicencio. Nuestros pechos sintieron de manos del Comandante la imposición del título de honor.

Más tarde, con el regocijo propio de este momento, compartimos con nuestros dirigentes, compañeros y familiares que nos acompañaban. Hubo brindis, chistes cubanos que no faltan en situaciones como esta y cuentos que, si no son criollos por su creación, les damos ese sabor al contarlos. Yo mismo narré uno que el Ministro le dijo al Comandante que yo sabía, su tema era: el político y económico en la extinta Unión Soviética.

Siguiendo la invitación de Fidel, me subí a un taburete, por ahí anda esa foto, y comencé a contar: Un tren que sale desde un alejado punto de la URSS hacia Moscú. Cuando recorre unos cientos de kilómetros se detiene, porque falta un tramo de la línea férrea. La tripulación se dirige al coche presidencial donde viaja V. I. Lenin y le plantea:

—Mire, compañero Lenin, nos detuvimos, falta un tramo de línea. ¿Qué hacemos?

—Reúnan a todos los pasajeros y campesinos del lugar, que yo les hablaré y juntos construiremos el tramo de ferrocarril.

Así se hizo y continuó la marcha. Con ello se muestra la política de Lenin con y para el pueblo.

Recorridos otros cientos de kilómetros y de nuevo se detiene el tren. Falta otro tramo de vía. La tripulación se dirige otra vez al coche presidencial, donde viaja Stalin y le expresa lo ocurrido:

—Compañero Primer Secretario, falta un tramo de la vía.

—Reúnan a los pasajeros, arranquen un tramo de línea de atrás y póngala delante. El que se niegue lo fusilan.

Así se hizo y sigue el tren. Aquí se expresa la política de mano dura de Stalin.

Luego de recorrer otros cien kilómetros se detiene el tren. Falta otro tramo de la vía. De nuevo la tripulación va al coche presidencial y se dirige el Secretario General de la URSS, compañero Niquita Jruschov, le expone el problema y este orienta:

—Informe a Moscú para que manden a reparar la vía y mientras dure la obra, todos —pasajeros, tripulación y yo— trabajaremos aquí, en esta zona, en la siembra de maíz.

Se trataba de un programa especial de siembra de maíz, en toda la URSS, para resolver la alimentación del pueblo por iniciativa de Jruschov, con lo que se ganó el nombre de Cucurusa maíz ruso.

Resuelto el problema, el tren avanza otros cientos de kilómetros y se detiene por la misma causa.

De nuevo la tripulación va al coche presidencial a explicarle al compañero Brezhnev, primer secretario, lo acaecido. Este orienta:

—Que se paren todos los pasajeros, se apoyen en sus vagones y comiencen a moverse para que se crean que están avanzando.

Ahora responde a la política de estancamiento de ese período.

Solucionada la avería sigue el tren y unos cientos de kilómetros más adelante se vuelve a detener por la misma razón. Una vez más los miembros de la tripulación se dirigen al coche presidencial donde ven muertos al compañero secretario general Andropov y a Chernenko; siguen buscando y se encuentran con un hombre pequeño, calvo, con un lunar en la frente, al que le plantean lo sucedido. Era Mijaíl Gorbachov, y este dispone:

—Pongan marcha atrás, aceleren todo lo que puedan y vamos a donde comenzamos la marcha para orientarnos de nuevo hacia otro rumbo.

Y esa fue su política: acabar con la URSS.

Risas, comentarios... me preguntaron de dónde había sacado ese cuento, y otros ocuparon la misma posición de narradores. Nos

encontrábamos en familia, esa que se forma y fortalece durante el duro bregar de la Revolución.

Cuando se ve nacer a una criatura, tomar forma y desarrollarse, uno siente apego por ella, por su obra, y eso me sucede a mí con el Ejército Oriental, fruto de nuestras Fuerzas Armadas Revolucionarias a partir de la creación de sus ejércitos. Aunque yo no sea fundador, siento orgullo de haber pertenecido a él por más de veintisiete años.

La relación jefe-subordinado, que no siempre es fácil, en mi caso se ha fortalecido. Yo puedo afirmar que experimento por nuestro general de ejército Raúl Castro Ruz, un profundo respeto y cariño. Su ejemplo, la exigencia constante, sus cualidades humanas y la educación permanente son causa de ello.

Lo mismo me sucede con el máximo líder y guía de nuestra Revolución y Partido, Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz. Los encuentros con él son imborrables e imperecederos. Su modestia y sencillez, el ejemplo de cada día, su convicción revolucionaria y la confianza que te inspira, la seguridad de lo que hace y por qué lo hace, el apego a nuestro pueblo y su lucha por los pobres del mundo, el habernos mantenido unidos y ser un ejemplar comunista son rasgos muy personales que nos garantizan confiar en él y en la victoria siempre.

Ante el ejemplo de ellos y de quienes les antecieron, puedo ratificar que si el imperialismo yanqui osara agredir a nuestro país, me gustaría enfrentarlo con este Señor Ejército, así lo expresé hace algunos años en el libro *Secretos de Generales*. Este inmenso territorio, con sus llanuras camagüeyanas, las históricas montañas orientales de la Sierra Maestra y Nipe-Sagua-Baracoa y con toda su heroica población, constituirían la tumba de cualquier invasor. Seremos el escudo protector de nuestro pueblo, si el imperio nos impone la guerra.

Han pasado ya muchos años de cuando en 1956 me incorporé al M-26-7, sin embargo, en una ocasión alguien me preguntó:

—¿Qué tienen de común aquel muchacho que a finales del '56 vendía bonos del 26 de Julio y el actual jefe del Ejército Oriental?

Entonces le respondí lo mismo que repetiría hoy, sin alterar ni una palabra:

—Una seguridad inquebrantable en la victoria.



EN CUBA Y CON FIDEL



Me resulta necesario dedicar un capítulo a mi relación con el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, aunque a lo largo del libro lo he ido mencionando cuando ha sido preciso. Me veré obligado a reiterar alguna información, sin la cual mi relato sobre el vínculo con el Comandante no quedaría claro aquí. Ya he dicho que escuché hablar de Fidel, por primera vez, al inicio de los años cincuenta. Yo tenía entonces catorce años. Recuerdo que mis padres oían por la radio a Raúl Chibás Rivas, presidente del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), y en muchas ocasiones se hablaba de él, en otras se escuchaba al propio Fidel. Ya después del ataque al cuartel Moncada, amplié mi información sobre su persona y sus ideas revolucionarias. Fui conociendo de su juicio, de la prisión en Isla de Pinos, de su salida tras la amnistía y de su asilo en México.

Cuando se produjo el desembarco por playa Las Coloradas, supe de este hecho y de lo que fue aconteciendo después, con las falsedades, como era lógico, que publicaba aquella prensa leal al régimen de Fulgencio Batista Zaldívar. Comenzaron a circular noticias sobre la existencia del grupo rebelde formado por Fidel y los expedicionarios que lograron llegar a la Sierra Maestra. Para ese momento yo había realizado algún contacto con compañeros del Movimiento 26 de Julio en mi provincia, y, como expresé anteriormente,

había hablado con Calixto Martínez y Víctor Bordón Machado, jefe del Movimiento en Las Villas y jefe de acción, respectivamente. Con ellos participé en algunas acciones en Camajuaní —que es mi pueblo natal—, y en zonas aledañas de Remedios, Caibarién, Placetas y Santa Clara hasta que, dada la persecución, me vi obligado a incorporarme a las guerrillas del Directorio Revolucionario 13 de Marzo en el Escambray.

Ya para entonces yo era consciente del papel de los guerrilleros de la Sierra Maestra y de la estrategia militar de Fidel en la creación de la guerrilla. De ello destaco el desarrollo de manera exitosa de aquel grupo de combatientes, a la par que yo participaba del reconocimiento generalizado sobre las capacidades de Fidel en la instrucción de las nacientes tropas rebeldes, bajo duras condiciones de vida; sabíamos de la forma rápida en que él conocía y aprovechaba las características montañosas de la región para la movilidad, la sorpresa, la emboscada y el ataque a puestos aislados. Como he referido antes, admiramos mucho cómo armó a sus hombres con las armas tomadas al enemigo. Los combatientes del Directorio Revolucionario 13 de Marzo y del Segundo Frente del Escambray observábamos con mucho respeto y admiración la capacidad de liderazgo de Fidel.

José Antonio Echeverría se situó junto a Fidel y, como se sabe, en 1956, ambos firmaron la trascendente Carta de México, donde quedó patente la unidad de la nueva generación para hacer la revolución. Otro gran momento histórico fue, en plena guerra de liberación, el Pacto del Pedrero, firmado por las fuerzas del Directorio Revolucionario 13 de Marzo y el Movimiento Revolucionario 26 de Julio, como respuesta orientada por Fidel a la situación anormal que encontró el comandante Ernesto Che Guevara a su llegada al Escambray.

Y he relatado ya en los capítulos anteriores de este libro que, después del triunfo, conocí al Comandante en Jefe en una de las tantas actividades en las que participé presididas por él. Desde entonces me impresionó muchísimo su personalidad, la abierta confianza en sus contactos con el pueblo, su sentido de la persuasión, la capacidad de trabajo que demostraba frente a las dificultades para superarlas, la paciencia analítica y su gran imaginación. Estar próximo a él permitía una mejor valoración de esas virtudes suyas, que infundían respeto y admiración.

Las tropas del Directorio, a las que yo pertenecía, junto a los hombres de la columna del Che, entraron a La Habana aquel primero de enero de 1959. Ya en la capital, las fuerzas del Directorio se detuvieron frente al Palacio Presidencial para honrar la memoria de los compañeros caídos en la gesta del 13 de marzo de 1957. Faure Chomón usó de la palabra para referirse al histórico momento, e igual sucedió al llegar a la Universidad.

Con el comando Menelao Mora, cuyo jefe era el comandante José Moleón Carrera, del cual yo era segundo jefe, ocupamos la base de San Antonio de los Baños, sin enfrentar resistencia. Enviábamos las armas en camiones hacia la Universidad como el comandante Chomón había ordenado. Esto ocasionó un fuerte inconveniente por el camino, que solucionó el comandante Camilo Cienfuegos y el vehículo que transportaba las armas llegó a la Universidad conducido por el comandante Tony Santiago del Directorio Revolucionario. Era lógico que el hecho de mandar el armamento para la Universidad en esos momentos creara una situación de alarma y preocupara al Comandante, que aún se encontraba en Oriente. Después de la entrada de Fidel a La Habana, visitó la Universidad, donde se encontraba Faure Chomón, conversaron, y se solucionaron los asuntos pendientes, el Comandante en Jefe fue desde el primer momento muy cuidadoso con las repercusiones de los acontecimientos no solamente políticos, sino también militares y de otras índoles.

Yo quedé sorprendido por su actuación decidida, reconocí en él al símbolo de la dignidad nacional, es bueno recalcar esta idea de su gran papel simbólico para la nación cubana, y hasta los enemigos reconocen que su presencia y dirección hicieron de Cuba un país soberano e independiente, que se ganó el respeto en la escena internacional, con innegables logros sociales en los campos de la educación, la salud, la cultura, el deporte y la solidaridad internacional.

Recuerdo a Fidel como la figura político-militar más destacada del siglo xx. Desde la llegada de los primeros cubanos a Angola a finales del año 1975, hasta su regreso a Cuba en 1988, a más de 20 000 km de La Habana, Fidel dirigió las acciones de los cubanos, como fueron los combates en Quifangondo, las batallas de Cabinda, Cangamba, hasta la de Cuito Cuanavale, momento en que las tropas cubanas y angolanas infligieron una estrepitosa derrota a

las fuerzas armadas sudafricanas que invadían Angola y ocupaban Namibia. En todo ello, en cada periodo, desempeñaron un papel imprescindible los análisis y decisiones del Comandante, quien con la copiosa información que poseía pudo dirigir a nuestras tropas y conducir las al éxito.

Hay que decir que para Cuba, para las Fuerzas Armadas Revolucionarias, Angola era un teatro de operaciones no explorado en ese momento, pero su pequeña provincia de Cabinda, sí le era familiar. He explicado antes que se conocía la geografía del enclave, la ambición de Zaire (de Mobuto Sese Seko) por anexarla a su territorio y la riqueza petrolera que atesoraba, decisiva en los primeros años para la economía del emergente Estado independiente; se conocía todo eso, porque a solicitud del presidente del Movimiento Popular para la Liberación de Angola (MPLA), Agostinho Neto, en el año 1965 un grupo de seis militares cubanos colaboraron con las guerrillas del MPLA, en el Mayombe angolano (Cabinda). Creo de importancia que enfatice en este asunto, aunque ya previamente me referí a él, pero con ello se demuestra la certeza de la conducción de Fidel. Hay que reconocer la inteligencia con que el Comandante dirigió todo aquel asunto, pero asimismo es preciso mencionar su inquebrantable interés por cada uno de los miembros de nuestras tropas, de lo cual tengo un claro testimonio personal. Es conocido (y ya lo he narrado en páginas anteriores), que cuando me encontraba cumpliendo misión en Cabinda, en una de aquellas operaciones que realizaba, me trasladaba en un BTR, hice contacto con una carga explosiva que me hirió de gravedad. Los primeros auxilios me los prestaron en el hospital de Cabinda los médicos cubanos que allí se encontraban. A partir de ahí, dos veces al día había que informarle el estado en que me encontraba. La suya fue una de las primeras visitas que recibí ya en La Habana, en el Hospital Naval Luis Díaz Soto.

Antes y después de estos asuntos de mi accidente, asistí a muchos encuentros de trabajo con el Comandante. Él nos ofrecía sus profundas reflexiones sobre historia o acerca del arte militar, lo cual ya he narrado en capítulo precedente de este libro. Fidel agregaba: «La defensa de la Revolución no está en los cuarteles, ¡la defensa de la Revolución está en el pueblo!», así nos decía. Ello formaba parte de la concepción estratégica de Fidel sobre la Guerra de Todo el Pueblo.

Como pilar fundamental, nuestra doctrina de lucha está basada en la máxima del Comandante en Jefe de que aquí no se rinde nadie: mientras exista en el pueblo un soldado revolucionario y un fusil, ninguna causa estará pérdida. Esta nueva doctrina militar representa un cambio radical en los procedimientos para la realización de las acciones combativas y para el empleo de las tropas.

En medio de estas tareas militares y revolucionarias, recuerdo uno entre los muchos encuentros con el Comandante, y lo recuerdo porque no fue muy agradable, aunque ya me he referido a ello, es preciso que recuerde el suceso para mí imborrable. Entonces yo era jefe de Estado Mayor de una división al oeste de La Habana, cuyo jefe era el comandante Leopoldo Cintra Frías, *Polo*. En ese momento estaba en Perú con el Ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias general de ejército Raúl Castro Ruz y preparábamos una clase demostrativa para una delegación chilena que visitaba el país, recuerdo que la presidía el más tarde dictador Augusto Pinochet Ugarte, jefe del Ejército de Chile entonces. El asunto de la elección del terreno llegó a oídos del Comandante, debido a que podríamos haber perjudicado un sembrado de frutas, y, criticados por él, cambiamos el sitio para la acción militar.

En particular he admirado la labor sostenida de los hermanos Castro Ruz, a partir del general de ejército Raúl Castro Ruz he comprendido que la defensa de la patria no se le debe confiar a nadie, sino a nosotros mismos; que la guardia revolucionaria no se bajará jamás y no olvidar nunca que el respeto y la defensa del pueblo es lo primero que nos corresponde, pues de él venimos y a él nos debemos. Además, de él he aprendido la importancia de la disciplina, la exigencia, la intransigencia ante todo lo mal hecho y la consagración al trabajo. Añado una décima que compuse al respecto:

Raúl Castro, comandante,
Raúl Castro, general,
su lugar es el sitial,
usted, un hombre garante.
La actitud también brillante,
en la exigencia bien duro,
estando así muy seguro
se le recuerda muy fiel
marchando junto a Fidel
y construyendo el futuro.

Creo necesario recordar aquí que de 1959 a 2016 ocuparon la Casa Blanca once presidentes estadounidenses: Dwight Eisenhower, John F. Kennedy, Lyndon B. Johnson, Richard Nixon, Gerald Ford, James Carter, Ronald Reagan, George H. W. Bush, Bill Clinton, George W. Bush (hijo) y Barack Obama. Todos sus gobiernos, sin excepción, intentaron destruir a la Revolución Cubana y emplearon los más diversos métodos para conseguir sus propósitos, incluso aquellos de carácter violento. No se conoce ninguna otra nación en la historia que haya resistido durante casi sesenta años las agresiones de una potencia tan poderosa como Estados Unidos en su obsesión de reconquistarla. Lejos de destruir a la Revolución, mediante la hostilidad y los instrumentos más agresivos, provocaron el rechazo mayoritario de la población, que resistió y dio su apoyo incondicional a la dirección histórica de la Revolución en la defensa de la soberanía nacional y en la construcción del socialismo. Sabemos que el papel directivo de Fidel en ello ha sido fundamental.

Durante todo el tiempo transcurrido desde el triunfo de la Revolución, es imprescindible hacer notar la profundidad de Fidel en sus análisis, sus ideas, sus convicciones su patriotismo y su antimperialismo. Fue Fidel quien inició la elevación del nivel cultural de la sociedad cubana y dio un contenido ideológico a las generaciones de cubanos nacidos bajo los riesgos que impone el bloqueo y la hostilidad imperial que representa el setenta y siete por ciento de la población actual. Fidel transmitió un conjunto de valores humanistas universales de contenido social, ético, cultural e ideológico, como el patriotismo, el internacionalismo, la solidaridad, el respeto a la igualdad de hombres y mujeres en deberes y derechos sociales, la igualdad racial y de género, entre otros. Todo ello ha influido en que Fidel, y la Revolución, hayan resistido y vencido a más de diez administraciones estadounidenses. No aceptaba lo mal hecho. La adulación y la mentira estaban entre las actitudes que rechazaba con más fuerza.

Su memoria era asombrosa, recuerdo un viaje a los países africanos. Volamos sin escala La Habana-Argelia. En esta ocasión, haciendo uso de su genial conocimiento y memoria extraordinaria nos relató en detalles las principales batallas y combates de la guerra de 1868 y de 1895, y ¡qué decir del análisis de la situación en Angola en aquellos momentos! Dominaba con profundidad todas

las acciones y combates de los internacionalistas cubanos y angolanos incluyendo la batalla de Cabinda: mostraba un conocimiento y una memoria increíbles. Recordaba los hechos mejor que nosotros que dirigimos aquellas misiones.

Todo ello formaba parte de los métodos de trabajo de Fidel, que se basan en que mientras haya algo que hacer no tenemos derecho a descansar. Y él era ejemplo de ello: trabajaba dieciocho o veinte horas, a veces más, y descansaba solo dos o tres. En ocasiones le daban las cinco o seis de la mañana trabajando, se daba un baño, dormía un par de horas y estaba fresco para comenzar nueva jornada de trabajo. A los que laboraban junto a él no les era fácil aguantar aquellas jornadas. Con el tiempo algunos se adaptaban. No recuerdo haber visto al Comandante cansado, en pocas ocasiones algo jadeante, como los días del huracán Flora. Fueron muchas jornadas sin dormir. ¿Pesimista? Nunca. Optimista siempre. Era muy exigente, pero con métodos y formas exquisitos, como fue costumbre en él. Fidel se ocupaba hasta del más mínimo detalle del personal que lo rodeaba.

Recuerdo, por ejemplo, que durante la guerra de Angola, Fidel despedía a todos los grupos (unidades) que partían a cumplir la misión internacionalista. En ese momento él explicaba detalladamente la situación que se vivía en ese país africano y la necesidad que tenían sus fuerzas armadas de recibir asesoramiento para derrotar a las tropas de Jonas Malheiro Savimbi y de Holden Roberto, así como rechazar la inminente agresión extranjera, y la importancia de cumplir con rigor la misión encomendada. Con palabras que aún recuerdo, describía la satisfacción que le producía comprobar el espíritu y la actitud que mostraban los combatientes ante el deber internacionalista, reafirmaba su confianza en que cumpliríamos cabalmente la misión encomendada y pondríamos muy en alto el nombre de Cuba.

Qué difícil resultaba, para quien siempre ha estado al frente cuando de riesgo se trata, despedir a los compañeros sin poder partir con ellos, cuántas preocupaciones le asaltaban entonces y después siendo, como ante todo era, un jefe humano, que sufría ante cada vida que se perdía, con cada fracaso en el campo de batalla. Fidel estaba pendiente de que las victorias se alcanzaran con el mínimo de esfuerzos y de sangre derramada. Por estas razones, por las brillantes concepciones políticas y estratégicas que aplicó a lo largo

de la guerra, por la acertada dirección de las operaciones, durante las cuales previó hasta los detalles más insospechados, Fidel es para mí, como para millones de cubanos, el primero de los internacionalistas de la patria.

El mayor legado que Fidel le dejó a Cuba fue la Revolución, y en el seno de ella la diversidad y variedad de discursos, entrevistas, diálogos, palabras, reflexiones y artículos, que escribió o expresó a lo largo de su extraordinaria vida revolucionaria, con esa visión profética de analizar y proyectar el futuro, así como su labor político-ideológica y pedagógica, que ha sido intensa. Muchas ideas, pensamientos y aforismos quedan registrados para la historia por la solidez de su pensamiento, por la argumentación desarrollada, por la aseveración certera. Son documentos de una vigencia eterna.

Junto a Fidel he vivido los momentos más impresionantes de mi vida a lo largo de la Revolución, siempre he estado a su lado en los momentos más difíciles, como aquel en que considerábamos cercano el ataque militar de Estados Unidos cuando la Crisis de Octubre y Fidel tomó la decisión de poner todos los medios en alerta. En pocas horas el pueblo estaba en posición de combate. Recuerdo su portentosa fe en el pueblo y su pueblo en él: un solo ejemplo, el 5 de agosto de 1994 con solo su presencia en el lugar, dio solución a aquella manifestación contraria a las medidas de la Revolución. Pudiera relacionar muchos momentos memorables, pero no quiero dejar de mencionar las misiones internacionalistas donde brilló a gran altura su genio político militar. Sin discusión alguna, fue uno de los genios políticos y militares más grande de este siglo.

Quisiera terminar mi evocación del Comandante en Jefe con el proceso de selección y preparación de la piedra que guarda sus restos, en lo cual tomé parte.

Todo comenzó al inicio del año 2009. Junto al general de ejército Raúl Castro Ruz y el comandante de la Revolución Juan Almeida Bosque, recorrimos el valle de las piedras cerca de la ciudad de Santiago de Cuba, con el objetivo de seleccionar y preparar una donde descansarían los restos del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz. Esta decisión, según el General de Ejército se había hablado con el jefe y él aceptó; pero precisó que fuera algo muy modesto como siempre había dicho.

En esta ocasión se seleccionó una piedra que, cuando se trabajó y se mostró al General de Ejército, no la aceptó, pues tras la preparación había quedado demasiado pequeña, entre otras razones que añadió. Se nos ordenó que buscáramos en el mismo lugar, otra, que se fuera trabajando y después él la vería para su aprobación.

Durante dos jornadas en la montaña cercana a la subida para la Gran Piedra y a dos kilómetros de la Granjita Siboney, emprendimos la búsqueda con la nueva indicación. En esta ocasión, el 15 de abril de 2013, salimos acompañados por el arquitecto Eduardo Lozada León y el coronel de la reserva Mariano Lambert Matos. Después de seleccionar varias piedras se escogió la definitiva, que fue aprobada por el general de ejército Raúl Castro Ruz.

Característica inicial de la piedra:

Ancho.....	3,50 m
Alto.....	3,78 m
Profundidad.....	4,25 m
Peso aproximado....	60 ton

Simula un gigantesco grano de maíz y su constitución es de origen volcánico, de granito con gran dureza.

Se crearon condiciones de campaña y de seguridad en el lugar del hallazgo y pasados trece días, el 28 de abril, se inició el devaste y perforación del nicho; este trabajo concluyó el 28 de junio. Ese propio día, en horas de la noche se trasladó la piedra para la nave preparada en un área seleccionada en el campamento de la Empresa Constructora Militar de Santiago de Cuba en el kilómetro 5½ de la carretera de El Caney. Allí se creó un almacén donde se guardaron cuidadosamente todos los recursos y herramientas que garantizarían la construcción final de la obra. Perfilados los detalles de la piedra y el nicho, en julio de 2015, quedó totalmente lista con las siguientes medidas:

Ancho.....	3,30 m
Alto.....	3,60 m
Profundidad.....	2,40 m
Peso.....	50 ton

Se destacaron en esta tarea el especialista Antonio Samuel Matos Díaz, su ayudante Yoandris Mensual Gerez y el arquitecto supervisor

Eduardo Lozada León. Llegado el momento, el 26 de noviembre de 2016, a las 11:00 de la mañana, se le indicó al director nacional de la Empresa Cubiza, preparar de acuerdo a lo previsto la salida de los equipos encargados del izaje, traslado y colocación de la piedra en el sitio seleccionado en el Cementerio Patrimonial Santa Ifigenia, en Santiago de Cuba.

A las 23:30 de ese mismo día, custodiada por el servicio de patrullas del Minint, salió la escuadrilla de Cubiza de La Habana rumbo a Santiago de Cuba. Al amanecer del 28, llegó a su destino y a las 12:30 comenzó el traslado de la piedra. Dirigida la maniobra por los compañeros Isnel Delgado Montiel, director y Juan Enrique Sierra Sarmiento, un experimentado especialista de dicha empresa.

A las 16:30, después de superar diez kilómetros, llegó la piedra a Santa Ifigenia. Es digno reconocer que por la capacidad de los cinco tramos de la rastra Nicola, fue necesario que un operario del equipo realizara esa distancia a pie, para ejecutar el mando del vehículo durante el traslado. Ese día se rebelaba una compartimentación de nueve años.

Del 27 de noviembre al 2 de diciembre de 2016, en seis días y seis noches, se ejecutó la obra. Aproximadamente treinta trabajadores participaron en ella: la fuerza fundamental fue una brigada de construcción de la Empresa de Construcciones Militares de Santiago de Cuba. Participaron también, en el acondicionamiento de las áreas verdes, seis compañeros del Regimiento de Tropas Especiales de Baraguá; una compañera jardinera de la provincia; trabajadores de la Oficina del Conservador de la Ciudad de Santiago de Cuba y de la Oficina del Historiador de La Habana; el director de Arte Santiago; la Unidad Básica de Proyecto Militar de Santiago de Cuba y otros compañeros.

Empresas como Mármol de Bayamo y Planta de Herrajes de La Habana hicieron posible la construcción con antelación de varias piezas que fueron colocadas en esta ocasión. De este modo se explica dónde, cómo y cuándo se realizó la obra, así como su proyección y diseño, cuyo simbolismo y criterios ideológicos constructivos, por su repercusión nacional e internacional, la ha convertido en una obra única.

Pero no quiero cerrar la evocación del Comandante en Jefe con su muerte física, sino con su inmortalidad. Un hombre como él, de

proyección internacional, solo se comprende en la validación de su pueblo, y es para mí un honor haber estado cercano a su ejecutoria histórica. Mi vida ha permanecido ligada a este proyecto que es la realización de la Revolución, y he estado con Cuba y con Fidel bajo todas las circunstancias.

Quiero concluir este capítulo con una décima que compuse a un año de su desaparición física.

A un año de la partida,
recordando al Comandante,
seguiremos adelante
pues su pueblo no lo olvida.
Nuestra patria agradecida
le seguirá siendo fiel,
recordando el grito aquel
durante la despedida:
el cubano no te olvida
y dice: «Yo soy Fidel».



*OCHENTA VERSOS, A LOS OCHENTA DÍAS
DE LA COVID-19*



El enfrentamiento a la Covid-19 y la situación excepcional que la acompaña marca un momento crucial en la vida de la nación cubana; la estrategia diseñada para su enfrentamiento unido a su conducción y ejecución y los resultados obtenidos han mostrado ante el mundo la fortaleza de la Revolución Cubana, los valores y unidad del pueblo, las cualidades forjadas en el plano ético, organizativo, científico y muchos otros, que estamos obligados a mantener y perfeccionar.

La economía cubana ha demostrado capacidad de resistencia, lo que nos permite preservar las conquistas sociales de la Revolución y no renunciar a los objetivos de desarrollo, a pesar del recrudecimiento del bloqueo genocida; la activación del título III de la Ley Helms-Burton, que nuestro pueblo conoce bien, el incremento de la subversión político-ideológica por parte del gobierno de los Estados Unidos; la existencia de otros gobiernos que representan a las fuerzas proimperialistas y oligárquicas en América Latina conjugado con los efectos del agravamiento de las tensiones internacionales y la crisis económica mundial. A ello se añaden las exigencias derivadas de la actualización del modelo económico social cubano de desarrollo socialista y las transformaciones que tienen lugar en la estructura socio-clasista de la sociedad.

En los primeros momentos de enfrentamiento a la pandemia de Covid-19 compuse estas décimas que incluyo en la presente obra:

I

En la patria de Fidel
se combate la pandemia
y nuestro gobierno apremia
para quedar bien con él.
El pueblo resulta fiel,
pues así nos lo enseñaron,
todos aquí se empeñaron
para ir a cualquier rincón
que necesite atención
cuando nos necesitaron.

II

Con pandemia y sin pandemia
compartimos los recursos,
esos son buenos impulsos
pues el virus no nos premia.
Combatimos la epidemia
en la patria, y con aquel
que no tenga buen nivel
en cuestiones de salud,
buscamos su plenitud
en la patria de Fidel.

III

Ahora en tiempo de pandemia
nuestro pueblo la padece,
con su gobierno se crece:
no permitirá una endemia.
El imperio usa blasfemia
siempre con mucho cinismo,
solo se cuida a sí mismo,
no importa la humanidad.
Esa es otra enfermedad
grave: el neoliberalismo.

IV

Por nuestros trabajadores
de la salud aplaudimos,
hace tiempo comprendimos
que dan sus bríos mejores.
Riesgos hay siempre mayores
en donde el virus se mueve,
puede ser el tiempo breve,
mucho lo pueden oír:
los tenemos que aplaudir
todos los días, a las nueve.

V

Para los trabajadores
cubanos de la salud
vayan nuestra gratitud
y los mayores honores.
Para ellos todas las flores,
nuestro mayor galardón
les damos de corazón
junto con nuestra bandera,
para todos yo pidiera
aplausos desde el balcón.

VI

Ya los Estados Unidos
han pasado del millón,
ahora Trump se enferma con
zumbidos en los oídos.
Todos los desposeídos,
muchos en ese país,
su futuro será gris
pues no tienen su crisol
de techo, de luna y sol,
y Trump juega al golf feliz.

VII

Pobres e indocumentados
en los Estados Unidos,
todos están convencidos
que viven desamparados.
Dirigentes apartados
de tanta cruel situación
no han prestado su atención,
no han tomado las medidas,
no les importan las vidas
de esa humilde población.

VIII

Van más de cien mil personas
que mueren por la Covid.
Trump, ensayas un ardid
Y decisiones no tomas.
No lejos, por otras Romas,
anda sin poner reparo
un señor un poco raro
que no le importa su gente:
vaya usted qué presidente
al que llaman Bolsonaro.

TESTIMONIO GRÁFICO



1. Espinosa en los albores de la juventud. 2. Alista un gallo para el combate. 3. Observa atentamente un juego de beisbol.



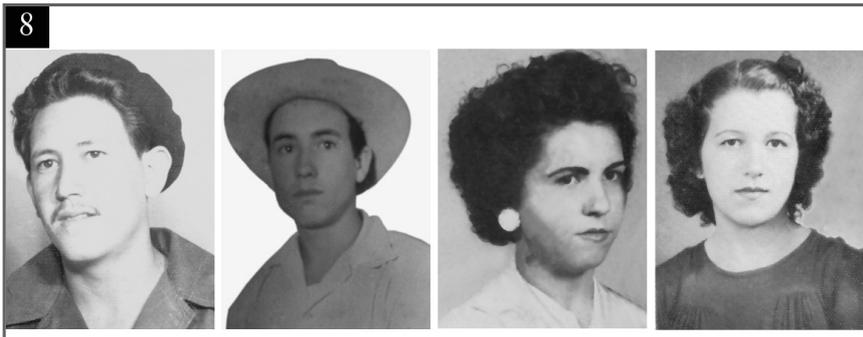
4 y 5. Los padres del autor: Eustoquia Martín y Rafael Espinosa.



6. De izquierda a derecha, tres de sus hermanas: Caridad, Nieve y Riselda. 7 y 8, debajo fotos de los demás hermanos.



Candita



Raimundo

Rafael

Antonia

Zoila



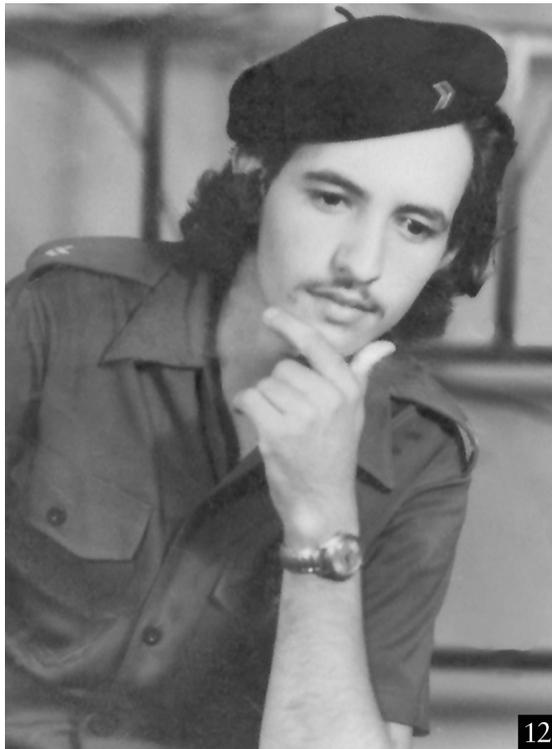
Espinosa con el fruto de su procreación: de izquierda a derecha, aparecen: Ramón, el mayor; Francys, Laysen, Karla y Mauricio.



Espinosa y sus nietos: de izquierda a derecha, Ramoncítin, Mairelys, Karolinne cargada, María Alejandra y Patricia.



11



12

11 y 12. Espinosa en el Escambray. Arriba aparece señalado.



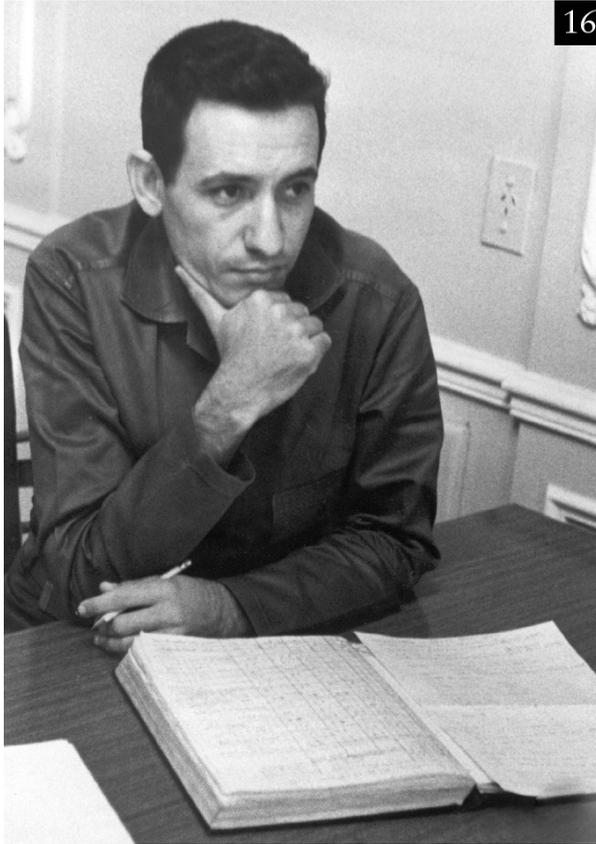
13. Unión de las fuerzas del «26 de Julio» y del «Directorio Revolucionario» en las montañas de Las Villas. Después de firmarse el «Pacto de El Pedrero» oficiales de ambas fuerzas posan ante la cámara. En cuclillas, los comandantes José Moleón y Raúl Nieves. De pie, comandante César Páez, capitán Jorge Martín y los comandantes Humberto Castelló, Faure Chomón, René Rodríguez, Rolando Cubela, Ernesto Guevara y Ramiro Valdés.



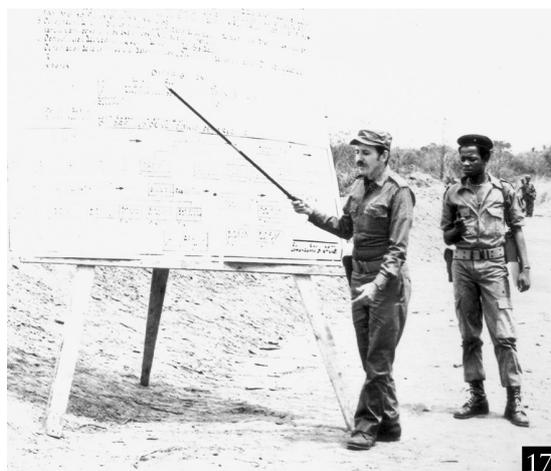
«Solo pido que estudien, que se superen, que logremos formar un ejército que sea la luz de América por su conducta en la paz, así como lo fue en la guerra», palabras del comandante Camilo Cienfuegos en el acto de graduación del primer curso de Aplicación para oficiales del Ejército Rebelde, en el que estudió el autor, en 1959.



En Isla de Pinos, Espinosa entrena a sus tropas, 1963.



16. Ya sabe el Comandante que ha de cumplir una misión internacionalista. Para ella se prepara.



17, 18 y 19. Preparación de las tropas angolanas en el Centro de Instrucción Revolucionaria No. 4, de Cabinda.



20

20. Los compañeros de servicios médicos cumplen sus funciones en plena batalla.



21

21. Combatientes angolanos y cubanos saludan el 2 de diciembre, Día de las FAR.



22. El comandante Espinosa se dirige a las tropas en el acto por el 2 de diciembre, Día de las FAR.



23



24

23 y 24. Trofeos de guerra en Angola.



25 y 26. Vehículos ocupados a los enemigos en Angola.



27



28

27. Los hijos de Cabinda saludan la victoria. 28. Primer comandante Ramón Espinosa Martín, en compañía de otros internacionalistas en Cabinda.



29. Tanque con barreminas. Foto tomada en la mañana del 8 de mayo de 1976, en Cence Lucola. Enclave de Cabinda.



30

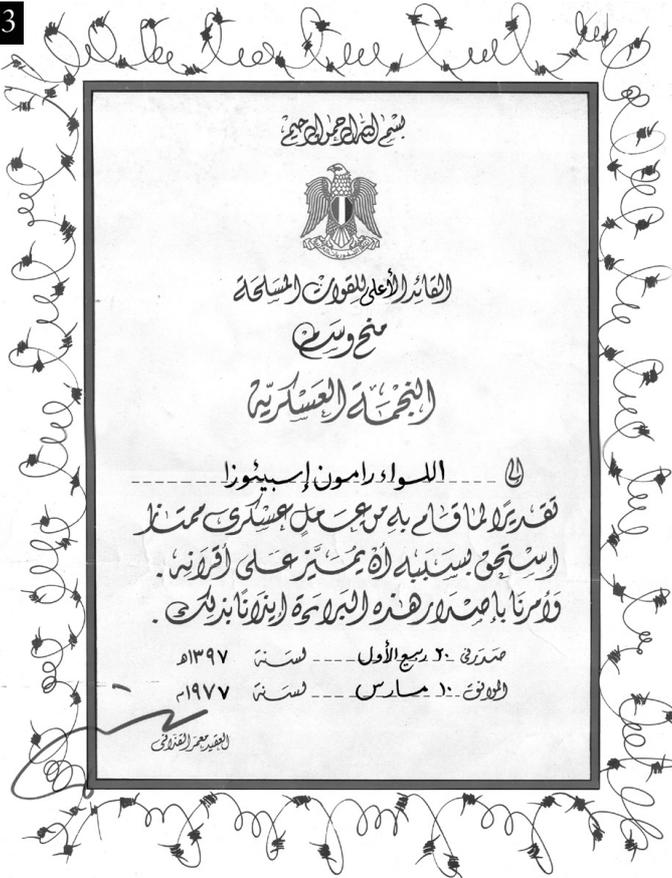


31

30 y 31. BTR en la que el comandante Espinosa y demás compañeros sufren el accidente, tras el contacto con la mina. Estado en que quedó esta arma.



32. El general Espinosa saluda a Muammar Al Khadafi, en ocasión de recibir la orden La Estrella Militar. Recorrido de la delegación cubana por Libia, presidida por el Comandante en Jefe, en la foto.



En el nombre de Dios el Clemente, el Misericordioso,
El Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas le concede la orden
de

La Estrella Militar

Al General de División Ramón Espinosa Martín

En consideración a su excelente trayectoria militar, que lo hace acreedor de tal distinción. Y para que así conste hemos dispuesto que se expida el presente reconocimiento.

Dado el 20 de Rabiaa al Awual del año 1397 del calendario de la Hé-gira,

correspondiente al 10 de marzo del año 1977.

Coronel Muammar Al Khadaffi

Traducción oficial. ESTI



34



35

34. Conferencia de prensa que ofreció el Comandante en Jefe durante la visita a Libia. 35. El autor, junto a los generales Ulises Rosales y Víctor Schueg, en la cena que le ofreciera el gobierno de ese país a la delegación cubana.



36. En Tanzania, el Comandante saluda a su presidente Julius Nyerere.
37. En Angola, a Agosthino Neto.



38. Fidel recibe el saludo del pueblo angolano.



39. El general Espinosa saluda al general Vo Nguyen Giap, ministro de Defensa de Vietnam. 40. Espinosa se entrevista con el jefe del Estado Mayor del ejército vietnamita, 1979.



41



42

41. Entrega de la bandera de la UJC a jóvenes combatientes vietnamitas. 42. Entre pobladores de la hermana República de Vietnam.



43



44

43. El autor, señalado, junto a su grupo de estudio en la academia Voroshílov. 44. En las maniobras del Pacto de Varsovia, 1978.



45. 1979. El general de brigada Espinosa con su puesto de mando, en el Ogaden, Etiopía. 46. Valle de Las Piedras.



47



48

47. Ciudad de Jarar donde radicó el puesto de mando de la Misión Militar Cubana en Etiopía. 48. Mujeres de Jarar desfilan el Primero de Mayo.



49. Conferencia tripartita: Angola, Cuba y Sudáfrica, 22 de diciembre de 1988, sede de Naciones Unidas en Nueva York. Momento del acatamiento por África del Sur de una paz justa y firme para el África sudoccidental. Entre la delegación cubana —señalado—, el autor justo al centro de la segunda fila.



50. A su llegada al Ejército Oriental, en 1982, el general Espinosa se dirige al Estado Mayor. 51. Durante la visita a una de las unidades del Ejército Oriental.



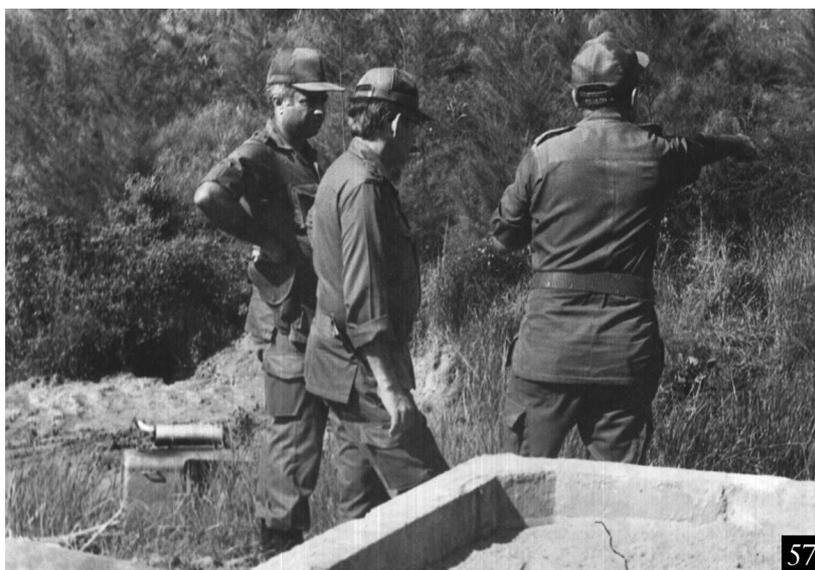
52. El Comandante en Jefe impone la orden de Héroe de la República de Cuba al general Espinosa.



53. El Comandante en Jefe y el general de cuerpo de ejército Abelardo Colomé, con el grupo de condecorados como héroes de la República de Cuba. 54. Momentos en que Espinosa relata un cuento a los presentes en el acto de condecoración.



55 y 56. Recorrido por la Sierra Maestra, junio de 1988.



57

57. Reconocimiento del terreno, Sierra Maestra.



58

58. El general de ejército Raúl Castro, el autor y el general de brigada José Solar observan el perímetro de la brigada que protege la frontera con la Base Naval de Guantánamo.

TITULO NACIONAL ACADEMICO

SIGLO VIII

SIGLO XX



A *Rafael Espinosa M.*

Dado en Las Tunas a los 20 días de Mayo
de 1994.

Sixto Bastista Santana
Sixto Bastista Santana
Decano

Roger E. Mastrapa
Roger E. Mastrapa
Profesor

59



60

59. Certificado por su afición al juego de dominó. 60. El autor plasma sus impresiones en el libro de los visitantes, acompañado por Raúl Castro al centro y Juan Almeida y Guillermo García a los lados, en un círculo de abuelos, en Santiago de Cuba.



61. Con el Comandante en Jefe Fidel Castro, los generales Ramón Espinosa Martín y Carlos Manuel Pérez Pérez, en Playita de Cajobabo, sitio por donde desembarcaron José Martí y Máximo Gómez, el 11 de abril de 1895.



62 y 63. Entrega e imposición del grado de General de Cuerpo de Ejército al autor, por el Comandante en Jefe y el general de ejército Raúl Castro, respectivamente.



64. En el Pico Turquino, ante el monumento a José Martí, en ocasión del setenta cumpleaños de Raúl Castro. A la izquierda del entonces ministro de las FAR, Ramiro Valdés; a la derecha, el autor, Guillermo García y Jaime Crombet.



65. Un saludo al pueblo desde la Tribuna abierta, celebrada en la provincia de Holguín. 66. El autor entrega el diploma de fundador del Ejército Oriental, al general de ejército Raúl Castro Ruz.



67, 68 y 69 Ceremonia por el cumplimiento de la misión del general Espinosa como jefe del Ejército Oriental, enero de 2009.



70



71

70 y 71. El general de ejército Raúl Castro Ruz impone la Orden Playa Girón al general Espinosa.



72. El general Espinosa Martín junto a Miguel Díaz Canel primer Secretario del PCC de la provincia Holguín y el general de brigada Manuel Luna Lugo en el Ejército Oriental, 2006.



73. y 74. El general Espinosa planta un árbol durante la ceremonia por el cumplimiento de la misión como jefe del Ejército Oriental, enero de 2009.



75. Durante la presentación del libro *Después de palacio, guerra en el Escambray*, acompañado por el comandante del Ejército Rebelde Faure Chomón Mediavilla. Museo de la Revolución, 21 de marzo de 2013.



76. Firma de autografos luego de la presentación del libro *Cantando a la vida*, en el Ejercito Occidental, el 25 de febrero de 2015.



UNIVERSIDAD
DE
MATANZAS

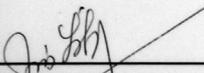
MIEMBRO DE HONOR

A: Ramón Espinosa Martín

La Cátedra de estudios sobre la décima le confiere tal distinción por contribuir a la escritura y promoción de la estrofa nacional desde sus experiencias patrióticas y revolucionarias.



Matanzas, 9 de marzo de 2016
"Año 58 de la Revolución"



Jesús López Martínez
J. Dpto. Extensión
Universitaria



Carlos Chacón Zaldívar
Presidente de la Cátedra



77. Distinción otorgada por la Universidad de Matanzas, 11 de marzo de 2016, luego de la presentación del libro *Cantando a la vida*.



78. Durante la inauguración de la exposición por el aniversario 60 de la revista Verde Olivo, 7 de febrero de 2014.



79. El general Espinosa en desfile militar por el aniversario 60 de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, como jefe de las tropas, 2 de enero de 2016.



80. Traslado de las cenizas del Comandante en Jefe de la Revolución Cubana hacia el cementerio Santa Ifigenia, 30 de noviembre de 2016.



81. Depositando ofrenda florar al héroe nacional José Martí en el cementerio Santa Ifigenia, acompañando al general de ejército Raúl Castro Ruz y otras personalidades, 10 de octubre de 2017.



82. Frente a la piedra, junto a Eusebio Leal Spengler. 83. Recorrido por el cementerio Santa Ifigenia, el 5 de septiembre de 2017.




REPÚBLICA DE CUBA

El Presidente de la República

en uso de las facultades que le confiere
la Constitución de la República de Cuba
otorga el Título Honorífico de:

**“Héroe del Trabajo
de la República de Cuba”**

a: *General de Cuerpo de Ejército Ramón Espinosa Martín*

En testimonio de lo cual, suscribe el presente,
en La Habana, a 23 de abril de 2021



Presidente de la República



Registrado al folio 1 número 17 del libro correspondiente
de la Secretaría de la Presidencia.

84. El Primer Secretario del CCPCC y Presidente de la República, impone la orden de Héroe del Trabajo al general Espinosa.

Índice

Prólogo / 11

Introducción / 15

VIVENCIAS DE MI MÁS TEMPRANA EDAD

Capítulo I / 23

PREMATURA MADUREZ

Capítulo II / 43

MI SIERRA FUE EL ESCAMBRAY

Capítulo III / 55

UN TRIUNFO DE TODO EL PUEBLO

Capítulo IV / 75

LA CAPACIDAD DE LIDERAZGO DE FIDEL

Capítulo V / 93

ANGOLA

Capítulo VI / 101

UNA LLAMADA URGENTE

Capítulo VII / 109

LA BATALLA DE CABINDA

Capítulo VIII / 117

AYUDA

Capítulo IX / 127

INESPERADO CONTACTO CON UNA MINA

Capítulo X / 135

¡Te saliste del rastro de los tanques! / 40

LISTO PARA NUEVOS AVATARES

Capítulo XI / 151

Moscú / 154

VI Cumbre / 156

Vietnam / 156

ETIOPÍA

Capítulo XII / 165

Volví a África / 174

Falso desaparecido / 176

EN LA REGIÓN ORIENTAL DE MI PAÍS

Capítulo XIII / 183

Incorporación / 186

UNA MISIÓN DIFERENTE QUE HUBE
DE ENFRENTAR EN 1988

Capítulo XIV / 217

EN CUBA Y CON FIDEL

Capítulo XV / 225

OCHENTA VERSOS, A LOS OCHENTA DÍAS
DE LA COVID-19

Capítulo XVI / 239

TESTIMONIO GRÁFICO / 243

